

# HELIOS

---

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

---

❖ ❖ ❖ LIRAS O LANZAS

---

ACERCA DE UN LIBRO RECIENTE

ALBORNOZ no es un desconocido para los lectores de esta Revista. Algunas de sus crónicas sociales, robustas de sana doctrina, y amablemente narradas, han aparecido en HELIOS. Posada, el eminente sociólogo y gran lector, con gracioso desaliño y llaneza de forma, en él habituales, desde las páginas del *Heraldo de Madrid*, en una de sus últimas «Lecturas», entona en loor de Alvaro de Albornoz, ditirámicos elogios. En los labios de D. Juan Valera, ese viejo pagano y reidor, serían ironías de finísimo temple. En Posada, que es todo corazón y conciencia especulativa, son, efusión de alma, cosa sincera, y además juicios *verdaderos, ciertos, evidentes, científicos*, libres de hipérbole, que es pura retórica.

Quiero decir con esto que Posada no se arriesga á prodigar elogios sin pensarlos antes concienzudamente, sin aquilatarlos en prolija labor y cerciorarse de su certidumbre. Y el libro de Albornoz merece cuanto de él se diga, porque á través de sus páginas discurren los nombres de Kant, Hegel, Spinoza, Carlyle, arrimados como ascuas á la sardina del autor, claro está, y asoman llenos de insinuaciones, brindando al paladar íntimo del pensador su jugo espiritual, cuantos problemas han hurgado en el ce-





rebros contemporáneos; problemas sin solución definitiva, y que, por tanto, despliegan mayor número de sugestivas seducciones. El libro de Alvaro es un libro de juventud, apasionado, caliente, arrogante, fanático, de un fanatismo que me inspira simpatía, porque soy incapaz de sentirlo con el fuego iracundo, el ardor religioso que mi amigo pone en él. Albornoz tiene sus ídolos, y les rinde un culto fetichista, les rodea de incienso, no puede tolerar juicios acerca de ellos porque están, á su entender, sobre los juicios humanos. Desdeña, con Gustavo Rouanet, á los *héroes* de Carlyle, esa teoría aristocrática que concreta la historia de la humanidad á *la historia de los grandes hombres que trabajaron entre nosotros* (1); y, sin embargo, nadie ha llevado á la práctica con tanta fe la teoría de Carlyle, como Albornoz con sus héroes, los cuales, tengo para mí, que son por encima de todos, Salmerón y Calderón, sin duda por un efecto de perspectiva intelectual. Nadie, tampoco, ha puesto más desdén en sus frases hablando de los héroes (á su modo) de los demás. Podrá decir: «León XIII ¿qué ha hecho? ¿qué revolución operó en el campo de la filosofía, qué poema escribió, qué planeta ha descubierto, qué máquina inventó, qué hizo, en suma, por la especie?»; pero *que no le toque*

(1) «Sin temor de hacer una frase—dice Albornoz—puede afirmarse que el grande hombre, el genio y el héroe no son sino un producto de la historia. Es ésta obra de todos, del concurso de cientos de extinguidas generaciones, de la prodigiosa actividad de los siglos muertos.» ¿Quién lo duda? Leyendo entre líneas al mismo Carlyle se sobreentiende esto: «Su historia—dice—para hablar con verdad, sería el alma de la historia del mundo entero.» El alma, es decir, el espíritu de las generaciones que les precedieron y que los formaron en parte; el alma, el espíritu de las generaciones que les sucedieron formadas, modeladas entre sus dedos, casi á su imagen y semejanza. Por otra parte, esta teoría expresada en forma parcial encontró su complemento en Taine que, sociológicamente explica la aparición del genio como un producto é invención del medio social, y se armonizan entrambas, la de Taine y la de Carlyle, en Guyau que la plantea en esta forma: «El genio y su medio social nos dan el espectáculo de tres sociedades unidas en relación de mutua dependencia: 1.ª La sociedad real preexistente, que condiciona y en parte suscita el genio; 2.ª La sociedad idealmente modificada, que el genio mismo concibe; el mundo de voluntades, de pasiones, de inteligencia que crea en su espíritu y que es una especulación sobre lo posible; 3.ª la formación consecutiva de una sociedad nueva, la de los admiradores del genio que realizan más ó menos en ellos su *innovación por imitación*».



*El Imparcial á Salmerón*, uno de los cerebros más admirables de Europa (y lo afirma así, rotundamente, con candor infantil), que ha operado innumerables revoluciones en el campo de la filosofía, que ha escrito admirables poemas, que ha descubierto planetas, que ha inventado máquinas—de hacer pitillos, quizá—y que ha hecho lo imposible por la especie. (Conste, de pasada, que yo soy gran admirador de Salmerón; pero, por mi desgracia, no he llegado á ese fanatismo ingénuo del buen Alvaro, que tan simpático me parece.) Sus arrogancias,—las de Albornoz—tanto en la vida privada, en la comunicación íntima de amigo á amigo, como en sus escritos de periodista, son de una frescura más que juvenil, adolescente, y su optimismo es el de la primera infancia. Confía en el triunfo de su causa y se ríe de las iras de sus contrarios, oidle en un raptó de cólera este hermoso arranque tribunicio, que recuerda todas las energías derrochadas por nuestros parlamentarios en retóricas demoleadoras; que de ser arietes en lugar de palabras, palabras y palabras, *hubieran trasmutado todos los valores preexistentes*, «Enemigo del vaticanismo, de la teocracia, del catolicismo, de la Iglesia, y por consiguiente del Papado, tendré...» Él, Albornoz, es el enemigo; no vaya á creerse que se refiere á otra persona; mas, pese á tan valiente declaración, el edificio simbólico del Nazareno, no ha temblado sobre la piedra angular de sus cimientos. ¡Qué amor tan deleitable me inspiran este tumultuoso borboteo de la sangre moza, que es como un florecimiento de promisión, lontananza de sazonados frutos venideros! Yo que siempre he sido frío, algo burlón á fuerza de melancolías, recogido y soñador, no puedo menos de sonreír paternalmente ante tales arrebatos. Se me figura que soy más viejo que Albornoz y ocurre lo contrario. Creó, á veces, que nos cruzamos en nuestro camino; vamos en dirección opuesta; yo vuelvo sin haber ido, él va, no sé si para volver. Ya lo dice en las palabras liminares: «el autor no tiene la pretensión de haber descubierto continente alguno. Más que por nada, lo hace á fin de tener, cuando sea viejo, algo



que le recuerde las luchas de su juventud.» Y las recordará con vanidad y con amargura. Gran luchador es Alvaro; sus armas son del más fino temple, el valor le viene de casta como á buen astur, pocos de tan esforzados bríos como él; pero, le falta público que le aclame, que le corone, si llega al caso.

Albornoz se ha dedicado con preferencia á la ciencia social, y es lástima que en este punto no pueda yo decir todo lo que se merece. Hace tiempo que tengo resuelta la cuestión social. Edad tuve en que sentí mi corazón arder en puras llamas de amor hacia el proletariado. Un derecho, pensaba yo entonces, que ampara la propiedad privada en tanto muchos séres se mueren de hambre, es un derecho *idolátrico* (este adjetivo me sonaba á gloria). Movidó por el ejemplo del príncipe Meklindof, repartí mi caudal (7,50 de peseta) entre los pobres; leí de cabo á rabo las memorias del príncipe Krotpokine (admírate, paciente lector) y otros muchos libros, tan vagos como amenos, intenté concluir artículos de Posada; en fin, llevé con santa resignación multitud de trabajos forzados. Luego supe que nadie se muere de hambre habiendo jamón en dulce, bombones esenciados y otras *gourmandises*; ni de sed, mientras se fabrique aguardiente y fructifiquen las cepas de champagne. Supe más, es á saber, que las mayorías, el *demos*, es despreciable, y que los buenos economistas, que suelen ser malos psicólogos, llaman necesidades falsas á las que son *verdaderamente verdaderas*. La cuestión social... en tanto haya cigarros habanos, y música de Mozart, y el sol alumbre, y la luna sueñe en el cielo, y las primaveras den flores, y el otoño frutos y las mujeres sonrisas (oh, mi amada boca encendida, que muestras al reir doble sarta de dientes!), yo la tengo resuelta.

Cuanto Posada dijo del talento y la cultura de Albornóz, es acertado, á mi entender; no así á lo que se refiere á su cualidad de periodista. Periodista sí que lo es Albornóz, pero *malgré lui*, como recurso; se ha refugiado en el periódico á modo de trinchera para luchar por la



vida. Tiene la visión sagaz y pronta, el estilo fácil y amplio, con rotundidad oratoria de los periodistas de cepa castiza; mas, tan excelentes cualidades son accidentes, bellas floraciones de su propia é íntima sustancia, de su peculiar carácter, harto complejo para *journaliste*, escritor al día, ameno y frívolo. Albornóz es un literato *manqué*, quiéralo ó no lo quiera. Sus abundantes y sólidas lecturas, del género más indigesto y amazacotado, no han logrado enterrar bajo su mole incóngrua al sutil espíritu, sediento de bellas letras, que hace oír, á las veces, bajo las lucubraciones sociales, su voz desesperada; una voz que tiene la poesía de los destinos frustrados, de las esperanzas muertas, de las vocaciones brutalmente violadas por la realidad. Por eso, en ocasiones, se revuelve contra los literatos, contra los poetas más particularmente, con encono ingénuo de niño ó con mal fingido desdén. «Si yo fuera poeta», exclamaba en un periódico de mi pueblo; y yo creía entender: —...Yo hubiera sido poeta...—dicho con amargura honda y nostálgica. Sí que lo hubiera sido, y lo es en una acepción lata del vocablo, porque Albornóz tiene tesoros de ternura y fortuna de entusiasmos dentro del alma; puede derrochar, ser pródigo, y aún le sobra. Y eso ha sido su vida periodística, un constante arrojar de las simientes de su espíritu á los cuatro vientos, caigan donde caigan, germinen donde germinen, en terreno labrantío ó en el resquicio de una peña; un aventar loco de su caudal, dándose todo entero él, tal como era ó creía ser, con gesto arrogante, más que de apóstol, de luchador, que presenta el cuerpo á su enemigo para que en él se cebe, si logra vencerlo. De aquí, el que á pesar de sus esforzados alientos de polemista, ofrezca, en el ardor de la pelea, los puntos flacos, las llagas donde pueden poner su dedo los mal intencionados. Tal como es, juvenil, ingénuo y candoroso en sus ataques, lleno de generosidad y entusiasmo. sin astucias á lo Ulises, también sin invulnerabilidades á lo Aquiles, se nos presenta en su primer libro *No lirás, lanzas*. El lector comprenderá, con un poco de buena voluntad, que este título no es un pe-



ríodo gramatical truncado, modo de rotular muy al uso entre los franceses, sino una *elipsis* que equivale á *no hacen falta liras; hacen falta lanzas*.

«No liras, lanzas», es un título admirable de concisión y fuerza: es el espíritu de todo el libro esculpido en tres palabras. Albornoz opina que no hacen falta liras. Por desgracia no es él sólo. El número de los que creen que no son necesarios el ombligo, el bazo y la lira (¡pobre forminge!) es infinito; *infinitus est numerus*. Y lo cierto es, que hacer falta, así, en absoluto, lo que se llama hacer falta, quizá no haga falta. *Todo es relativo*. La leche como alimento no es necesaria de toda necesidad: yo conozco á muchas gentes de salud ofensiva que viven sin catarla; y, sin embargo, hay otras que sin ella no podrían vivir.

Pues otro tanto sucede con la lira (adviértase que sigo el rutinario simbolismo de llamar lira á todo lo poético); tengo por seguro que sin ella, mi amigo Juan R. Jiménez se moriría de pena, á pesar de la luna, esa gran tortuga de luz que camina lentamente por el cielo, y en cuyo caparazón han colocado siete cuerdas todas las almas nobles.

Ya estoy oyendo exclamar á uno de esos desventurados, que andan á caza de ingeniosidades y agudezas de poco esfuerzo mental:—«De modo que la poesía es leche,»—(restallando la lengua contra el paladar). Y bien, sí; leche de la gran ubre nutriz que ha amamantado á la humanidad en lo que tiene de más selecto y elevado, á los héroes de los héroes.

Afirmar, porque sí, que no hacen falta liras es una petición de principio, mejor dicho, de fin, sin fundamento racional. ¿Ha llegado nadie á la verdad absoluta, á la verdad *una*? ¿Puede nadie afirmar para qué fin nacemos, vivimos y morimos, de una manera cierta, científica? Pues entre tanto, á mi lira me atengo, á pesar de los pesares. Demostrar que hace falta la lira, no: ¡libraréme muy bien de ello! Sólo sé, que me hace falta á mí, y esto me basta. Recuerdo un admirable grabado en cobre, de Albrecht Dürer, *La Melancolía*, que en opinión de Augusto Marguilier es la más intensa, la más profunda, la



más original de todas sus creaciones. Un hombre adulto con alas de águila, el Espíritu Humano, cejijunto, con el rostro apoyado en la siniestra, medita. De su cintura penden las llaves que abren y cierran. Al rededor de sus pies yacen abandonados los instrumentos y símbolos de las ciencias de los hombres, cuyo estudio, tan pueril como el juego de un niño que á su vera cabalga una rueda de molino, no es capaz de mostrar el secreto del más allá misterioso. Un reloj de arena y una campana evocan la rápida carrera del tiempo. Un murciélago, en la lontananza nocturna, clama *melancolía*.

El Doctor Fausto, en su laboratorio de bóveda elevada, estrecha y gótica, medita ante su pupitre: «¡Ah! Filosofía, jurisprudencia, medicina y hasta teología, todo lo he profundizado con entusiasmo creciente: y, ¡héme aquí pobre loco tan sabio como antes!» Yo, la verdad, lo que es la medicina y la teología, ni á diez leguas de distancia; pero filosofía y jurisprudencia, no dire que profundizar, eso no, pero arañar, arañar por fuera, he arañado lo que pude, y de los arañazos suele brotar sangre, y la sangre viene del corazón: pero tan sabio como antes. *Solo sé que no se nada*, ni siquiera si hacen falta la lira, el ombligo y el bazo. Esto no quiere decir que yo sea un acataléptico empedernido, ya que aborrezco el dogmatismo. Tan lejos estoy de lo uno como de lo otro. Me mantengo en un prudente esceptismo ecléctico, en una posición provisional como dice Salmerón: es decir, que taño la lira provisionalmente, en tanto se encuentra la verdad absoluta, con la cual han de estar conformes todos los hombres, la verosimilitud de cuyo hallazgo no oso negar. Pero, por ahora, pienso que no han dado con ella; al menos su expresión suprema no es la de *no liras, lanzas*.

«Lanzas, lanzas...» palabra espeluznante que hace temblar mis carnes. La violencia me causa horror; no en vano ha madurado la vid de mi alma con el calor evangélico de Tolstoi, el apóstol. Y, sin embargo, siento una admiración idolátrica por Napoleón (esto de tener algunas paradojas arraigadas en el espíritu, no vayan á creer los lec-



tores que me envanece maldita de Dios la cosa) cuya leyenda ejerce sobre mí una fascinación siniestra, estética en el etimológico sentido de la palabra, sensación que entra por los sentidos, galopa por los nervios, se asienta en el cerebro, inunda el corazón en acelerado latir y derrama por el cuerpo un temblor trágico, como un deslumbramiento de gloria funesta. Ahora, lanzas así porque sí, sin la grandeza épica del primer Bonaparte... ¿para qué? Albornóz nos lo dice: «En esta España de la decadencia todo el mundo está obligado á cumplir con su deber. No hacen falta liras; hacen falta lanzas.» Lo cierto es, que me asalta una duda cruel en este momento. ¿Cuál será mi deber en esta España de la decadencia? Unamuno en *Tres Ensayos* dice: «Busca antes las bendiciones silenciosas de pobres almas esparcidas acá y allá, que veinte líneas en la historia de los siglos.» Y más adelante: «Busca tu mayor grandeza, la más honda, la más duradera, la menos ligada á tu país y á tu tiempo, la universal y secular, y será como mejor servirás á tus compatriotas coetáneos.» Yo no sé si Unamuno diría ahora lo mismo; por algo no tiene inteligencia monolítica (dura, inmóvil, consecuente); pero, dígalo ó no lo diga, sus consejos pretéritos los he llevado conmigo casi siempre y me han servido de norma de acción más de una vez. Juzgaba yo que mi deber respecto de mis compatriotas coetáneos *de la decadencia* era etc., etc. (lo que dice Unamuno); mas viene Albornóz y me hace dudar con su imperativo requerimiento á las armas. ¡Lancero yo, que apenas puedo con una lanza á poco que pese...! Pero, cátrate que Albornóz y yo somos krausistas hace tiempo, hemos bebido en las mismas fuentes de conocimiento, nos educamos en una misma disciplina científica. ¡Bendito rayo de luz! Ningún libro mejor que *El ideal de la humanidad*, de Krause, para inquirir cual sea mi deber. Y así en los mandamientos de la humanidad (que no son más que 23) leo: 2.º «Debes conocer, amar y santificar la naturaleza, el espíritu, la humanidad sobre todo individuo natural, espiritual y humano.» Respiro. Veamos, veamos. «*El pue-*



*blo y los pueblos unidos. El pueblo terreno.* Los pueblos se juntan unos con otros en sociedad humana, y para ello y de semejante modo que los individuos y familias, se reúnen bajo un hábito de vida y pueblo común. Por lo tanto, repite aquí la ley de la humanidad á los pueblos las mismas exigencias de amor de derecho y asociación libre y progresista, que ha hecho á los individuos dentro del pueblo... Todos los pueblos, como sociedades parciales en la sociedad total, deben ser accesibles unos á otros en libre y omnilateral comunicación.» Más claro... Hermoso y sugestivo libro es éste, salvando cierta unción algo cómica de su traductor. Lanzas, ¿para qué? ¿Para que perduren atávicas preocupaciones de raza é inhumanas fronteras políticas? El clásico ha dicho mi patria es el cielo. Yo, un poco romántico con el romanticismo otoñal de las edades que caducan, digo: «Mi patria es la tierra. Más que patria, mi madre; mi Dios; madre de todos, Dios de la humanidad.»—Es decir, que soy un poco supranacional en el espacio é inactual en el tiempo, como decía Pompeyo Gener en plena indigestión de Nietzsche. ¿Lanzas? Sí, lanzas de amor que hieran el costado de la naturaleza divina para que broten raudales de agua pura en que se refrigeren las almas, agua cristalina que con su frescura restaura y recrea.

#### APOSTILLAS

I. Bouvard ha comprado un libro pequeñito, forrado en papel áspero de color terroso. Bouvard grita: Pecuchet, Pecuchet, un libro nuevo.

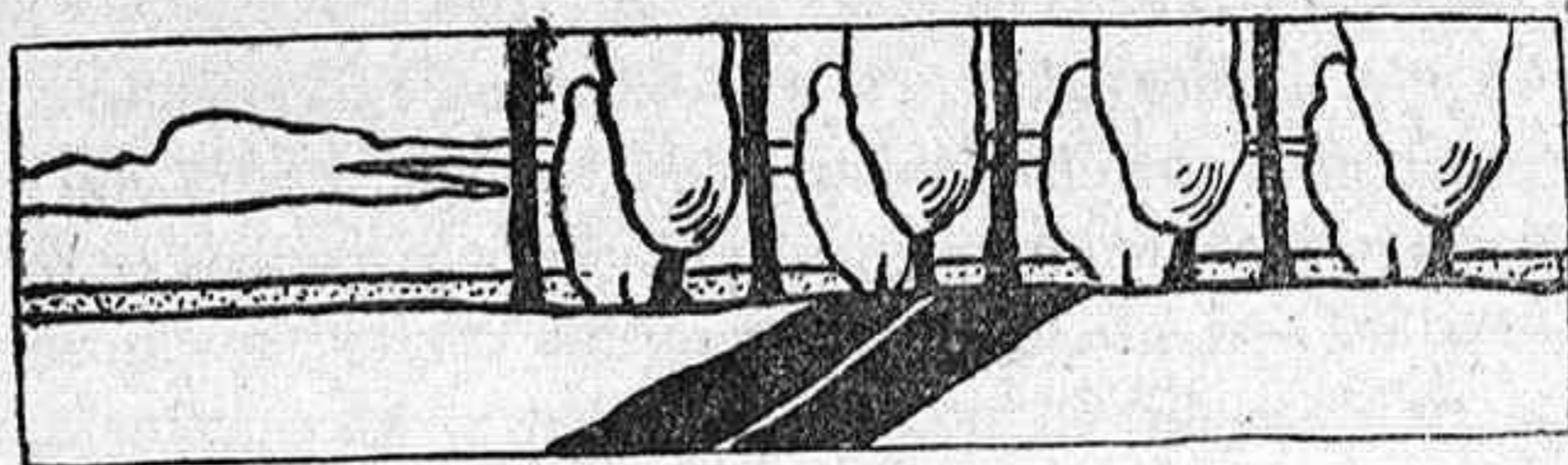
Bouvard y Pecuchet han leído el libro por la noche, en voz alta, con fluidas inflexiones declamatorias que vagaban sobre el letargo nocturno de la casa dormida.

Bouvard y Pecuchet no saben á qué carta que larse. Tal vez el uno compre una lira y el otro una lanza.

II. En un museo ideal del espíritu está la lanza de Quijano, el bueno, hecha astillas.

III. Zeus engendra en su cerebro á Palas Atenea. «Sale la virgen vestida con guerrero arnés, arnés dorado y resplandeciente, blandiendo acerada jabalina», dice el abuelo ciego. Su carácter es guerrero en un principio y así aparece en la *Iliada*, ora inspirado á los héroes é infundiéndoles temerario valor, ora mezclándose en los combates de los mortales, ora venciendo á Afrodita en la batalla mantenida por los dioses. Mas luego, preside la vida pacífica de las ciudades, inventa la flauta, protege á la agricultura enseña á los hombres á someter al yugo y uncir al arado á los bueyes perezosos y á cultivar el olivo; sus ojos glaucos de mochuelo bajo las pestañas sedosas, tienen profundidades misteriosas como los prados recónditos entre ámos próceres, y su jabalina, trocada en lanza de oro, vierte destellos desde la acrópolis.





SALVADOR RUEDA ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ CAMPESINAS

De una carta íntima.

LA ABEJA

*Chupando de los paseros  
donde las uvas se tuestan,  
igual que una nota alada  
pasa zumbando la abeja.  
De vagar por los romeros,  
donde bebió en hojas frescas,  
viene borracha de luces,  
viene de mieles repleta  
Cual si fuese en un collar  
de una perla en otra perla,  
probando las moscateles  
sobre sus ámbares vuela.  
Vuela á la vez que cantando  
va una canción que recuerda  
el sonido de una flauta  
hecha de caña ligera.  
Es rauda corre-ve-y-dile  
al par que cantora egregia,  
la intermediaria sonora  
que con los cálices juega.*



Lleva encargos de caricias  
á los pétalos que sueñan,  
y cobra en almibar puro  
que traslada á su colmena.  
Es un telégrafo vivo  
por donde no van ideas,  
sino rosarios de besos  
que en mil corolas se deja. 10  
Y el obsequio las corolas  
pagan abriéndose tiernas  
para que su azúcar vírgen  
tome insaciable la abeja.  
De las razas vegetales  
es cruzadora perpétua  
miembro lírico y errante  
que canta á la vez que engendra.  
Con los pistilos á bromas,  
con los estambres á vueltas,  
como una red de caricias  
los trenza y los desestrenza.  
Sus alas son un muestrario  
de cien semillas diversas,  
de cien puntos seminales  
que ella reparte ligera;  
y cuando pasa vibrando  
nadie que la mira piensa,  
que lleva sobre las alas  
cien mil flores venideras.  
Librecambista incansable,  
entiende su compra y venta  
y no hay límite en su mapa  
ni hay en sus alas fronteras.  
Y el hombre, con ser de Dios  
hecho á la imagen inmensa,  
no hace una flora del mundo,  
ni un solo amor de la tierra.



LA CIGARRA

*Prisionero en esta torre  
a orilla del mar que canta  
y sobre un manto de viñas  
que empavona el sol de llamas,  
traer hasta aquí quisiera  
vuestras dos gemelas almas,  
para partir con vosotros  
la gloria de la palabra.  
Sólo en este gran castillo  
con todo el mar á mis plantas,  
con todo el cielo á mi frente  
y Dios todo en mis entrañas,  
me entretengo en observar  
bajo copa iluminada  
donde la tengo cautiva  
como un pájaro en su jaula,  
la parecida á una abeja  
filarmonica cigarra  
que erre que erre en la copa  
siempre está canta que canta.  
A su prisión cristalina  
viene el sol á visitarla,  
y ella recibe cantando  
al rayo que la embriaga.  
Fingen sus ojos oscuros  
sin hileras de pestañas,  
cabecitas de alfileres  
que fuesen hechas de ágata.  
De la cintura hacia abajo,  
de la abeja es remembranza,  
y de cintura hacia arriba  
es una abeja más ancha;  
y los élitros sonoros  
los cruza con fina gracia  
sobre la fuerte cintura  
donde lleva su guitarra.  
Cual alambres argentinos  
tiene seis frágiles patas  
que debajo de su cuerpo  
tiene puestas en dos bandas.*



*Y sobre esa forma recia  
de una abeja algo agrandada,  
tiende más ténues que el aire,  
las dos magníficas alas.*

*Tales son de transparentes,  
que si os ponéis á mirarlas  
sin fijar bien las retinas,  
no veis en su cuerpo nada;  
pero si seguís mirando  
veréis, al cabo, una gasa,  
tan impalpable y tan fina  
como una incierta esperanza.*

*Parecen cuatro los vuelos  
pero solo son dos alas  
que tienen hacia las puntas  
dos mínimas «ensenadas»,  
y en medio del tul de aire  
con que tejidas se hallan,  
unos negros nerviecillos  
al realce se destacan.*

*Esta es, exacta en su forma,  
la musa divinizada  
que de mis versos de fuego  
por los hemistiquios vaga.*

*Una en cada verso vive  
como en sarmiento de parra  
repitiendo las canciones  
que Virgilio le enseñara,  
y si de los versos de oro  
cogéis una ardiente sarta  
gotas de sol chorreando  
como explosiones de ascuas,  
si los agitáis al viento  
como un collar de palabras,  
con las cigarras los versos  
igual que un teclado, cantan.*





JACINTO BENAVENTE ❧

❧ ❧ LOS FAVORITOS (1)

COMEDIA EN UN ACTO, BASADA  
EN UN EPISODIO DE «MUCH ADO  
ABOUT NOTHING», COMEDIA DE  
SHAKESPEARE .. .. .

DRAMATIS PERSONÆ

.. LA DUQUESA CELIA .. .. .  
.. .. BEATRIZ, su dama favorita.  
.. EL DUQUE OCTAVIO .. .. .  
BENEDICTO, favorito del Duque .. .. .

En un ducado de Italia, durante el Renacimiento.

Jardín en el Palacio del Duque. Bancos de piedra, estatuas, etc.

ESCENA PRIMERA

BEATRIZ, *sentada y leyendo, y después*

CELIA.—Ya me figuraba dónde habíade encontrarte.  
¿No pensabas venir á verme en toda la mañana?

BEATRIZ.—Cref que estarías con el Duque.

CELIA.—No. Ha salido de caza muy temprano. Ordené que te buscaran por todo palacio, y nadie logró encontrarte; tú, aquí, engolfada en tu lectura, sin acordarte de mí. Apenas te veo en todo el día.

BEATRIZ. No me culpes, querida Celia. En la corte de tu buen padre podíamos vérnos á todas horas. Pero una vez casada y en la corte de tu esposo, debes rodearte de otras damas, granjearte su confianza, aun cuando yo sea la primera siempre en tu estimación.

---

(1) En su primer libro, *Teatro fantástico*—cuya edición se agotó hace años,—publicó el maestro Benavente, *Los favoritos*. Recientemente ha hecho de tan bella comedia un arreglo, que es el que HELIOS publica.



CELIA.—Querida Beatriz, no lo dudes; tú eres mi única amiga, mi hermana; como que juntas hemos vivido siempre, y si hubiera de renunciar á tenerte conmigo, créelo, antes renunciaría de buen grado el honor de ceñirme la corona ducal. Pero no te valen argucias. Bien sabes que soy la misma para tí y que los deberes de mi nuevo estado no me obligan á sacrificar tu compañía. El Duque y su corte están encantados contigo. Ya ves que nuestra calidad de extranjeras no despierta tanto recelo en la corte. Antes conquistan un reino dos mujeres hermosas que un ejército formidable. Bien lo hemos visto. Mi padre y el que hoy es mi esposo, habían pasado su vida batallando, hasta que un alma compasiva presentó mi retrato á los ojos del Duque y acabaron las guerras. Confieso mi mal corazón; cuando supe que trataban hacer de mí la prenda de sus paces, me afligió sobremanera. ¡Un matrimonio sin amor! A los dieciocho años es cosa que asusta. Luego, aquel perillán de Camilo, el paje favorito de mi padre, expresaba su pasión de tal modo en sus ojos negros y ardientes, en sus palabras y en sus canciones... pero la política no tiene entrañas, como dice mi padre; debía sacrificarme, y me sacrifiqué. Confieso que un retrato del Duque que me presentaron, contribuyó bastante á disminuir la intensidad del sacrificio, y luego el esplendor de una corona deslumbra tanto á los dieciocho años... En fin, me casé y soy feliz, muy feliz, y cada día me alegro más de que mi padre no consintiera en dejar venir á Camilo en mi comitiva. ¿Pero no me atiendes? Lo ves, si no piensas más que en tus libros; por eso te escondes de mí, para engolfarte en ellos á tus anchas. (*Mirando el libro.*) Latín nada menos. Vamos, ciérrale; si ya sabes bastante; si puedes dar envidia á todos los doctores de Italia, y eres la admiración de toda la corte; si por eso has sido siempre mi dama favorita, porque con tu ciencia me sacas de mil apuros á cada momento. Siempre he sido enemiga de calentarme la cabeza con lecturas. ¿Y no hice bien? ¿Puedes decirme el provecho que sacas de tu sabiduría?



BEATRIZ.—Una defensa contra los arrebatos del corazón, una atalaya desde donde dominar con mi superioridad á ese tirano que se llama hombre y se cree superior á nosotras, porque en el reparto de la naturaleza se ha reservado todo lo que brilla, triunfos militares, glorias del arte, conquistas de la ciencia, todo es suyo, para venir después á deslumbrarnos con ello y arrebatarnos nuestro corazón amante, por admiración ó por vanidad. Es preciso equilibrar la partida, fuerza contra fuerza. Para ellos las armas, la lucha; para nosotras el estudio, las ciencias. Que mi amor nazca del entendimiento para ser feliz; eso quiero, y mientras él encuentra su ideal, sírvame para burlar á los necios que pretenden rendir mi corazón.

CELIA.—Qué extraño entonces que á tantos sacrifiquen tus desdenes. Algún día el amor te hará desencarecer el precio en que te ha estimado el orgullo.

BEATRIZ.—Orgullo, sí. El orgullo de poseer un corazón que no sabe querer más que una vez y para siempre, del cual depende la felicidad ó la desventura de toda mi vida. Ya ves que lo que tanto vale, bien merece la pena de defenderse.

CELIA.—¿Acaso me reprochas por mi casamiento? No tienes razón. Si sus propósitos no fueron los mejores, el fin no ha sido tan desgraciado. El Duque es un cumplido galán y me adora con toda su alma. No lo crees así, porque delante de la corte parece frío y reservado; pues te aseguro, amiga, que á solas es todo lo contrario. Y de su talento ¿qué me dices? Nadie mejor que tú puede ser su juez; conoce los poetas del Lacio y los modernos de toda Europa.

BEATRIZ.—Pero confunde lastimosamente las citas. Ayer, en la arenga que dirigió á los embajadores venecianos, dejó escapar dos solecismos, uno de ellos imperdonable; como que hablando de los tiempos bárbaros pasados, construyó la frase de tal modo, que no se entendía si los bárbaros eran los tiempos ó los embajadores. Si eres imparcial has de confesarme que la discreción no es patrimonio de la corte de tu excelso esposo, y buena prueba de ello es su doncel favorito.



CELIA.—Mal le quieres.

BEATRIZ.—Es un necio muy pagado de su persona. Por alardear de chistoso, maldeciría de su padre. En fin, como bufón, prefiero al enano del Duque y como caballero también.

CELIA.—Eres injusta. Mi esposo le tiene en gran estimación.

BEATRIZ.—Como tú al espejo, que siempre que á él acudes te muestra tus facciones hermosas. Benedicto no cesa de adular al Duque entre la hojarasca de sus frases pulidas. Vierte el veneno en copa de oro cincelado, el Duque admira la labor, y bebe sonriendo el veneno.

CELIA.—Silencio ¡por Dios! Benedicto se acerca.

BEATRIZ.—Repara en él. ¡Qué afectada compostura en su traje! ¡Qué aire de presunción en toda su persona!

CELIA.—Sentiría participar de tu opinión, porque es el doncel favorito de mi esposo.

## ESCENA II

CELIA, BEATRIZ Y BENEDICTO.

BENEDICTO.—¡Tan joven el día, y ya el sol deslumbra! Huyendo de sus ardores, acudía á cobijarme bajo esta enramada, y tendré que volverme, si no quiero abrasarme en sus rayos.

BEATRIZ (*aparte á Celia*).—Todos los soles, ardores y rayos de su discurso, no bastan á fundir la frialdad del cumplimiento.

BEATRIZ (*á Celia aparte*).—Le escuchas con prevención desfavorable. A mí me ha parecido ingenioso en extremo.

BENEDICTO (*saludando*).—Salud, gentil Duquesa. ¿Distráis en este retiro la pena de una corta viudez? No tardará en volver el Duque. Vuestro amor tiene sujeto su corazón, como el cazador el ave certera, y no le permite volar lejos de vos mucho tiempo. Y vos, discretí-



sima Beatriz, ¿en que entendéis retirada de la corte? (*Acercándose á leer en el libro.*) Latín, ¿qué autor?

BEATRIZ.—Juvenal. Busco un epigrama contra los necios, y no acierto á encontrarlo.

BENEDICTO.—Si fuera contra las sabias, yo podría proporcionaros uno, bien que en lengua vulgar, única que alcanza mi desvalido cacúmen.

BEATRIZ.—¿Es obra vuestra, por ventura?

BENEDICTO.—Yo no sé hacer epigramas. Los epigramas se hacen contra nuestros enemigos, y contra los míos llevo aquí (*empuñando la espada*) arma más noble que un epigrama.

BEATRIZ.—Sin embargo, gozáis más fama de chistoso que de duelista, y se cuentan más heridos de vuestra lengua que de vuestra espada.

BENEDICTO (*ofendido*).—¿Nunca habéis oído hablar de mí como guerrero?

CELIA (*con viveza, deseando calmarle.*)—¡Sin duda! ¿Quién desconoce vuestro valor?

BENEDICTO.—Preguntad al Duque cómo supe vencer á la morisma.

BEATRIZ.—Habláis con propiedad. La morisma singular y femenino; esas deben de haber sido todas vuestras hazañas. *Bera.* ¿Qué pensáis de mí? Con franqueza. Sé que no os merezco muy buena opinión.

BEATRIZ.—Pienso que si pudiéramos trocar mi abanico por vuestra espada, el mundo tendría una imperfección menos.

BENEDICTO (*ofendido*).—¿No comprendéis que si vos llevarais espada, aun sin más armas que vuestro abanico, tendría que desafiaros?

BEATRIZ.—¿Os han ofendido mis palabras?

BENEDICTO (*con desprecio*).—No por cierto.

BEATRIZ.—Porque no podría daros otra satisfacción que ofreceros mi mano.

BENEDICTO.—Si creéis que es esa la satisfacción que nos debe una dama cuando nos ofende, prefiero el duelo de hombre á hombre.



CELIA.—¿En tanto horror tenéis el matrimonio?

BENEDICTO.—Soy tan extravagante, que pienso no he de hallar nunca mi media naranja.

BEATRIZ.—Ahora bien; ¿no sabéis que cuando nace un tonto, nace una tonta inmediatamente?

BENEDICTO.—Pero cuando nace un discreto se queda soltero.

CELIA.—¿Y si nace una discreta?

BENEDICTO.—Entre ella y el discreto engañan á un tonto, y entonces una tonta se queda soltera y se dedica al estudio ó á murmurar del prójimo.

BEATRIZ.—Y entre los dos extremos, ¿no será más laudable la que se dedique al estudio?

BENEDICTO.—Hay alguna que abrazando los dos extremos, afila su ingenio en el estudio para hacer más agudas las saetas de sus murmuraciones.

BEATRIZ.—¿Luego confesáis que el saber es un arma en nosotras? ¿Conocéis por ventura alguna de mis obras?

BENEDICTO.—He oído hablar de unas novelas amorosas que habéis compuesto, donde los amantes exhalan su pasión por medio de silogismos y razonamientos filosóficos, lo que prueba que no habéis amado nunca.

BEATRIZ.—¿Así no sois capaz de comprender el amor que sólo por las almas se comunica?

BENEDICTO.—Creedme, estudiad el amor en textos vivos, y cuando queráis expresar el sumo grado de la pasión amorosa en vuestras obras, comprenderéis que sobran metafísicos razonamientos, y en su lugar pondréis una larga línea de puntos, y cuantas doncellas enamoradas lean vuestro libro sentirán colorearse sus mejillas.

BEATRIZ.—¡Noble arte el que tales efectos produjera!

BENEDICTO.—Los perfumistas de Italia aseguran que venden menos carmín desde que se escriben ciertas novelas. Las damas emplean como afeite el rubor natural que les produce su lectura. No hay nada que revele mejor el carácter de una dama, que su manera de leer.

BEATRIZ.—Queréis decir, según la predilección que



muestra en sus lecturas, ya sean amorosas, ya satíricas, ya, en fin, de graves y morales materias.

BENEDICTO.—¡Linda ciencia fuera tal adivinación! Me refiero solamente al modo de leer.

CELIA.—¿Cómo puede ser eso?

BENEDICTO.—Figuraos una novela interesante en manos de diferentes damas. Tal habrá que, interesada desde luego en su lectura, siga con avidez hasta el final paso á paso. Mujer de juicio recto, que con método igual se interesará en sus amores y hará feliz á un hombre. Tal otra, apenas ojeada la primera página, arroja pronto un libro para tomar otro. Mujer mudable y frívola, que encuentra á todos los hombres y todos los libros iguales, una vez satisfecha la curiosidad de lo que tratan. Esta otra lee anhelosa las primeras páginas, y no pudiendo dominar su interés pasa de un salto al desenlace. Mujer arrebatada y fogosa que en materias de amor hará lo mismo, pasará desde luego al desenlace.

BEATRIZ.—¿Y qué dirá vuestra sátira de la que, leyendo un pasaje conmovedor, baña sus ojos en dulces lágrimas?

BENEDICTO.—Esa es feliz, porque lee al lado de su amante.

CELIA.—Explicaos.

BENEDICTO.—Los hombres lloramos solos casi siempre; las mujeres no lloran sino cuando tienen á su lado una persona amiga que puede enjugar su llanto.

BEATRIZ.—¿Qué extraño, si tenéis en esa opinión á las mujeres, hayáis visto con pena el matrimonio de nuestro noble señor el Duque?

BENEDICTO (*airado*).—Miente quien tal afirme. Yo fui el primero en proponerle ese medio de terminar las guerras. No me han engañado los que afirman que tratáis de malquistarme con la Duquesa para que influya á su vez con el Duque y privarme de su gracia.

BEATRIZ.—¿Tal decís? ¡Sois un mal caballero!

CELIA (*conteniéndola*).—¡Beatriz!

BEATRIZ.—Vos sois el que propala en la corte todo género de epigramas contra mi persona.



CELIA.—Reportaos, señores. No convirtáis en desagradable disputa nuestra apacible conversación. En verdad que he gozado un buen rato con vuestras agudas razones.

BENEDICTO (*con arrogancia.*)—No estoy hecho á ser tratado tan duramente. Considerad que sólo por vos he tolerado en calma los insultos de esa dama, y aconsejadla que se reporte. Debéis comprender que si soy favorito del Duque, es hacerle muy poco honor considerarme exento de algún mérito.

BEATRIZ.—Perdonad, debieron de advertirme que no érais su bufón solamente.

BENEDICTO (*arrojando un guante.*)—Señora, si tenéis en la corte quien me responda de vuestros insultos, á él arrojo este guante.

BEATRIZ (*recogiéndole.*)—No faltará quien os pida razón de vuestras palabras.

CELIA.—¡Por Dios, señores!

BENEDICTO.—Prometo no parecer por la corte mientras esa dama ocupe un lugar en ella. (*Saluda á la Duquesa.*)

### ESCENA III

#### CELIA Y BEATRIZ.

BEATRIZ.—No volveré á mostrarme en la corte mientras Benedicto sea favorito del Duque. Volveré con tu padre.

CELIA (*abrazándola.*)—No, Beatriz. Antes exigiría yo á mi esposo el sacrificio de esa amistad. ¡Funesta antipatía! Temo que ha de ser causa de algún disgusto.

BEATRIZ.—Nadie le disputaba la privanza del Duque; por fuerza ha de envidiarnos, no puede ofenderte y se desquita conmigo. (*Suenan dentro trompas de caza.*)

CELIA.—Mi esposo. Aquí se acerca.

BEATRIZ.—No he de volver á encontrarme con Benedicto, no; por mi nombre. (*Sale, después de saludar al Duque.*)



## ESCENA IV

CELIA Y OCTAVIO.

OCTAVIO.—¡Hermosa Celia!

CELIA.—¡Esposo mío! Me admira no hallaros la tez arrugada, los cabellos encanecidos y el cuerpo encorvado, porque, en verdad, me ha parecido un siglo el poco tiempo que no os he visto.

OCTAVIO.—Podéis creer que he vuelto á vos presuroso, como vuelve el ave á su nido después del primer vuelo.

CELIA.—Me parece escuchar á dos amantes de las novelas de Beatriz. No más razones ingeniosas. Poned unos puntos suspensivos, como diría Benedicto. Dadme un beso. (*Presentándole el rostro.*)OCTAVIO (*después de besarla*).—A propósito. ¿Dónde está ese bergante? No quiso acompañarme esta mañana.CELIA (*aparte*).—Bien dice Beatriz. El Duque le quiere demasiado (*alto*). Hace un instante se hallaba con Beatriz y conmigo.OCTAVIO.—Eso me agrada. Es preciso que los nobles sigan mi ejemplo. En la corte de un soberano casado, hacen desairada figura los solteros, y pelagra la tranquilidad matrimonial. Además, las últimas guerras han disminuído el número de mis súbditos. Necesito soldados. Si Beatriz y Benedicto... (*La Duquesa se ríe.*) ¿Por qué os reís?

CELIA.—Porque os ocurre á tiempo esa idea. Justamente acaban de separarse, prometiéndose un odio eterno.

OCTAVIO.—¿Qué decís?

CELIA.—Beatriz asegura que no permanecerá en la corte si Benedicto sigue ocupando un lugar en ella.

OCTAVIO.—¿Y creés que yo pueda separarme de Benedicto? No, por toda mi corona.

CELIA (*con intención*).—¿Y por mi amor?

OCTAVIO.—¿Os separaríais de Beatriz por el mío?

CELIA (*ofendida*).—No, ciertamente.

OCTAVIO.—Sois más franca que yo.

CELIA.—Es preciso reconciliarlos. De otro modo, su enemistad pudiera ser causa de disturbios en nuestro ma-



trimonio y trascender á la paz del Estado. Ni uno ni otro estamos dispuestos á sacrificar nuestros favoritos. Debéis comprender que extranjera y sola en vuestra corte, la compañía de Beatriz me es de gran precio.

OCTAVIO.—Ni yo podría prescindir de Benedicto. El resuelve todos los asuntos difíciles de gobierno.

CELIA.—No sabéis mi disgusto. Discurramos; dadme una idea...

OCTAVIO.—Si yo pudiera consultar con Benedicto, de seguro encontraría...

CELIA.—Como si yo consultara con Beatriz. Pero no es cosa de ponerles en autos de lo que deben ignorar.

OCTAVIO.—Vamos á ver, pensemos.

CELIA.—Si no hallo modo. A ver si entre los dos...

OCTAVIO.—¡Qué demonio! ¿No soy su soberano? Doy una orden y los caso...

CELIA.—¡Qué atrocidad!

OCTAVIO.—¿He dicho una tontería?

CELIA.—No, pero... ¡Ah! Ya he encontrado...

OCTAVIO.—¿Una idea?...

CELIA.—Sí, una idea excelente. Ya veréis...

OCTAVIO.—Decid.

CELIA.—Ya lo sabréis. Os reservo el placer de la sorpresa. Ahora necesito de vuestra ayuda. Buscad á Benedicto, traedle aquí con cualquier pretexto, y procurad que nos escuche escondido entre esos árboles.

OCTAVIO.—Explicadme bien. ¿Qué debo decirle?

CELIA (*impaciente.*)—Lo que se os ocurra.

OCTAVIO.—No, decidme. No quisiera echarlo á perder.

CELIA.—Le diréis que os espero aquí para hablaros á solas de un asunto de Estado; y como no sabéis hacer nada sin su consejo, desearíais que escuchase escondido nuestra conversación.

OCTAVIO.—Tenéis mucho talento. ¿De veras es idea vuestra todo eso?

CELIA (*llamando.*) — ¡Beatriz! (*al Duque.*) Buscad á Benedicto... ¡Beatriz!

OCTAVIO.—Voy muerto de curiosidad.



## ESCENA V

## CELIA Y BEATRIZ

BEATRIZ (*entrando*).—¿Me llamabas?

CELIA.—Sí, sentémonos. Tengo que hablarte.

BEATRIZ.—Me pones en cuidado. ¿Has dicho al Duque algo de la ocurrido?

CELIA.—Sí. Y no sé como decirte... Quién había de suponer...

BEATRIZ.—Acaba.

CELIA.—He suplicado al Duque que destierre á Benedicto de la corte.

BEATRIZ.—Y se ha negado á ello, naturalmente. Yo soy quien debe partir.

CELIA.—De ningún modo. No quieras ser causa de una catástrofe... Sábelo, Benedicto te ama.

BEATRIZ.—¿A mí?

CELIA.—El Duque acaba de decírmelo.

BEATRIZ.—¿Cómo puede ser eso?

CELIA.—Comprende ahora cómo su aparente enemiga contigo no es sino el despecho de sentirse desconocido por tí y abrumado despiadadamente con tus desprecios, cuando te adora con toda su alma.

BEATRIZ.—¡Extraño amor que reviste apariencias de odio! ¿No fué él quien empezó, desde luego, por hacerme blanco de sus burlas?

CELIA.—No, Beatriz. Recuerda que fuiste quien desde el primer día empezó á molestarle con intencionadas sátiras. ¡Y cuánto no debe de haber sufrido viendo que tan poco aprecio hacías de su persona, y mostrándote así imposible á su amor! El Duque asegura que teme por su salud, si no halla correspondencia en tu cariño; que la idea de que le aborreces atormenta su razón de tal modo, que incurre en mil extravagancias á cada momento.

BEATRIZ (*pensativa*).—Siempre pensé que las antipatías y simpatías eran recíprocas.

CELIA.—Por eso tu odio no podrá subsistir. Y si por desdicha de todos no pudieras vencerle, enciérrale en lo



más hondo de tu pecho y haga la piedad oficio de amor no hiriendo con nuevas ofensas un alma dolorida. El Duque llega. Deseo tratar con él nuevamente este asunto. Puedes creer que el amor de ese noble joven ha hecho profunda sensación en mí. (*Aparte.*) Y aun en ti, á lo que veo. Quiera Dios se logren mis propósitos.

## ESCENA VI

### CELIA Y OCTAVIO

OCTAVIO (*bajo á Celia*).—Benedicto nos escucha entre aquellos sauces.

CELIA (*idem al Duque*).—Preguntadme en voz alta qué asuntos deseo tratar con vos á solas.

OCTAVIO (*alto*).—Amada esposa. ¿Qué asunto de Estado deseáis tratar á solas conmigo?

CELIA.—No me habléis ahora de asuntos de Estado; mi cabeza no está para ocuparse en ellos.

OCTAVIO (*bajo*).—¿Qué digo entonces?

CELIA.—Nada. (*Aparte.*) Temo que ha de echarlo á perder. (*Alto.*) Cierzo, deseaba tratar con vos un asunto de Estado, acerca de unas cartas de mi buen padre... mas fuerza será diferirlo para mejor ocasión, porque os aseguro que estoy de tal modo trastornada, que no podría coordinar una idea.

OCTAVIO.—¿Qué os ocurre? (*Bajo.*) ¿Voy bien? (*Alto.*) ¿Habéis recibido alguna noticia desagradable?

CELIA.—La peor para mí. Figuraos que Beatriz se niega á permanecer á mi lado, y todas mis súplicas no bastan á disuadirla de su empeño por volver á la corte de mi padre. Nunca podré acostumbrarme á vivir lejos de ella; era mi hermana, mi leal confidente. Jamás encontraré quien pueda sustituirla en mi afecto. ¿Dónde hallar corazón tan abnegado por mí como el suyo? De tal suerte identificado con el mío, que unos eran nuestros propósitos, unos nuestros afectos, al punto que muchas veces, al



ir á discurrir sobre un asunto, unas mismas palabras salían á un tiempo de nuestros labios.

OCTAVIO (*alto*).—¿Y á qué obedece su designio de abandonarte? Gran ingratitud me parece, cuando la mostráis tantas pruebas de afecto.

CELIA.—No, no la culpéis. La obligan motivos muy poderosos: la crueldad de su destino, la... (*llorando*.) ¡Infeliz amiga!

OCTAVIO (*acercándose sorprendida*).—No os aflijáis (*bajo*). ¿Lloráis de veras?

CELIA (*mostrando sus ojos*). ¿No lo véis?

OCTAVIO (*aparte*).—Pues todo es verdad, ó las mujeres son el diablo. (*Alto*) Decid, ¿qué puedo poner de mi parte para evitaros ese disgusto?

CELIA.—Nada. Vuestro poder no llega á mandar en los corazones. Beatriz ama, y su amor ha ido á encontrarse con el odio. Beatriz... sabedlo ya, ama á Benedicto.

OCTAVIO.—Pues no deseábamos otra cosa. He ahí resuelto el conflicto; se les casa, y en paz; voy á llamarle...

CELIA (*deteniéndole*).—Esperad (*alto*). ¿No sabéis que Benedicto la detesta? Desde que llegamos á vuestra corte no ha cesado de mortificarla con picantes epigramas. ¡Figuráos cuánto no habrá sufrido esa infeliz, viendo desconocidos sus sentimientos, abrumada con los desprecios de quien ella adora con toda su alma!

OCTAVIO.—No tiene perdón ese Benedicto

CELIA.—Por cuanto pueda conmoverte, consigue interesar su corazón en favor de mi triste amiga. Y si no pudiera vencer su antipatía, que á lo menos la encierre en lo profundo de su pecho, y haciendo la piedad oficio de amor, no atormente con nuevas ofensas un alma dolorida. Apenas puedo contener el llanto. (*Aparte*.) Beatriz se acerca (*alto*). Acompañadme á palacio.

OCTAVIO (*ofreciendo el brazo á la Duquesa y aparte*).—Pues señor, no veo claro en todo esto.



## ESCENA VII

## BEATRIZ LEYENDO Y DESPUÉS BENEDICTO

BENEDICTO.—No me hubiera sorprendido tanto, al lidiar en la guerra cuerpo á cuerpo con algún feroz musulmán, verle, depuesto su furor, pasar á mi lado en lo más recio de la pelea y combatir en mi favor, como me ha sorprendido lo que acabo de oír. ¡La que yo juzgué mi implacable enemiga, tales sentimientos alienta por mí...

BEATRIZ (*aparte, observándole*).—Su paso es vacilante y parece poseído de mortal pesadumbre... Sus ojos se dirigen á mí furtivamente, y en ellos se descubren señales de llanto... ¿Cómo pude equivocarme de tal suerte el verdadero afecto que le ocupa el ánimo? Mucho debe de haber sufrido... Nunca podrá perdonarme.

BENEDICTO (*aparte, observándola*).—Sus ojos, al recorrer distraídos las líneas del libro, pasan de su límite y llegan hasta mí, y en mí se fijan más que en el libro... Mucho me engaño... ó han llorado por mí...

BEATRIZ (*aparte*).—Se acerca á mí y desea hablarme. Riñen en él amor y orgullo. Si después de ofenderle como le he ofendido vence el amor, no hay duda que su pasión excede á todo lo imaginable.

BENEDICTO.—Beatriz... (*aparte*.) Apenas puede ocultar su emoción.

BEATRIZ (*aparte*.)—El, siempre tan osado, ticmbra ahora en mi presencia como un niño.

BENEDICTO.—¿Seréis capaz de guardarme rencor por la conducta descortés que con vos he observado? ¿Qué podría yo hacer para merecer vuestra gracia?

BEATRIZ (*aparte*.)—Soy yo quien le ha ofendido, y aún demanda humilde perdón. (*Alto*.) No habéis menester de merecimiento alguno: podéis creer que no quisiera acordarme de nada de lo ocurrido.

BENEDICTO.—¿Cómo pude faltar á una consideración de cortesía, que el hombre más rudo hubiera sabido guardar con una dama? No puedo creer sino que algún fatal influjo me privaba de sentido en aquél momento, y si fué así,



el verdadero Benedicto os demanda perdón para aquel otro descortés é insolente cuya culpa no me hace responsable, porque no puedo concebir tuviera de común conmigo más que el nombre.

BEATRIZ (*aparte.*)—¡Cuán diferente es su lenguaje ahora que en posesión de sí mismo deja hablar á su corazón! (*Alto.*) No extrañéis nada de lo ocurrido, noble Benedicto. Es tan fácil juzgar erradamente de la naturaleza de un sentimiento... Creed que si desde un principio os hubiérais mostrado como ahora, yo hubiera sabido apreciaros en vuestro verdadero valor.

BENEDICTO.—¿Por qué convertimos en liza de ingenio nuestras relaciones, cuando una sola palabra salida del corazón hubiera bastado para entendernos? ¿Por qué no pronunciásteis esa palabra, aun cuando hubiera sido en latín ó en griego?

BEATRIZ.—Comprended que no era yo quien debía decirlo...

BENEDICTO.—Aun cuando sintiérais que desbordaba en vuestro corazón y abrasaba vuestro pecho... ¡Triste condición de la mujer! Mostrar indiferencia cuando más interés la domina... ¡Quién sabe! Aparentar que juega con lo mismo que se está abrasando... y abrasarse y callar... ¿Me perdonáis, Beatriz?

BEATRIZ.—¿Cómo no perdonaros? ¿Por qué no dejáis siempre hablar á vuestro corazón? ¿No os parece que un suspiro vale más que un epigrama, y arrancar una lágrima vale más que arrancar una carcajada?

BENEDICTO.—¡Ah! no me recordéis las necedades que dije hace un momento. Tuvísteis razón en llamarme bufón y mal caballero... ¿Qué habéis hecho del guante que os arrojé?

BEATRIZ.—Lo que dijísteis: le guardo para mi paladín...

BENEDICTO.—¡Que será vuestro amador!... ¿Y creéis que yo pudiera exponerme ahora á darle muerte, cuando á toda costa quisiera lograr vuestro perdón...? Devolvedme ese guante.

BEATRIZ.—¿Y mi venganza?



BENEDICTO.—¿Vuestra venganza?... ¿Queréis más que verme rendido á vuestros pies pidiéndoos cobardamente esa prenda de desafío, por no exponerme á tener que luchar con el elegido de vuestro corazón?

BEATRIZ.—¿Teméis encontraros frente á frente con él?

BENEDICTO.—Sí, Beatriz. Si por mi indigna conducta el amor ha podido convertirse en odio; si no podéis estimarme porque no he sabido hacerme digno de vuestra estimación; si amáis á otro, temo encontrarme con él... porque entonces sabré lo que son celos; porque él podrá llamar suyo ese corazón que debió ser mío... ¡Oh, no! Antes que hallarme frente á frente con mi rival... devolvedme ese guante por misericordia.

BEATRIZ.—Ja, ja... tomad.

BENEDICTO.—Los Duques se acercan. No me dejéis así, Beatriz. Quisiera deciros tantas cosas... ¿Permitís que os acompañe por esa arboleda que nos brinda tan grata sombra?

BEATRIZ.—Salidme al encuentro.

BENEDICTO.—Hasta ahora. (*Por distinto lado.*)

## ESCENA ÚLTIMA

### CELIA Y OCTAVIO

CELIA.—Ja, ja... ¿Creerán que no les vimos? Ja, ja... ¡Se aman! ¡se aman!... Hemos logrado nuestro propósito.

OCTAVIO.—Pero, ¿de veras ha sido idea vuestra? Tenéis un gran talento. Orgullosos estoy de haberos hecho mi esposa. He de referir la aventura á toda la corte para que comprendan lo que valéis.

CELIA.—Sí, podéis referirla, puesto que una vez emprendido el camino del amor, no han de volver atrás.

OCTAVIO.—Ahora bien; yo quisiera adornar mi relato con alguna reflexión filosófica; resumirla en una moraleja. ¿No podéis indicarme una?

CELIA.—Ciertamente... Si os dirigís á las damas, decid-



les así: Nunca, señoras mías, por alardear de vano ingenio, tratéis de burlaros de los hombres, ni en nombre de una idea que perseguís en vuestros ensueños, despreciéis por sus apariencias al que pensáis no pueda realizarla. Hacéos amar de todos aun cuando no améis á ninguno. Encastillarse en una fortaleza que creéis inexpugnable, porque el ingenio, la hermosura y la fortuna la defienden, es hacer más vergonzosa la derrota el día del vencimiento. Los mismos muros, cerrojos y rastrillos que deben franquear los que atacan, tendréis que franquear para entregaros.

OCTAVIO.—Buenas reflexiones, pero hartó complicadas para mi memoria... Decidme una más sencilla que se pueda aplicar á todo el mundo, puesto que no sólo á las damas he de referirme.

CELIA.—Decid entonces á todos que seamos amables si queremos ser amados... He ahí á los que antes se odiaban cordialmente... porque pusieron empeño en odiarse, enlazados del brazo, los rostros juntos de tal modo, que los rizos de Beatriz acarician la frente de Benedicto.

OCTAVIO.—Se alejan demasiado. Beatriz no conoce bien los jardines, y pudiera perderse... ¡Un beso! Me parece que faltan á toda ceremonia.

CELIA.—Están solos... Venid, esposo mío; sigamos sus pasos, perdámonos como ellos entre los árboles. Ved qué apacible sombra; parece que invita á penetrar en ella; los pájaros gorjean y nos llaman; dicen que la sombra se ha hecho para el amor. ¡Qué félices son los pájaros! Yo quisiera serlo ahora y tener mi nido entre esas ramas que apenas besa el sol y columpia el aire. Iría volando á la orilla del lago y trayendo en mi pico el plumón blanco y suave de los cisnes, mulliría con él un dulce nido de plumas y de flores... Venid.

OCTAVIO.—Tened en cuenta que nos esperan en Palacio los embajadores de Francia.

CELIA.—Enfadosa ceremonia. Venid. Quiero olvidarme de todo, y, como una aldeana sencilla, que pasea orgullosa del brazo de un valiente soldado, quiero disfrutar de

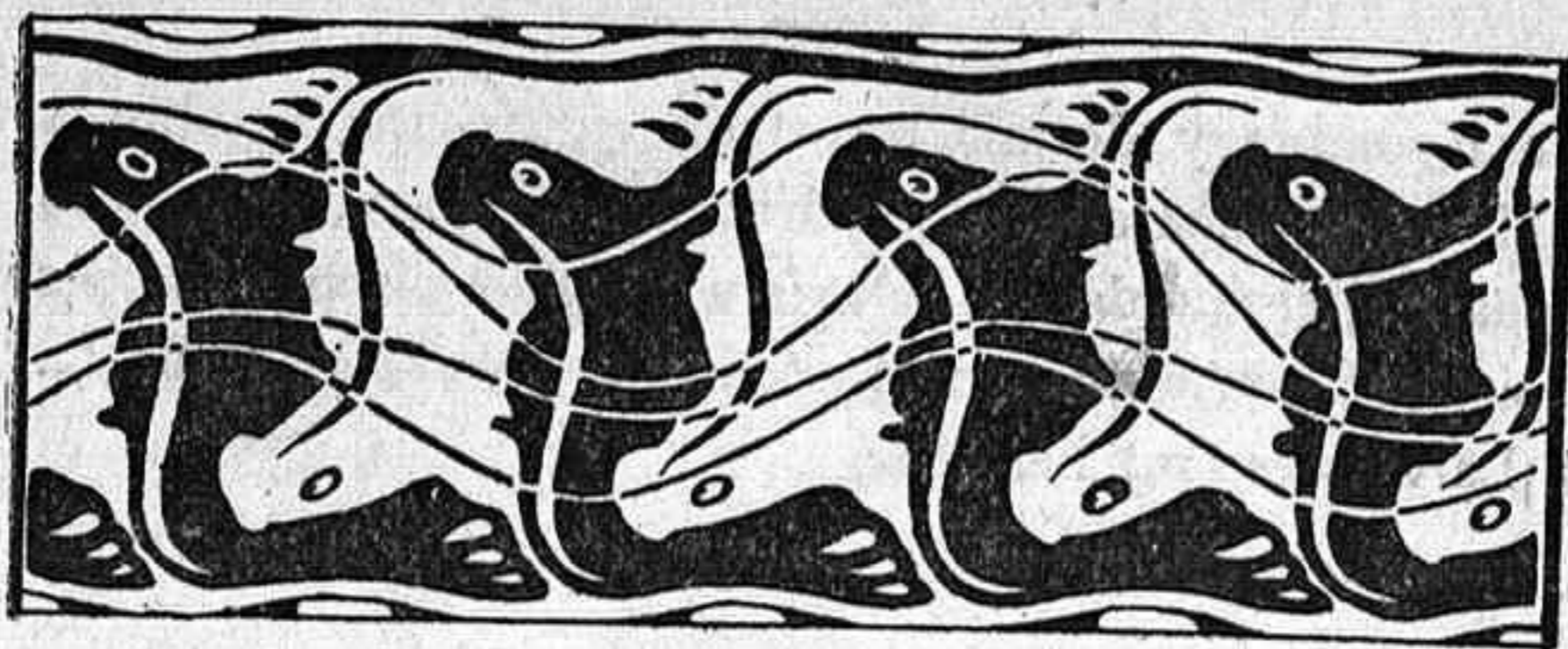


esa sombra y dormir recostada en tus brazos sobre la hierba, y enmarañar con flores mis cabellos... ¡Hermoso día! ¡Si el mundo se detuviera en este instante!... ¡Ser siempre jóvenes, amantes y felices!... ¡No morir nunca!... ¡La vida es muy hermosa!

FIN







ANGEL GANIVET ❖ ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ EPISTOLARIO

Setiembre 9-21.

(Querido) (amigo) (Paco): Hagamos algunas pequeñas hipótesis tomando como asunto la dirección de esta epístola.

Si suprimimos (querido), queda «Amigo Paco», frase ordinaria, que nos representamos pronunciada por un campesino ó por un urbano rusticado, en voz alta, imperativa, desentonada, desagradable.

Si suprimimos (amigo), nos resta «Querido Paco». No andando por medio la intimidad del amor femenino sólo puede significar familiaridad con tonillo de protección, algo así como la palmadita en el hombro que nos da quien nos favorece, la fórmula de la amistad que no se cree obligada á usar palabras atentas, estudiadas, escogidas.

Si nos quedamos con «Paco» sólo, ¿quién no ve inmediatamente al servidor delante del amo que le ordena, al asistente que levanta la mano para saludar, como el perro cuando va á lavarse la cara?

---

(1) Véanse los números 3.º, 5.º y 7.º de HELIOS.



Pues suprimamos el «Paco». «Querido amigo», indica por precisión que antecede el «Sr. D....» Falta, pues, la intimidad en las relaciones de amistad, falta la seguridad en el afecto, no se ha roto la muralla de convencionalismo que separa á dos personas, haciéndolas conocidas y tratadas, pero no amigas.

¿Y si tomamos sólo el «Querido»? ¿No huele esto á Castelar? Parécenos estar oyendo á Mesejo (hijo) en el ejercicio de sus funciones artísticas. La palabra «querido», así sola, al principio de una carta, no es masculina ni femenina, es neutra con toda propiedad, puesto que se dirige á un sér masculino, expresa un afecto femenino y sólo puede ser pronunciada por un sér que reúna ambas cualidades. Un hombre y una mujer de verdad, jamás emplearán esa palabra, que pudiera compararse á un tiple de capilla.

Pues si escribiéramos solamente «amigo», no habría que esforzarse mucho para notar cierta mezcla de reconvencción y de ordinariedad, que privarían á la palabra del valor gramatical que debe tener y de todos los significados que lexicamente puedan atribuírsele. Escribir «amigo á secas vale tanto como decir: «ahí va» «apártate» «preparate para recibir una rociada de encargos», etcétera.

Y dirás tú ahora seguramente: ¿á santo de qué vienen todas estas metafísicas de escalera abajo, estas *disquisiciones* de maestro de escuela harto de garbanzos (no siempre han de estar hambrientos), estas *sutilezas*, que pasarán por el ojo de una aguja... colchonera? Ten una poca paciencia y verás claro.

Hemos terminado nuestro análisis *un tanto ligero*, del asunto sometido á nuestro estudio. Ahora procede meter mano á la síntesis, sin lo cual no habríamos hecho nada fecundo ni provechoso para la ciencia. Si reunimos todos los térmitos sueltos analizados y reconstituímos la frase «Querido amigo Paco», estaremos enfrente de una síntesis. Ahora bien, ¿qué relación existe entre ella, considerada en su sentido ideológico, y los términos que la



integran? Ninguno. La frase total sintética no representa una suma de valores léxicos parciales, sino un nuevo valor distinto del de sus elementos componentes. Al decir «Querido amigo Paco» no expresamos una idea resultante de la composición de las ideas que antes atribuíamos al «Querido», al «Amigo», al «Paco», al «Querido amigo», al «Querido Paco», al «Amigo Paco», ni á las que podríamos atribuir, extendiendo el análisis á estas otras expresiones: «Paco amigo», «Amigo querido» «Paco querido», «Amigo querido Paco», etc. ¿Cómo hemos de expresar una idea producida por combinación, adición ó yuxtaposición, cuando la nueva frase excluye casi todas las significaciones parciales que el análisis nos suministraba? Véase, pues, como llegamos lógicamente á una primera conclusión de importancia trascendental: la combinación, sea en el orden que fuere, de elementos ideológicos simples no da un resultado análogo á estos, sino que produce una idea distinta, original.

Apliquemos esta doctrina al arte.

¿Si el artista se limita á combinar elementos artísticos reales, objetivos, observados, producirá una obra artística? No es seguro que así suceda. Todos esos elementos artísticos acumulados, cuando el artista no los funde en el crisol de una concepción subjetiva, toman ellos mismos la unidad necesaria, la cual brota espontáneamente del simple contacto de sus superficies ideológicas; afines y combinables como los cuerpos simples de la naturaleza; pero esta unidad, no buscada por el artista, es una idea nueva, es el espíritu del conjunto, que podrá ser esencialmente distinto de las partes, y en todo caso, ya sea estético ó antiestético independiente del artista, quien sólo ha desempeñado, puede decirse, el papel de sacerdote que une á la pareja enamorada. Este se limita á unir dos elementos vivos, á veces tan complejos como las sociedades (por ejemplo, cuando el marido lleva tres ó cuatro hijos, la mujer otros tantos y además se agregan las suegras, etc.), pero no sabe lo que de allí saldrá, si la gloria del amor con todas sus celestiales armonías ó



el infierno de la guerra conyugal, ni es responsable de que el matrimonio sea estéril ó fecundo, ó de que los hijos sean hermosos ó deformes. He aquí el pecado capital de la literatura nueva: producir, si es posible usar de esta palabra, sin conciencia del resultado; reunir elementos artísticos y agruparlos en forma de enumeración, dejando al lector el trabajo de hallar en aquella variedad la idea fundamental ó *característica*. ¿Cuánto mejor no sería que el artista llenase este hueco y descargase un tanto el espíritu de los lectores, del público? Y esto suponiendo que haya público que sepa ó pueda hacer la digestión espiritual de los elementos artísticos crudos y sin la trabazón que debía prestarles una más esmerada faena culinaria. Pero al fin y al cabo, si no sabiéndolo ó no queriéndolo, el artista ocasiona algo bello, todo sea por el arte.

Mas el artista subjetivo, el que pretende trasladar á la inteligencia de los demás las ideas que él propio crea y nutre en su cerebro, ¿cómo se concibe que reduzca su misión á poner ante los lectores una serie de elementos (sigamos usando la palabra) artísticos, no reales, sino imaginados, sin procurar fundirlos en unidad análoga á la que el espíritu conserva en medio de la variedad de sus manifestaciones?

Si el espíritu fuese igual á sí mismo en toda ocasión, podría el artista lanzarse en pos de él sin temor alguno. Irreflexivamente daría unidad á sus creaciones trasladando las impresiones que su equilibrado espíritu recibió de la realidad real ó imaginada. Pero no siendo esto así, el artista debe ser reflexivo. Debe procurar aparecer tal como es, no en cada momento, sino en la sucesión de los momentos, ¿Hay, acaso, un espíritu que carezca de individualidad? ¿Qué artista podrá jamás existir cuyo espíritu sea incoloro, sin personalidad, sin carácter? ¿Y quién, teniendo una personalidad puede limitarse á aparecer con otra distinta momentánea? Quien una vez cometió una tontería ó cayó en ridículo, ¿ha de pasar por tonto ó ridículo? No, porque estos aspectos parciales se borran y queda



siempre subsistiendo la personalidad total, en cierto modo abstracta, de cada individuo, la cual no tendrá quizás una hora de existencia concreta en la vida.

Conviene, pues, que el artista en general, y muy principalmente el subjetivo, el impresionista, el crítico, no se limiten á combinar, á ordenar impresiones, ideas artísticas; deben fundirlas reflexivamente. unificándolas, si aspiran á producir algo bello, no por acaso, ni con carácter de indecisión, sino conscientemente y sabiendo hacia dónde caminan, ó cuando menos, en qué dirección caminan.

Aunque la personalidad del artista estuviese significada por su desequilibrio constante, por la imposibilidad de unir los varios aspectos fugaces, inestables de su espíritu (esto, realmente, no es posible), aun así, sus creaciones artísticas deberán tener unidad, porque las palabras arte é irreflexión ó espontaneidad son incompatibles.

Cabe la espontaneidad en las manifestaciones espirituales que no llevan pretensiones artísticas y en la vida, que es un arte espontáneo; y aun así no es frecuente la naturalidad en el trato social, que se diferencia de la vida colectiva, precisamente en eso mismo, en la tendencia á convertir lo artístico natural en artístico humano.

Y ¿adónde vamos á parar por aquí?—preguntarás tú; y yo te diré que á ninguna parte, porque hemos llegado ya. Si el arte no es espontáneo ni consiste en la simple coordinación de elementos artísticos, ¿cómo es posible incluir dentro del arte lo incoherente? De ningún modo. No queda otra escapatoria que suponer que la incoherencia es un *procedimiento artístico*; que la incoherencia no excluye el cumplimiento de ciertas condiciones imprescindibles para el arte. Pero es insensato suponer que la coherencia (menos aún que la unidad, que la armonía, que el enlace) pueda brotar de la incoherencia. ¿Quién, sino el artista ó alguien que le sobrepuje en inteligencia, puede adivinar, vislumbrar el espíritu supraliterario que vaga entre los huecos de los pensamientos incoherentes? Fuera



de éstos no habrá quien dé el salto mortal necesario para pasar de lo que aparentemente es una sarta de tonterías á lo que realmente podrá ser, si se quiere, una manifestación refinada del arte.

Y tengo, además, por seguro que de cada centena de incoherentes pasarían por necios la mitad, y el resto por ridículos ó estrafalarios. Huyamos de los casos aislados; dejemos los procedimientos azarosos y sigamos el procedimiento natural y eterno de expresar la belleza con palabras. La música emplea los sonidos y es sólo majar de espíritus privilegiados cuando expresan sentimientos, no sensaciones. ¿Y el arte incoherente quiere emplear los límites negativos de las ideas? ¿Quiere ser arte literario sin letras, sin palabras, sin pensamientos? Porque es evidente que el artista incoherente no quiere expresar lo que expresa en lo que escribe, sino que desea ser adivinado ó comprendido, al producir con sus incoherencias la impresión de vaguedad, que no se satisface con lo aparente y busca el sentido oculto ó inexpresso.

Todo esto viene muy á cuento, después que tú me has enviado una carta en que veo agravada la enfermedad literaria que ha tiempo te corroe, un pliego de frases incoherentes, por las cuales vaga el espíritu viejo y empolvado de un Jeremías que se ríe. Si yo te viese enfermo del cuerpo y supiera de un medicamento que conviniera á tu salud, me apresuraría á enviártelo, y tú no dejarías de agradecermelo; pues te ruego que veas en esta carta una cosa parecida, hija del buen deseo y enviada con el mismo fin. Tal vez sea fea de tomar mi medicina, pero yo te garantizo que sus componentes son que ni pintados para tu dolencia. Hace algún tiempo te dije: «mucho hierro» porque andabas mal del estómago; y hoy te digo: «mucho lógica» porque veo que no andas mejor de la cabeza.

La lógica y el hierro forman un matrimonio feliz y engendran las energías humanas que necesitamos para ir tirando de esta miseria que vive con nosotros. Si los demás no discurrieran ni lucharan, no hacían falta las ener-



gías; viviríamos en pasividad absoluta, los placeres serían pasivos, los dolores despreciables. Pero Dios lo ha querido de otro modo.—*Angel.*

25 Abril de 1896.

A YER te escribí, y hoy asegundo, para remediar en lo que de mí dependa tus padecimientos morales, que, á decir verdad, no serán tan fuertes como los pintas. Era tal tu gana de sacar la cabeza (ó de meterla, según el punto de vista que se tome), que no creo que en tan poco tiempo te fatigues ya de vida artificial y violenta. Lo que sientes más bien son tristezas de recordar tus antiguos pensamientos; todavía no has llegado á sentir tristeza pensando en el porvenir; hoy comparas tus proyectos con tus acciones, y no te quedas muy satisfecho; pero mañana compararás tus hechos con tus aspiraciones, y cuando veas que los unos te apartan de las otras, te darás á todos los diablos. En cuanto pases dos años sin poder recogerte en tu interior y hacer examen de conciencia, te convertirás en hombre mecánico y útil. Sin vanidad aseguro que no hay dos tan resistentes como yo para mantenerse tiesos en y contra la sociedad; y, sin embargo, ya ves como huyo el bulto; porque ni siquiera quiero molestarme en resistir la influencia de una cosa que me carga y que me parece denigrante.

Debajo de mi balcón está el embarcadero del barrio en que vivo, el Parque, y por él desfila toda la población para subir y bajar de los barcos que hacen el servicio de comunicación con el centro y otros barrios de la ciudad. Sin querer, en unos cuantos meses voy á saberme de memoria á toda esta patulea; pero de ahí no paso. Por los cuerpos adivino las almas, y las almas me resultan cuerpos. Así como los rayos X. sirven para penetrar más adentro, pero no para ver más, sino para no ver lo más tenue, así la observación concentrada de los objetos (de las personas quería decir) no nos descubre cada vez algo más espiritual, sino al contrario, cada vez algo más grosero.



Digámoslo en voz alta: lo más delicado que cada uno tiene lo lleva en la superficie y está á la vista de todos y lo ven mejor los tontos, por lo mismo que no ven más que eso. El que penetra mucho creyendo descubrir algo más delicado, rara vez recibirá la recompensa; en la mayor parte de los casos verá con los famosos rayos X, y sin ellos también, que los hombres son almacenes de sustancias óseas, grasas y otras peores, cuyas paredes exteriores están un poco enlucidas por el roce. Grandes artistas hay, en particular en pintura, que no ven más que la forma exterior y saben menos psicología que las cigarras, y no necesitan saberla ni enmendar la plana á la Naturaleza; veamos lo que *es* á nuestros ojos ó á nuestros oídos, y ello resultará lo que debe ser, de la manera más noble posible.

El alma de la metafísica te he dicho mil veces, no es la observación: es la abstracción que obra sobre las formas reales exteriores é intenta reducirlas á la forma *una*. En cuanto cogemos el microscopio, la unidad se fué á freir morcilla: nos quedaría la unidad legislativa, esto es lo arbitrario, cifrando series de hechos inconexos, no la unidad íntima de los objetos reales, autónomos, como hermanos, que son *unos* en cuanto nacen de una misma matriz ó molde, pero no en cuánto así lo disponen las leyes arbitrarias del legislador. En materia de leyes soy en absoluto un *revolté* y estoy hasta contra la ley de la atracción universal, que pienso demostrar algún día es una verdadera camama. Interinamente te suplico que no creas en la famosa ley de Newton; no me echo nada en el bolsillo; pero me concederás que un hombre que trata de destruir una ley tan pistonuda, debe empezar por atraerse á alguien á su causa y yo no conozco á nadie mejor que tú para empezar mi predicación.

Y á todo esto, no te he dicho que ya aprieta el sol y que la nieve se va yendo y que el mar se va deshelando. Lo cual no quita que como propina haya caído hoy otra nevada formidable. Días atrás hubo una, terrible, horripilante, que un buen poeta hubiera aprovechado para com-



poner algo digno del misterioso Brahama, ó del vengativo Jehová. Yo que no soy más que un aprendigón, me creí obligado á decir algo y dije lo que vas á leer, que podía titularse «Impresiones eróticas del Dr. Ganivet en los alrededores del Polo Norte» Voici.

### LA VENUS DE NIEVE

(SONETO)

Los albos copos que al caer se mecen  
en el aire, por fuerzas agitados  
de misterioso amor, arrebatados  
giran y en torbellino desaparecen.

Los ámbitos se cierran y oscurecen  
y escuchan los oídos angustiados  
en las tinieblas gritos apagados,  
que llegando hasta el alma, la estremecen.

La voz de la creación por el caos vuela  
y algo divino nace: blanca forma,  
fantástico ideal va contorneándose,

que en mujer sobrehumana se transforma...  
y mientras yo la invoco, ella, alejándose,  
con su mirada el corazón me hiela.





❖ ❖ CARLOS NAVARRO

---

LAMARCA ❖ SHAKES-

---

PEARE ❖ «RICARDO II» (1)

---

## II

Días antes de estallar la abortada sedición de Essex, presentáronse cinco caballeros en el teatro del Globo, en Londres, requiriendo de la compañía de comediantes de Taxlton se representara la tragedia de la deposición y muerte de Ricardo II. Corría el año de 1601. Preocupaba hacía tiempo á la reina virgen (?) la de los coqueteos de Kenilworth, la insistente popularidad de tan lamentable y ejemplar historia. Ricardo II la obsesionaba, y acaso obscurecía sus vanidosos delirios con neblinas de sangre. El manuscrito de Haywarde habíala atemorizado hasta el punto de pedir á Bacon lo examinara, para ver si en él encontraba delito de alta traición.—No hay en ello traición, pero sí muchas felonías. El autor ha robado á Tácito—había contestado el Canciller.—¡Sí!.. mas yo soy Ricardo II. ¿Sabes?—insistió la Reina.—Tal comparación es sólo una idea criminal de Essex, la contestaban.—...¡Será!.. ¡Será!..—insistió la Reina,—pero el *Ricardo II* se representa en mis teatros y hasta en las calles de mi reino.

---

(1) Véase en el número de Setiembre la primera parte de este ensayo.



Y era así. La noche del 7 de Febrero reunióse en el Globo inusitada concurrencia. Los adversarios del despotismo implacable de la teocracia anglicana, los martirizados de la sombría inquisición calvinista, los amigos de Essex, el puritano Blount, el católico Catesbey, todos ellos como atraídos por el mismo pensamiento, como unidos por la misma causa, asistían silenciosos y reverentes á la representación de *Ricardo II* en vísperas de exponer sus vidas por sus ideales religiosos ó políticos. El teatro fué la antesala de su cadalso. Creía Essex poder vestir, como Bolingbroke, el manto escarlata de los reyes, y sólo pudo cubrirse con el velo negro de los condenados. Queriendo tal vez hacer con Isabel lo que Enrique IV con Ricardo II, encabezó la conspiración de las Pólvoras, mas le abandonaron sus fieles, fracasó, y entre desmayos é hipócritas soponcios, firmó su antigua protectora la sentencia de muerte de su brillante favorito. Nada pudo salvarle.—  
...Yo soy Ricardo II, ¿sabes?—repetía obsesionada la reina; y Essex y los suyos perecieron bajo el peso de la sangrienta reminiscencia histórica.

En la ciudad esclava de la hija de Ana Bolena, en los dominios de la poderosa sultana de Inglaterra, ante el Westminster en que se divinizaba la tiranía, no podía evocarse impunemente el Westminster del desgraciado rey Ricardo, el triunfo del vengador de Tyrrell y sus compañeros de servidumbre. No se aplacarían los nervios de la vieja solterona coronada sin que cubrieran tal evocación densos velos de sangre... ¡Desgraciado Essex!... ¡Infeliz Monteagle!...

El *Ricardo II*, como todos los dramas shakesperianos del quinto ciclo, es una concepción eminentemente patriótica. Es á manera de prólogo de trilogía grandiosa, su primer eslabón histórico. Demuestra la impotencia de la tiranía absoluta ante la providencial omnipotencia; prueba, como afirma Dowden, que los reales decretos no pueden oponerse á las decisiones de la divina justicia.

Es estrictamente histórico. Severo como las tragedias de Esquilo, la piedad y el terror son sus únicos afectos.



Carece de elemento cómico. No se debe divertir á los pueblos envilecidos, es necesario instruirlos.

Ricardo II tortura á su pueblo que llora oprimido, mientras él ríe y se aturde entre turbas de aduladores y parásitos. Es débil y criminal. Ahoga la justa sedición de Wat Tirrell en ríos sangrientos, quebrantando reales promesas. Hace asesinar á su propio tío el Duque de Gloster, que pretende oponer á sus tiránicas violencias el poder de los nobles de la Magna-Charta.

Empieza el drama shakesperiano al día siguiente de este crimen. Leonor, la viuda de Gloster, conjura á Gante á vengar la muerte de su esposo. Resiste el anciano. «Confiemos la causa á la voluntad celeste. ¡La querella es de Dios!... Jamás levantaré mi brazo contra su representante en la tierra.» ¡He aquí el prólogo del drama!... ¡La querella es de Dios!...

Bolingbroke, hijo de Gante, reta á duelo á Korfolk, cómplice de los asesinos de Gloster, y le obliga, según la feudal usanza, á pasar prueba de judicial combate. Korfolk, instrumento de Ricardo, acepta. Llega el día de la liga. Flamean banderas, anuncian las cornetas la llegada del monarca, suenan trompas y atabales. Entran los campeones precedidos de sus heraldos... y juran la justicia de su causa. Se da la señal... pero Ricardo, débil, temeroso del juicio de Dios, arroja su cetro al campo del torneo, suspende el combate y destierra á los dos campeones de sus reinos. La patria gime, escolta con lágrimas y votos la salida de Bolingbroke; el monarca aún ríe, no ve las tempestuosas nubes que van rodeando su trono.

Juan de Gante, agobiado por el dolor y la ancianidad, manifiesta ya moribundo deseos de ver al Rey antes de expirar.

«¡Cielos...—dice cínicamente el monarca al recibir la misiva—sugerid al médico la idea de despacharlo inmediatamente á su tumba!... ¡Visitémosle, señores, y Dios quiera que aunque apresuremos en lo posible nuestros pasos, lleguemos demasiado tarde!...»

Coloca aquí Shakespeare una de sus más sombrías y so-



lemnes escenas, llevando al despreocupado monarca ante el profético moribundo.

Traduzco algunos trozos:

## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

Juan de Gante, moribundo en su palacio. York y otros á su alrededor.

GANTE.—¿Vendrá el Rey?... ¿Podré exhalar mi último suspiro en un saludable consejo á su turbulenta juventud?..

YORK.—No os molestéis; para él son inútiles los consejos...

GANTE.—¡Ah... pero dicen que la voz de los moribundos concentra la atención como una armonía profunda!... ¡Cuando las palabras son escasas, rara vez se dilapidan!... El sol poniente, las últimas notas de una melodía, se imprimen siempre más hondamente en la memoria que los hechos ha tiempo acaecidos. ¡Aunque Ricardo haya despreciado mis consejos en vida, no ha de permanecer insensible ante la triste historia de mi cercana muerte!...

YORK.—Permanecerá, señor. Los ecos de la cortesana adulación impedirán la entrada de vuestros consejos!...

GANTE.—Me siento, cual profeta, nuevamente inspirado; y así le vaticino al morir. El inconsiderado y vehemente ardor de su sensualismo, no puede durar. El fuego violento con rapidez se consume. Dura mucho la llovizna y son cortas las tempestades... ¡La vanidad, cual insaciable cuervo, exhausta de recursos, se devora á sí misma!... Este trono de reyes, esta coronada isla, nuevo edén, semiparaíso, fortaleza edificada por natura misma, contra la infección y el guerrero ataque; este pequeño mundo, piedra preciosa engastada en el plateado mar; este reino, cuya fama recorre los ámbitos del mundo; esta tierra de tan queridas almas, querida, querida tierra... yace hoy encadenada con vergüenza y lazos de podrido pergamino... Inglaterra, hecha para conquistar á otros, se ha conquistado vergonzosamente á sí misma... ¡Ah, si el escándalo desapareciera con mi vida, cuán feliz sería mi muerte!... (*Entran el rey Ricardo, la reina y su séquito.*)

YORK.—¡El rey viene! ¡Cuidad, señor, de no irritar con vuestras austeras palabras su fogosa juventud!...



REINA.—¿Cómo está nuestro noble tío Lancaster?

REY RICARDO.—¿Como sigue el anciano Gante?...

GANTE.—¡Viejo!... ¡Débil!... ¡Verdad!... ¡Extenuado en mi vejez!... ¡Despojo soy ya sólo digno de la tumba, desnudo como ella, cuyas profundas entrañas no encierran sino huesos!...

REY.—¿Pueden, acaso, los moribundos hacer tan bellos discursos?...

GANTE.—No. ¡Goza la miseria en su propia burla!... ¡Desde que buscas con mi muerte la de mi nombre, me burlo, ¡oh, gran rey! para adularte!...

RICARDO.—¿Adulan, acaso, los que agonizan?

GANTE.—No; ¡el que agoniza eres tú!...

REY.—¡Deliras! ¡Me siento fuerte y sano, y veo agotarse tu vida!...

GANTE.—¡El Dios que me creó sabe que estoy viendo tu dolencia! Tu lecho de muerte es tan grande como tu reino, donde yaces enfermo en tu reputación... Y tú, descuidado paciente, entregas tu ungido cuerpo en manos de los médicos que primero lo dañaron... Mil aduladores cobija tu corona, cuyo circuito no es mayor que tu cabeza, y aunque encerrados en tan pequeña jaula, sus devastaciones abrazan un espacio no menor que tu reino. ¡Oh, si tu ilustre abuelo hubiera podido ver cómo el heredero de su hijo iba á aniquilar á sus hijos, hubiese puesto tu infamia fuera de tu alcance, desposeyéndote del reino antes que lo poseyeras... ¡Augusto primo, si fueras rey del mundo, sería vergonzoso abandonar á ajenas manos este reino!... Siendo este tu solo patrimonio, ¿no será mayor tu ignominia?... Eres el propietario de Inglaterra, no su rey, y...

RICARDO.—¡Y tú, un imbécil lunático de tan mezquino espíritu para creer que tu helada reprimenda hará palidecer nuestra mejilla, arrojando la sangre real con furia de su residencia nativa!... Por el justo asiento de mi real Majestad te juro, que si no fueras hermano del hijo del gran Eduardo, esa lengua que tan estúpidamente gira en tu boca haría rodar tu cabeza de tus irreverentes hombros!...

GANTE.—¡No te detengas, hijo de Eduardo!... ¡No ahorres mi sangre por ser de tu misma estirpe!... ¡Unete á mi dolencia, asocia tu crueldad á mi encorvada vejez, y rompan juntas esta flor ha largo tiempo marchita!... ¡Vive en tu infamia!... ¡Traspassará tu sepulcro!... ¡Sean mis últimas pala-



bras tus eternos verdugo! (*Sacan los cortesanos á Juan de Gante.*)

YORK.—¡Señor, perdonad sus palabras!... ¡Hijas son tan solo de su ancianidad y su dolor!... Os ama, tanto como puede amaros el mismo Duque de Hereford!...

REY RICARDO.—¡Sí!... ¡Verdad!... ¡Como el amor de Hereford, así es el suyo, así es el de todos! ¡También el mío!... — Sigán las cosas su propio curso ..

Shakespeare en esta escena rivaliza acaso con el Jeremías Bíblico, tal es la dolorosa grandiosidad de sus acentos. El Rey, sordo á la voz de la verdad, y endurecido en sus vicios, confisca los bienes de Gante y marcha á pacificar la Irlanda. Organízase en tanto la resistencia nacional, desembarca Bolingbroke en Inglaterra, recíbele el pueblo como libertador, caen ante la rebelión ciudades y castillos, y se desbandan las milicias reales. Quiere Ricardo resistir, presume de la misericordia de un Dios de que renegó por sus crímenes, impreca á los nobles, y libra por fin batalla decisiva. Todo inútil; sus tropas le abandonan; ¡no hay salvación para el Rey, le ha alcanzado la maldición del moribundo!...

El desdichado monarca ya no resiste más: se abandona á la desesperación, entregándose como pasiva víctima en su castillo de Flint, á merced del vencedor Bolingbroke, transformándose en cristiana resignación su pristino orgullo. Antes inspiraba repulsión, ahora causa lástima. Shakespeare lo redime y la piedad y el dolor llenan la segunda parte del drama.

Obliga el vencedor al Rey Ricardo á renunciar públicamente en Westminster su corona, afrenta suprema que sufre el monarca entre desesperaciones desgarradoras, humillaciones dolorosas é ironías sangrientas. Extracto parte de la colosal escena.

.....  
 .....



## ACTO IV

## ESCENA PRIMERA

Londres.—La Abadía de Westminster.

.....  
 (Entra el rey Ricardo con York y oficiales llevando una corona.)

RICARDO.—¿Por qué se me hace comparecer ante un rey antes de haber sacudido mis reales pensamientos? Empiezo apenas á aprender la ciencia de adular, insinuar y doblar la rodilla. ¡Dad tiempo al dolor para iniciarme! .. (mira á su alrededor.) ¡Sí!... ¡Recuerdo bien estos rostros!... ¿Acaso no eran mis súbditos?... ¿No me aclamaban antes diciendo: ¡Salve!... ¡Oh, rey!... ¡Es lo que Judas dijo á Cristo! Pero Él, de doce apóstoles, encontró once fieles. ¡Yo, entre doce mil, apenas uno!... ¡Dios salve al rey!... ¿Qué?... ¿Nadie responde? ¿Soy á la vez sacerdote y acólito? Y bien, ¡seal!... ¡amén!... ¿Qué queréis de mí?

YORK.—... ¡La cesión de tu corona á Enrique Bolingbroke!

RICARDO.—¡Dadme la corona!... ¡Sosténla de un lado, primo, yo del otro! ¡Mira!... Esta corona de oro es como profundo pozo, cuya cadena lleva dos calderos que por turno se van llenando. Uno vacío, agitándose en el espacio; otro en el fondo, oculto y lleno de agua. El de abajo soy yo, ahogado por el dolor y lleno de lágrimas; el que sube eres tú!

BOLINGBROKE.—Creía que abdicábais voluntariamente.

RICARDO.—¡Mi corona, sí; pero no mis pesares!... ¡Puedes arrebatarme mi gloria y poderio, nunca mi dolor! ¡Siempre seré su rey!...

BOLINGBROKE.—¿Consientes gustoso en renunciar tu corona?...

RICARDO.—¡Sí... y no!... ¡Sí, porque después no seré nada; no, porque abduco en tí que lo serás todo!... Fíjate ahora cómo voy á despojarme... ¡Arranco de mi cabeza esta pesada diadema, este cetro incómodo de mis manos, y de mi corazón el orgullo de mi poder!... ¡Lavo con mis propias lágrimas mi unción santa, depongo con mis propias manos mi corona, adjuro con mis propios labios mi dignidad sagrada, anulo todos los juramentos de fidelidad, abduco toda majestad y pompa, abandono mis posesiones, rentas y derechos!... ¡Dios perdone los juramentos para conmigo violados!... ¡Él mantenga inquebrantables los que á tí se hicieron!... ¡que no



me aflija en nada, á mí que *nada tengo*, y que te oiga en todo á tí que lo *tienes todo!*... Vive largo tiempo sentado en el trono de Ricardo; que Ricardo repose pronto en una estrecha tumba. ¡Dios salve al rey Enrique!... ¡Tal es el voto de Ricardo destronado!... ¡Dios te conceda largos años de esplendorosos días!... ¿Qué más debo de hacer?...

NORTHUMBERLAND.—¡Nada! .. Leer tan sólo estas acusaciones de graves crímenes cometidos por vos y vuestros cortesanos contra el Estado y el bien de la patria.

RICARDO.—¿Debo hacerlo así?... ¿He de desenmadejar el tejido de mis pasadas locuras?... ¡Ah! gentil Northumberland, ¿acaso podrías tú leer sin avergonzarte, la negra historia de tus culpas ante tan espléndida asamblea?... Si así lo hicieras, encontrarías un odioso artículo, marcado con negro borrón y condenado en el libro celeste. ¡Oh! Todos vosotros, que os levantáis hoy contemplando cómo me destroza la miseria, aunque como Pilatos lavéis vuestras manos mostrando exteriormente sombra de piedad, como Pilatos, me habéis enclavado en esta dolorosa cruz, y no hay agua capaz de lavar vuestro delito...

NORTHUMBERLAND.—Concluid, señor, leed los artículos...

RICARDO. ¡Velados están mis ojos por las lágrimas!... No puedo ver, y sin embargo el agua amarga no los ciega lo bastante para dejar de entrever aquí una masa de traidores!... ¡Más aún. si vuelvo hacia mí mismo los ojos, me veo también traidor, porque he dado mi consentimiento para despojar el pomposo cuerpo de un rey, envilecer la gloria, esclavizar la soberanía, hacer de la orgullosa majestad un siervo, y del Estado un feudo miserable!...

NORTHUMBERLAND.—¡Señor!

RICARDO.—¡Yo no soy tu señor, hombre altivo é insolente! ¡Yo no soy señor de nadie!... No tengo nombre, ni título, ni aun el que me impusieron en el bautismo... ¡Todo me ha sido usurpado!... ¡Ah!... ¡Ojalá fuera irrisorio rey de nieve, ante el sol de Bolingbroke, para aniquilarme y fundirme en agua!... ¡Buen rey!... ¡Gran rey!... y no grandemente bueno... Si mi palabra vale aún algo en Inglaterra, haced que traigan un espejo para que pueda ver la imagen de mi rostro después del naufragio de su Majestad.

BOLINGBROKE.—¡Traed un espejo!

NORTHUMBERLAND.—Leed entre tanto las acusaciones.

RICARDO.—¡No me atormentes, demonio!



BOLINGBROKE. — ¡Esperad, Milord!..

NORTHUMBERLAND. — Los Municipios entonces no estarán contentos...

RICARDO. — ¡Lo estarán!.. Leeré bastante cuando vea el verdadero libro en que están escritas mis culpas... ¡Yo mismo!... (*Entran servidores con un espejo.*)

¡Dadme el espejo! ¡Voy á leer en él!... Qué, ¿no tengo arrugas más profundas?... ¿Ha podido el dolor descargar sobre mí tan fieros golpes, sin marcar en mi faz más hondo surco?... ¡Oh, espejo adulator, como los cortesanos de mi prosperidad... mientes!...

¿Acaso es este el rostro que todos los días en este mismo recinto dominaba diez mil guerreros, que como el sol, hacía parpadear á sus admiradores?... ¿Es ésta la misma faz que afrontó tanta locura, para verse al fin escarnecida por Bolingbroke?... ¡Brilla en este rostro gloria efímera—tan frágil como él!... (*Tira el espejo.*)

¡Vedlo roto en cien pedazos!... ¡Recuerda, silencioso rey, la moral de este espectáculo; qué pronto el dolor ha destruído mi rostrol!...

ENRIQUE. — ¡Es la sombra de vuestro dolor la que ha destruído la sombra de vuestra faz!...

RICARDO. — ¿Eh?... ¡Dílo otra vez!... ¡La sombra de mi dolor!... ¡Verdad!... ¡Estas manifestaciones exteriores en mi faz, no son sino débiles sombras del dolor invisible que me está destrozando el alma!—Te pido, ¡oh, gran Rey! una sola gracia... ¿Me la concederás?...

ENRIQUE. — ¡Hablad, amado primo!...

RICARDO. — ¡Amado primo!... ¡Bah!... Soy más grande que un rey, porque, cuando lo era, me adulaban mis súbditos, y hoy que ya soy súbdito, me adulan los reyes! Permite que me retire.

ENRIQUE. — ¿Dónde?

RICARDO. — ¡Donde quieras, siempre que sea lejos de tí!

ENRIQUE. — Conducidle á la torre.

RICARDO. — ¡A la torre!... ¡Ah!... ¡A la tumba!... ¡Sepultureros! Único oficio digno de los que así se levantan por la dolorosa caída de su Rey! (*Le conducen.*)

ENRIQUE (*á los cortesanos*). — ¡El miércoles próximo será el día solemne de nuestra coronación!—¡Preparaos, nobles señores! (*Mutis.*)



Mientras Ricardo II está en el trono, Shakespeare lo presenta como un tirano cínico, sanguinario y egoísta; cuando cae, el poeta no vé ya en él sino un hombre que nos desarma por su debilidad y nos impulsa á conmiseración.

Decidido á enternecernos, nos hace oír el último adiós de Ricardo á la reina, antes de ser encerrado en Pomfret.

## ACTO V

### ESCENA PRIMERA

Londres.— Calle que conduce á la Torre.

*(Entra la Reina con sus damas).*

REINA.— ¡Por aquí pasará el Rey!... Este es el camino que conduce á la funesta Torre... en cuyo seno de piedra yacerá mi señor, prisionero del orgulloso Bolingbroke. ¡Aquí viene! *(Entran el Rey Ricardo y soldados).* ¡Oh, tú!, ¡imágen de la antigua Troya!... ¡Mapa del honor! ¿Por qué ha buscado el amargo pesar en tí su morada?...

RICARDO.—... Aprende, alma mía, á considerar nuestra antigua fortuna como un sueño feliz, del que no nos quedó al despertar sino nuestro actual y miserable estado... Retírate á un claustro, enciértrate en algún asilo religioso. Debemos conquistar en el otro mundo, con una vida santa, la corona que la infamia de los nuestros nos ha arrebatado en éste... ¡Parte para Francia, esposa querida! ¡Piensa que he dejado de ser, y recibe aquí mi último adiós, como si fuera en mi lecho de muertel... ¡En las largas veladas del invierno, siéntate junto al fuego, haz relatar á los viejos tristes leyendas, y antes de despedirte, para corresponder á sus tristezas, cuéntales la verdadera historia de mi lamentable caída, y envíalos al lecho anegados en lágrimas!... *(Entra Northumberland).*

NORTHUMBERLAND.— ¡Señor!... ¡Han cambiado las órdenes de Bolingbroke!... ¡Debo conducirlos á Pomfret!... ¡Vos, señora, debéis partir al punto para Francia!...

RICARDO.— ¡Doble divorcio!... ¡Infames! ¡Violáis dos lazos sagrados!... ¡El que me unía á mi corona y el que me liga á la Reina, mi querida esposa!... ¡Dejadme siquiera deshacer con



un último beso los juramentos que con otro solemnizamos!... ¡Llora por mí en Francia, esposa mía, yo aquí, por tí; así, llorando ambos, nos uniremos en un solo dolor!... ¡Cierre nuestras bocas un último beso y después enmudezcamos para siempre!... ¡Por última vez, adiós! ¡La amargura hará lo demás!... (*Salen*).

Llega el Rey destronado al siniestro calabozo de Pomfret; allí debe sufrir hasta el fin la expiación predestinada.

Dios, como dice el viejo Duque de York, con algún potente designio ha acerado los corazones de los hombres.

Sigue el poeta dignificando al Rey caído; nos presenta el homenaje del pobre *groom* que viene á contarle la ingratitud de su caballo favorito, y, por fin, cuando después de cometido *el regicidio* horrible, Exton se presenta en Westminster á reclamar del nuevo monarca su recompensa, la voz soberana de Enrique IV maldice y destierra al regicida.

Extracto, para terminar, estas últimas escenas.

.....  
 .....

#### ESCENA IV

Pomfret.—La cárcel del castillo.

(*Entra Ricardo.*)

RICARDO.—He estado pensando la manera de comparar esta prisión en que vivo con el mundo, pero como el mundo es populoso, y aquí no hay más ser viviente que yo, no puedo conseguirlo... ¡Sin embargo, probemos!... Haré que mi inteligencia sea la hembra de mi espíritu y ambos engendrarán una generación de pensamientos, que se irán reproduciendo constantemente y poblarán este pequeño mundo de ambiciones y deseos encontrados, como las de los habitantes de la tierra. En esta forma, con mi sola persona represento á muchas... y ninguna feliz... A veces soy Rey, pero me acuerdo de la traición y quisiera ser mendigo: lo soy, y la horrible miseria me persuade de que estaba mejor cuando era monar-



ca... y heme aquí nuevamente soberano; pero pienso de pronto que me ha destronado Bolingbroke, y ya no soy nada... (*Entra el Groom.*)

GROOM.—¡Salud mi real, Señor!...

RICARDO.—¡Gracias, noble parl... ¡El mejor de nosotros no vale diez chelines!... ¿Quién eres?... ¿A qué vienes aquí, donde nadie se acerca, sino el perro miserable que me trae el alimento que prolonga mi desgracia?...

GROOM.—Yo era un pobre *groom* de tus caballerizas. He obtenido, después de grandes trabajos, permiso para visitarte. ¡Si vieras, Señor, cómo se apenó mi corazón cuando vi á Bolingbroke cabalgar por las calles de Londres, el día de su coronación, sobre el Barbary, tu corcel favorito, que yo cuidaba y adornaba tanto! ..—(*Se retira el groom. Entran Exton y soldados armados, que se arrojan sobre el rey. Ricardo lucha desesperadamente, y al fin es herido de muerte por Exton.*)

RICARDO (*moribundo*).—... ¡Arderá en el fuego eterno tu mano que así hiere mi sagrada persona... Exton!... ¡Tu diestra cruel ha manchado la tierra del Rey con su propia sangre!... ¡Sube, alma mía!... ¡Sube!... ¡Tu morada está allí, arriba, en el cielo... mientras mi cuerpo cae, para morir aquí en la tierra!... (*Muere*)...

.....  
 .....

#### ESCENA ÚLTIMA

(*Entran al salón del trono Exton y su séquito, llevando un ataúd con los restos de Ricardo*).

EXTON.—¡Gran Rey!... ¡Aquí, en este ataúd yace encerrado tu temor!... ¡Aquí está el mayor de tus enemigos, Ricardo de York!...

REY ENRIQUE IV.—¡No te doy las gracias, Exton!... ¡Has cometido un crimen, cuyo oprobio caerá sobre mi cabeza y llenará mi reinado de sombras!...

EXTON.—¡Señor, lo cometí inducido por vuestras palabras!...

REY ENRIQUE.—¡No aman el veneno los que de él necesitan!... ¡Aunque deseaba su muerte, aborrezco á su asesino!... Lleva el remordimiento de tu conciencia como único premio de tu obra. Marcha, como Caín, á vagar entre las sombras



de la noche, y no muestres más á la luz tu odioso rostro!...  
¡Mi alma se llena de angustia al pensar que mi corona ha  
necesitado para florecer regarse con sangre!... ¡Llorad con-  
migo esta desgracia y vestid de luto mi corte!... ¡Haré un  
viaje á Palestina para limpiar mis manos de esta sangre!...  
¡Seguidme ahora tristemente y horrad mi dolor compade-  
ciendo la temprana muerte de este infeliz monarca! ..

.....  
.....

Así termina la enorme tragedia shakesperiana, hacien-  
do resplandecer en medio de sus sombras la política de  
la piedad, la condenación del regicidio. Destronad en  
buen hora á los déspotas, parece decirnos el fondo su-  
blime; pero guardaos de derramar su sangre, dejad que  
arrastren, hasta terminar su criminal existencia, el peso de  
sus remordimientos. Una revolución que asesina está con-  
denada: el espectro sangriento de Ricardo perseguirá  
constantemente á Bolingbroke.

La dinastía de Lancaster, bautizada con sangre, pere-  
cerá entre sangre, porque es implacable la Nemesis histo-  
ria, y eterna la divina justicia.

Setenta años después del crimen de Pomfret, el som-  
brío Duque de Gloster recogerá el puñal caído de las ma-  
nos de Exton, para hundirlo en el corazón de Enrique VI.

Ricardo II, será vengado por Ricardo III.





RAMON DE GODOY ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ ❖ EL TAPIZ

*En el salón desierto del castillo ruinoso,  
velado por la lluvia del polvo silencioso,*

*de mis largas lecturas la atención distraía  
el tapiz olvidado con su muerta alegría.*

*Era un tapiz flamenco de soberbio tejido  
y brillantes colores que el tiempo ha deslucido*

*y que con gesto irónico se ríe de su fama  
mostrándonos á trechos los hilos de la trama.*

*Era un tapiz flamenco cuya muerta alegría  
mi atención reclamaba, mis ojos atraía*

*con el plástico grupo y la intención amena,  
el color y el ambiente de la báquica escena:*

*«De una vieja hostería en el campo cercado,  
en torno de una mesa, bajo el verde emparrado*

*»se vé un movido grupo de alegres bebedores  
con trazas de soldados, y trazas de señores.*

*Sombreados los chambergos sus rostros vivarachos  
de abultadas facciones y erizados mostachos,*

*»y todos van vestidos de terciopelo y grana,  
con ricos petos de ante y botas de campana.*



»Fumando en largas pipas, unos beben y juegan,  
ó ya tañen la cítara ó á la danza se entregan,  
»mientras otros entonan canciones licenciosas,  
lanzando al mismo tiempo miradas maliciosas  
»á la linda rapaza de rostro alegre y fresco,  
(que ha salido á servirles con aire picaresco,  
»al ver que un atrevido galan, más avisado,  
la coje por el talle al pasar á su lado  
»y que ella al esquivarle riendo, caer deja  
las copas con el jarro que trae en la bandeja...  
»mientras obeso Panza, que ante el grave incidente  
se retuerce de risa en la silla crujiente,  
»nos hace el comentario de la alegre jornada  
»con su franca y sonora y jovial carcajada!...

Aquellas impertérritas figuras, me entristecen...  
Tiempo y acción suspensos, en ellas permanecen  
con la expresión eterna de sus mismos afanes,  
las mismas actitudes, los mismos ademanes...  
como si en tal instante quedara interrumpida  
por algún sér diabólico, la marcha de su vida...

Aquellos picarescos rostros descoloridos...  
los despintados ojos, los labios carcomidos ...

y aquél rostro pletórico que lanza á boca llena  
aquella carcajada ruidosa... ¡que no suena!

Son de un pasado muerto la triste remembranza,  
son el cantar doliente de la desesperanza,

son fantasmas de un día perdido en lo infinito,  
son del inexorable naufragio el postrer grito...

Son algo que me inquieta, cual la vaga amenaza  
del destino funesto que las vidas enlaza...

Y hasta creo, que á veces sorprendo fugitivos  
gestos en sus semblantes movibles y expresivos,



*que sus ojos me miran con pertinaz empeño,  
que sus miradas llegan desde un mundo de ensueño;*

*y es que el tapiz refleja su ya perdida historia  
como los hombres guardan su vida en la memoria;*

*que le han dado el espíritu de sus melancolías  
las cosas de otros tiempos, los seres de otros días;*

*que conserva el aliento, el latir apagado  
de las generaciones que ante él han desfilado,*

*guardando de sus vidas, cual perfume ligero,  
un algo, entre sus mallas oculto y prisionero;*

*(el calor de unos dedos que le han acariciado,  
la huella de unos ojos, que sobre él se han posado.)*

*Y hasta imagino á veces mirando el tapiz viejo,  
que la imagen conserva cual hechizado espejo*

*y que se transparentan á través del tejido  
los fugaces espectros de los seres que han sido...*

*y veo misteriosas manos aristocráticas.  
y rostros, que se esfuman como sombras erráticas...*

*que haciendo al verme gestos, muecas incomprensibles  
se desvanecen luego alados é intangibles...*

*¿Por qué ese tapiz viejo me obsesiona de suerte  
que este mundo, en un mundo quimérico convierte?*

*¿qué influencia, qué extraña relación misteriosa  
enlazaba á mi vida la vida artificiosa*

*que en un telar sin nombre, autor desconocido  
trazara sobre el fondo de aquel telón roído?*

*¡Ay! sin duda en las tristes vagas melancolías  
que en nosotros despiertan las cosas de otros días,*



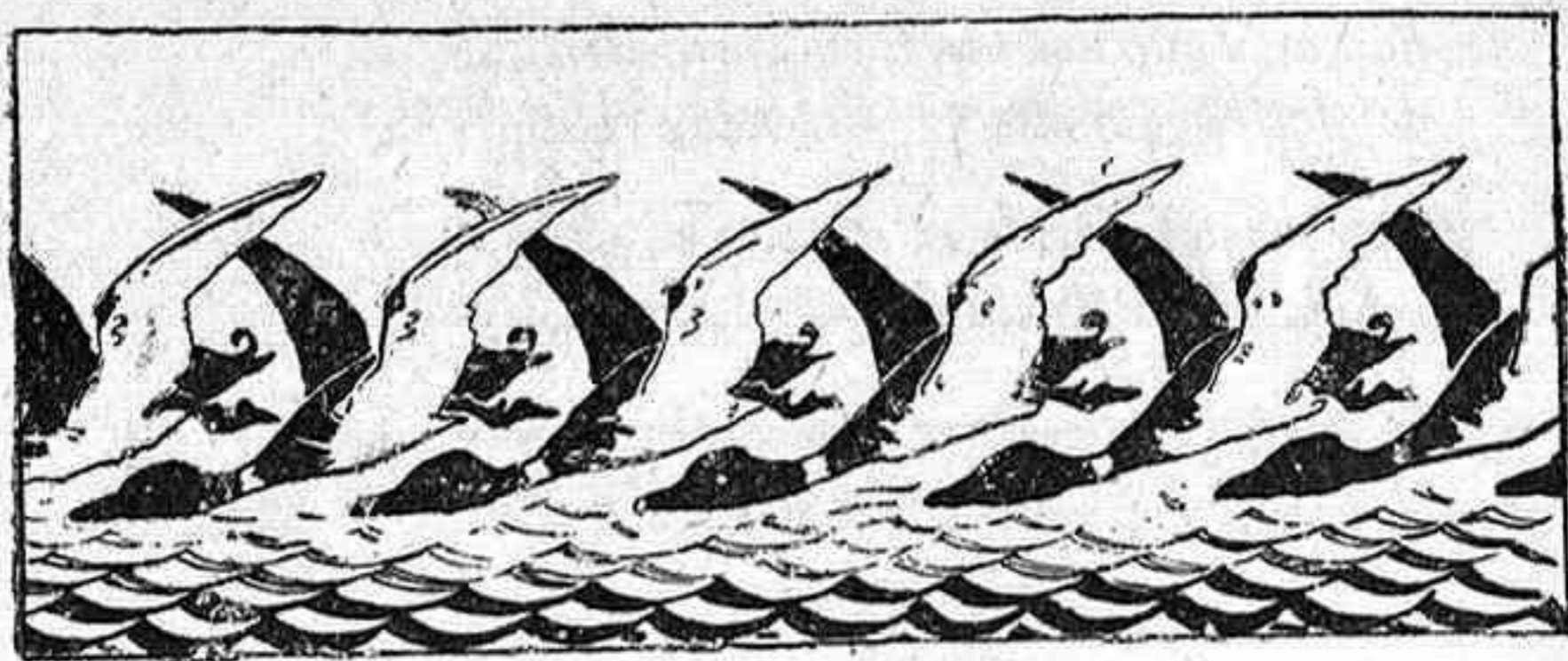
*hay algo que nos hiere cual la incierta amenaza  
del destino funesto que las vidas enlaza!*

*Por eso del castillo en el salón ruinoso,  
velado por la lluvia del polvo silencioso,*

*de mis largas lecturas la atención distraía  
el tapiz olvidado con su muerta alegría.*







ALEJANDRO SAWA ❧ ❧

DIETARIO DE UN ALMA (1)

11 de Febrero.

Aniversario de la proclamación de la república en España. Una vergüenza, seguida de veintisiete años de deshonor. ¡Y los que quedan!

Yo no sé por qué los republicanos españoles se obstinan en conmemorar todos los años esa fecha triste. El breve período de tiempo comprendido entre el 11 de Febrero de 1873 y el 3 de Enero de 1874, es el más poderoso argumento que los monarquistas puedan esgrimir contra la república y los republicanos. ¡Ah, si ese régimen no hubiera jamás descendido de su excelsitud de utopia, aun podría, sin virtuales menoscabos, tener sacerdotes que lo exaltaran, que lo cantaran, que lo evangelizaran por los cuatro puntos cardinales de esta tierra! Pero encarnada en medrosos como Figueras, en andróginos como Castelar, en ca-

---

(1) Véanse los números 7 y 8 de HELIOS.



quéricos como Salmerón, en sistemas como Pí y Margall ¡Dios mío, qué antipática pesadilla!

Quien entiende la conmemoración del 11 de Febrero de un modo bien utilitario, es Casero, el antiguo capitán del regimiento de Garellano, que tuvo la arrogancia de sublevarse en Madrid hace algunos años, al grito de ¡Viva la república!, y la debilidad de servir á Ruiz Zorrilla en París, mediante el estipendio de dos luises mensuales.

Háse organizado á beneficio propio una función en el teatro Martín, y ha tenido la bondad desesperante de regalarme tres butacas para que yo asista al espectáculo en consorcio con Juana y con la niña.

Menos mal si las obras que forman el programa de mi suplicio de esta noche, ofrecieran algún relieve artístico. ¡Pero literatura teatral de Juan Pérez, interpretada por la señorita Fulano y el señor Zutano! ¡Y con la noche de agua que se presenta! ¡Y con el deseo poderoso que me labra en las entrañas de dejar caer mi fardo sobre el empedrado y de tenderme encima ¡para siempre!

En estos días grises me ocurre soñar en lo que debe ser el dolor humano en ciertos páramos habitados, indecorosamente habitados, del planeta; en Londres, por ejemplo.

El Sol es un gran cínico, cierto: lo cuenta todo y lo enseña todo. Pero la niebla, esa gran taimada que se filtra sin sentir por todas partes y además en el hombre, piel adentro, ¿no es como la condensación visible del llanto universal, del viejo y eterno luto humano?



Paz, paz. El campo, un monasterio, la celda de una cárcel en que me dejaran libros, vivir solo en la porfiada y vaga contemplación de mis misterios personales, como un fakir que se mira el ombligo; solo, esto es, libre... ¡Paradisiaco espejismo!

Y á fin de cuentas, ¿no es el resúmen de toda la filosofía social que la humanidad marche dirigida por los más inteligentes y no por los más numerosos?

Aristarquía, gobierno de los cisnes; demonarquía, gobierno de las ranas.

Arranco una hoja de mi calendario de pared y quedo asombrado de la tranquilidad absolutamente mecánica con que realizo ese hecho terrible.

¿Inconsistencia? No, sino costumbre adquirida ya de jugar con venenos y con los iracundos versos del *Ecclesiastes*.

Un escritor belga, de alma tortuosa y sutil, Emilio Verhaeren, publicó al regresar de una excursión por nuestra tierra, un libro extraño cuyo simple título me ahorra el menester del comentario: *La España negra*.

No mucho después, otro escritor, francés éste, y de la buena orientación francesa, Mauricio Barrés, fijó en letras de molde sobre las páginas de un libro rotulado: *De la sangre, de la voluptuosidad y de la muerte*, la cabalgata de sus sensaciones españolas, con euritmia semejante al rítmico galopar de un escuadrón de centauros en las ti-



nieblas. Y ambos libros, ambos haces de negrura, produjeron en el mundo, por tratarse de España, la impresión de asombro que causaría ver el caudal de un río revolverse contra la lógica de su corriente, ó tras de los tules de lo alto, súbitamente desgarrados, vislumbrar la proyección de una pesadilla provocada en el cerebro de un alucinado por el opio ó el alcohol en el fondo de una caverna, á orillas del mar Muerto...

Sí, *La España negra*, sí, *De la sangre, de la voluptuosidad y de la muerte*, en sustitución de los rientes libros en que Dumas el mulato y Gautier nos presentaban ante la óptica mundial como un país de abanico.

Precisamente no más tarde que ayer, un periódico madrileño se lamentaba, comentando los motines agrarios de Córdoba y el acrecer amenazante que adquiere el movimiento societario en Andalucía, se lamentaba, digo, del cambio radical que en brevísimo espacio de tiempo se ha labrado en el alma andaluza. Y hartó dejaba ver el articulista que, en su sentir, el tipo más completo del andaluz, es el torero: y de la mujer andaluza, la *bailaora*: y de la campiña meridional, los cármenes de Granada y los verjeles de la sierra cordobesa. El sol «es natural de Andalucía»; Sevilla es «la tierra de María Santísima»; la blonda protagonista del poema campomoriano era «digna de ser morena y sevillana» ¡y qué sé yo!, no proponiéndome transcribir en toda su extensión la cálida letanía de amor con que España, extasiada y rendida, ha cantado y orado ante su Mediodía.

Sin embargo, el pueblo andaluz, mejor que ninguno otro de la península, glosa y parafrasea



en sus rimas y decires, insistentemente, monótonamente, la dolorosa exclamación de Lamennais: «mi alma ha nacido con una llaga»—y si bien es cierto que no se siente fuera de lugar ni de sazón en los tumultos de una zambra, también lo es que, como la heroína del cuento javanés, baila siempre, aún en sus más soleados jolgorios, con un cuchillo clavado en las entrañas...

Hay que oír sus cantares. No es que conserven perdurablemente los cerebros de sus vates populares, el pliegue de la Edad Media; es que guardan en los sesos, grabado á punzón, el estigma de la Edad Eterna, largo desde el bramar del Eclesiastes hasta nuestros días:

*Te moriste quejando,  
compañero mío:  
en un laito de mi corasonsito  
guardo tus quejíos.*

*En el hespitalito, á manita erecha,  
allí tenía la mía compañera  
su camita jecha.*

*Déjame pasar el puente  
que tengo á mi compañera  
que está de cuerpo presente.*

*Ayer noche, con la luna,  
yo he visto al seporturero  
abriendo mi seportura.*

*En el sementerio nuevo  
allí mismo la enterraron  
que mis ojitos lo vieron.*

*La tierra que á mi me cubra  
ni la mires ni la pises:  
no te acuerdes más de mí  
que mi lengua te maldise.  
Muerto reniego de tí.*



*Cuando tú esté en la agonía  
no llames al confesó.*

*Las cosas que tú me has hecho  
que las sepa solo yo.*

*Yo he visto en un tribuná  
castigá á un inosente,  
y al mismo tiempo pasaba  
el hombre que hizo la muerte.*

*Nadie se aserque á mi cama  
que estoy hético de pena;  
el que muere de mi má  
hasta la ropa le quemán.*

¿Verdad, que sin perisologías declamatorias,  
estos sollozos rimados aullan la Muerte?

De tiempo secular, por atavismo y por miseria, sobre ese mismo campo andaluz oliente á azahares y á verbena, se levanta ¡con qué menguado verticalismo! la choza del labriego, oliente también; pero con el hedor que trasciende de un malestar histórico que clama á Dios sin ser escuchado y que si no lleva derecho á todas las reivindicaciones de la ira justa, es porque, felizmente para muchos, aunque no para el santo Derecho, todavía alientan en esos campos más cráneos que cerebros.

La columna vertebral de esa pobre gente tiende á arquearse. Para que el señorío rumboso y fanfarrón de la calle de Sierpes, en Sevilla, y de los tentaderos de toros pueda hacer flotar al viento, como una bandera, sus insolencias, es preciso, se hace preciso que muchas cabezas temblonas se afanen sistemáticamente, inclinadas hacia la tierra; que muchos brazos, precozmente seniles, esgriman, durante toda su vida, herramientas que,



aun siendo de creación, son, para los que las manejan, de muerte. Es preciso que la proyección luminosa del Evangelio se haya desvanecido de la tierra y que los días del Apocalipsis se hallen ya prestos é inminentes, portadores del caos, tremendos...

Yo quería decir que no conozco en España pueblo tan triste como el de Andalucía.







EMILIO SALA ❖ ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ EL COLOR

## VIII

### LA EJECUCIÓN

Suele decirse, generalmente hablando, que «la forma es el todo en Arte», y en el particular de la pintura pudiera aplicarse que lo es la ejecución, por ser la *forma de la forma*, ó bien la envoltura y gala de que se reviste toda representación para manifestarse plásticamente.

Su finalidad estética nos habla de temperamentos, de caracteres, razas, países, escuelas, etc., que resumimos en la palabra *estilo*, (la cual, como todos sabemos, significa en su grado máximo, la expresión personal del genio, interpretando la naturaleza.)

Caracterízanse sus cualidades esenciales por precisión y exactitud, en belleza de forma, color, claro-oscuro y aire ambiente; pero á condición de ser expresadas con claridad y sencillez.

Condiciones estas que, bien puede decirse, constituyen la característica rigurosa de lo que entendemos por cla-



sicismo, pues ofrece el doble encanto de que cuanto parece espontáneo y fácil, espontánea y fácilmente es entendido por quien lo contempla, y es aún más admirado por el inteligente que sabe estimar en su justo valor el alto precio de la decantada *difícil facilidad*.

Obra de arte que no las posea, por mérito que encierre, siempre dejará al descubierto las premiosas fatigas que á su autor le costó realizarla, y si pudiera ser admirable para el conocedor como acumulación de fuerza laboriosa, carecerá, empero, de ese perfume estético que de la obra debe emanar cuando se pone en contacto con la inteligencia que la estudia.

No es, sin embargo, de este aspecto psicológico de la ejecución, del que trataremos ahora, sino visto en su estructura mecánica ó material, en su organismo fisiológico (si es permitida la frase), por el cual asciende la savia que más tarde produce la flor apetecida.

Desde sus primeros pasos, y con la mayor sobriedad de medios, tal como el dibujo, se manifiesta su existencia (1).

Sirvan de ejemplo los que los alumnos de una Escuela de Bellas Artes ejecutan en la clase del «Antiguo» con lápiz, disfumino y papel Ingres; descartemos para el caso la exactitud de forma, y supongamos gratuitamente que todos por igual la dominan, así como el conocimiento práctico de la teoría del claro-oscuro.

Expuestos juntamente varios trabajos de diferentes alumnos, á pesar de que el artista no está formado todavía, se observan las huellas de una ejecución escolástica y rutinaria; pero como ejecución diferirán entre sí: desde el balbuciente al verboso, del torpe y tropezón al hábil, del metódico al desordenado, del enérgico y entero al tibio é irresoluto, la manifestación ha de ser evidente.

Por vías distintas habrá quien marche hacia la síntesis ó el clasicismo en la ejecución; tanto el perezoso, que siendo inteligente finje con poco trabajo parecer que hizo

(1) No nos referimos al apunte ó croquis del verdadero artista que precisamente tiene poca cantidad de trabajo material para el profano y encierra, muchas veces, toda la síntesis de un estilo para el conocedor.



mucho y piensa y mira más que ejecuta, como el inteligente y laborioso, que por reflexión, adquiriendo de día en día mayores conocimientos, tiende con su práctica á producir con mayor espontaneidad.

También se observará quiénes por su constitución física ven mejor ó peor: el miope la totalidad, el présbita las minucias, etc., etc., y el que por inclinación ó gusto siente más la belleza de la proporción y conjunto sin preocuparse del accidente secundario á que ella dé lugar.

Por que remedar la calidad de la materia que se copia, dar cuenta del aire intermedio acusando profundidades y distancias ópticas, y los efectos de corporeidad ó bulto por medio del claro-oscuro, manifestando el modo de resbalar la luz por una superficie más ó menos curva, el choque de una proyección sobre planos opuestos más ó menos contiguos son las primeras preocupaciones á que la ejecución quiere responder.

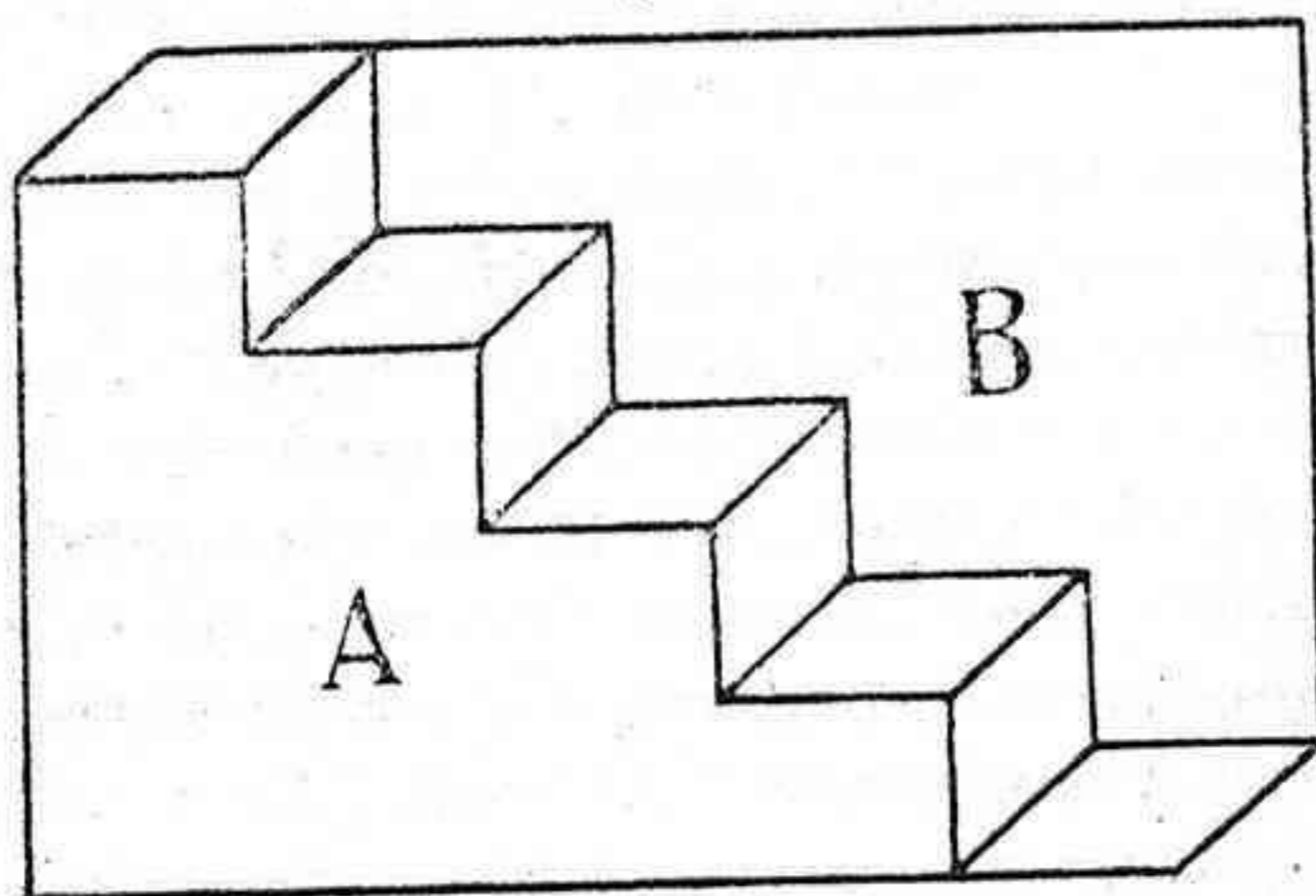
Todo se reduce á acomodar, relacionándolo con más ó menos arte, la similitud que puede existir entre los miles de resultados que al ejecutar se producen y las variedades que la naturaleza presenta. Uno aplica sobre el fondo de su dibujo un rayado paralelo para que (vibrando) parezca como alejarse del resto hecho solo con disfumino: otro precisa con línea recortada los esbatimientos, y con otra más gruesa de trazo que esfumará luego las líneas *nodales* donde la media tinta acaba y empieza la penumbra, quien sigue la onomatopeya de la forma con trazos ó líneas apenas visibles para imprimir idea de movimiento á un tono uniforme: usa otro el disfumino solamente colocándole con espontaneidad, frescura y tacto hábil para la media tinta apetecida que contrastará por su aterciopelado con otras más frotadas y cuya lisura y transparencia (aire) emplea en las penumbras. Los resultados entre lápices y disfuminos duros ó blandos son notorios y son infinitos los recursos para producir variedades de ejecuciones, de las cuales llevarán ventaja siempre aquellas que, como se ha dicho, respondan al resultado que se pretende con la mayor sencillez y facilidad aparentemen-



te producidas. Ahora bien; entre la espontaneidad que lo lleva todo en sí á la fingida ó artificiosa que siendo de aspecto igual para el público es huera para el conocedor ya se comprende que existe todo un abismo.

Si del dibujo pasamos al grabado en madera, compuesto sólo por líneas negras que entre sus separaciones dejan pasar en mayor ó menor grado el fondo ó blanco del papel, también la inmensa variedad de ejecución nos asombrará, por disponer de medios más restringidos aún que los del dibujante.

El rayado que traza un buril de rayar, siempre igual como tinta, producirá sensaciones diferentes de acercarse más ó menos, según la posición de sus líneas, por la aco-

Fig. 7.<sup>a</sup>

modación visual más ó menos propicia de nuestro organismo. Verticales se acercan más que horizontales, inclinados en un sentido ó en otro, se alejarán más, y unas veces por nuestra acomodación visual, y otras por asociación de ideas, siguiendo instintivamente su movimiento según lo que trata de representar, la sensación, podrá ser más eficaz, según el fin propuesto.

¿Quién no conoce la observación de Schröder que sólo á trazo representa una escalera y luego se transforma en una como zapata escalonada? (fig. 7).

La primera impresión es la de una escalera cuyo plano



$a$  está en primer término y el plano  $b$  en segundo, al cual se adosan los escalones; más luego, voluntariamente puede trocarse la impresión sin cambiar el punto de mira, y el plano  $b$  pasa á ser primer término y  $a$  segundo, dando por resultado la parte inferior de una escalera vista por debajo. Inviertase el dibujo sino y nos encontraremos la inversión de planos, pasando el de primero á segundo término, pues el dibujo es igual al invertirse.

Las ilusiones ó errores á que nos conduce nuestra apreciación ocular son infinitas, y bastan para dar idea de ellas las indicadas aquí y las del capítulo de la Irradiación.

Volviendo al grabado, podrá observarse que desde el perfecto (aunque monótono) de Panemaker y los excelentes fotograbados que hoy vemos, al grabado artístico y libre que de la escuela inglesa expuso el «Grafic» en la Universal de París en 1878, existen una serie de ejemplos extraordinarios como riqueza de factura en lo que en dibujo llamamos color, calidades, ambiente y expresión de forma.

Los primeros ejemplos, aunque perfectos, carecen de la onomatopeya artística apetecida, mientras los otros rebosan hasta la exhuberancia acusando personalidades extraordinarias, viéndose en ellos la diferencia que existe entre la mecánica fría y la interpretación siempre libre y personal del genio, que trae á la imaginación la diferencia que existe entre una aplicación matemática de términos en los bajos relieves modernos y pretenciosos en ciencia, y los de Fidias en el friso de los caballos del Partenón.

Quien haya dibujado á pluma se habrá convencido del resultado que produce un fondo cruzado en todas direcciones buscando unidad de tono; el rayado paralelo sin cruzar produciendo tinta, y las diferencias de resultados *onomatopéyicos*, según la dirección del rayado.

Y si con medios tan modestos el arte consigue tanto, ¿cuánto no podrá hacer con los que la pintura le presta?

Una coloración transparente permite á nuestro rayo visual penetrar más allá de su límite exterior, y una opa-



ca no le deja pasar de la puerta ó plano en que está colocada, por lo cual podrían muy bien dividirse las condiciones de la coloración, á este propósito, en entrantes y salientes, para hacer más comprensible nuestra idea.

En un rayado á listas blancas y negras, las negras salen más que las blancas, y para que el resultado sea contrario es preciso que, conociendo las leyes del contraste simultáneo y los efectos de la irradiación, sepa el artista imprimir en los bordes donde el contraste se efectúa algo en la ejecución y color que dé el resultado apetecido; pues el que un obscuro pertenezca á transparencia ó color caliente, ó que sea frío ú opaco, acércándose de un modo más que de otro son recursos no despreciables.

Cubierto un pedazo de lienzo por una capa de color que se liquidó con secante ó aceite para que no tuviera mucho cuerpo (y se empleó al colocarle en la tela restregando ó frotando con el pincel), si luego, con el mismo color, pero con cuerpo, se superponen pinceladas como bandas opacas sobre la base transparente, estas parecerán adelantarse sobre su fondo, demostrándose cómo un mismo color, según el modo de aplicarle, presenta dos sensaciones diferentes de aparente corporeidad.

Otro resultado de ejecución con un mismo color es el mate y bruñido ó liso, alisando la tinta con unidor ó espátula fina y superponiendo bandas como si el pincel, al colocar el color, picase en vez de barrer: el mate que resulta de este modo, sin ser muy tosco, se parecerá á mármol sin bruñir ó á porcelena *biscuit*, y se acercará más á la vista y el fondo alisado se alejará.

Observando una pintura, de no gran tamaño, á través de una lente grande (25 centímetros de diámetro) y mediando entre ambas unos 30 centímetros, se verá cómo la exageración del foco hace que unas coloraciones avancen sobre otras, como si se viese sobrepuesto un cristal á la pintura y encima de él se hubiesen colocado ciertas pinceladas que resaltasen del lienzo así como otras retrocederán. Estudiado este ejemplo con atención y su varie-



dad en estudios ó bocetos, es más elocuente que cuanto pudiéramos decir.

La coloración opaca, la transparente, el toque, la modalidad reflexiva, neutral, la pura ó caliente, cada una reclama diferencias de lugar, y cuando se estudian las similares á las espectrales se observa una relación íntima con la numeración de vibraciones que á cada coloración del espectro corresponda, según la clase.

Se manifiesta más claramente el fenómeno, haciendo que las seis bandas de coloraciones unidas no estén moduladas y sí recortadas, tengan igual grado de tono, vistas á través de la lente vibran por necesitar cada coloración un foco ó acomodación apropiada; el rojo avanza más que el amarillo; el amarillo más que el verde; el azul adelanta menos aún; sólo el violeta, según la cantidad mayor ó menor de púrpura que entre en él, se antepone mucho al azul.

¿Cómo podría yo imaginar que uno de los primeros fenómenos que sobre este asunto se me presentaron en mi vida encerrase tanto secreto y misterio?

Apenas si yo comenzaba á embadurnar telas cuando cada vez que volvía la esquina de una calle contigua á la de mi estudio, topaba mi vista con el color verde de las puertas de un comercio de enfrente, las cuales estaban cubiertas de letras rojas anunciando las mercancías de un bazar.

Era lo particular de la impresión, que yo no podía ver las letras con tranquilidad porque vibraban y como si bailasen saltando de su plano; á medida que me acercaba á ellas desaparecía el fenómeno y podía leer y contemplarlas con tranquilidad; mas al retroceder y colocarme de nuevo en la esquina, punto crítico que reclamaba dos acomodaciones diferentes, se repetía la vibración ó bailoteo.

Después me he explicado el caso; por lo que llevamos dicho, no sólo en los contrastes de dos colores complementarios, sino porque cuando están á igual grado de tono, reclaman mucho más una acomodación propicia.



Y bueno será, ya que vuelvo á citar los colores complementarios, fijar ciertas particularidades de ellos: si desiguales de tono, se exaltan mutuamente; á igual grado de tono, salta ó avanza uno de ellos; unidos en mezcla, son la modulación de la *reflexión* hasta llegar á la negación de color; en partículas pequeñas vibran, y cuando contrastan atenuadas de coloración como neutralizadas, producen lo que se entiende generalmente por fineza de color, que viene á ser una como vibración imperceptible.

Los contrastes producidos por pequeñas partículas y que á distancia se unen como si fuese por *rotación*, es lo que ejecutado con delicadeza se llama dar *aire* á un fondo ó hacerle vibrar á fin de que no resulte liso y pegado como un hule, pero exagerado el caso por los que oyen campanas sin saber donde, ha dado lugar á las ridiculeces de las mal llamadas escuelas de puntillistas y vibristas. La teoría encierra un fondo de verdad, pero al producirle debe esconderse el artificio como la naturaleza lo hace.

Hay pintor que no sabiendo hacer vibrar un fondo ó darle *aire*, hace lo que el dibujante que rayó el fondo para que se alejase de la figura, y los vibristas rayan también con su variedad de colores, para engañarse más en su Volapuk por ellos inventado.

Sin canonizar nosotros, como otros lo han hecho, á Segantini por su manera vibrista, hay algo en ella que utilizada sin abusar como él lo hizo puede ser aprovechable.

¡Cuántas veces en el calor de una producción el pincel no fundió dos tintas y aparecen pinceladas con la vibración apetecida, cuyo resultado casual es estudiado para repetirlo otras veces á ciencia cierta. Se estuvo pintando otras veces sin dar con la coloración apetecida, echándole la culpa á la falta de algún colorante, y al limpiar la paleta y pasar el cuchillo que alisa tanta tinta sucia, aparece, no sólo la que se buscó inútilmente, sino otras riquísimas, demostrándonos con ello, cuanto puede influir en el color la ejecución.





## GLOSARIO DEL MES

**A**YER fué en Madrid el reinado de las hojas secas; los jardines, las plazas, los paseos, las cunetas de las carreteras, estaban desbordantes de esta lluvia color de oro que no cesaba de caer. Corría un viento manso que iba lenta y continuamente despojando las copas. El amarillo de las acacias es claro y caliente como si tuviese luz propia; el de los castaños tiene color de cobre viejo. Hay en los jardines unos arbolillos cuyas hojas se visten de púrpura antes de morir; de la púrpura auténtica y pagana, la púrpura imperial, que según he leído en no sé que libro muy sabio, no era roja, sino morada con cambiantes rojos. Mirando desde alto los árboles de un jardín, parece que sus varios matices de agonía han copiado, empalideciéndolos, los tonos opulentos de una puesta de sol.

Las copas de acacia conservan aún los pedúnculos de las hojas, y ellos, que pronto han de caer, trenzan entre las ramas despojadas una á modo de red verde muy pálido, que es melancólica. La tierra tiene un olor extraño y los días son grises é indecisos; pero yo estoy contento. Madrid está cuajado de crisantemas y de nardos.



○
**A** HORA llueve y entra por las ventanas un airecito que da gozo. No se qué hora es. Apenas almorcé, me he puesto á trabajar y estoy aquí sólo, completamente en paz. Me parece que esta tarde no se ha de acabar nunca. Me gustan infinitamente estos momentos de horas en que la vida se queda quieta, haciéndose algo así como cómplice con nuestro anhelo de inmovilidad, de resistencia pasiva al tiempo que se huye y á la muerte que viene. A veces me entran furias de tristeza al darme cuenta de cómo la vida se me va pensando en cosas que hace diez años, por ejemplo, que han pasado. ¡Es posible, de ayer á hoy, mejor dicho, de hoy á hoy mismo, diez años ya! Por eso me complacen estas horas quietas, estas tardes largas como años.

○
**T** ENGO crisantemas blancas y rosas; las tengo puestas en un cacharro, blanco y rosa también, que rima con ellas. Estas flores, con su empaque japonés y su pompa gloriosa que hace una primavera en el otoño, me traen ideas de arte aristocrático y evocan para mí música galante—aires de Grieg y tal cual minueto de Mozart: también una sonata de Beethoven tiene un minueto galante. Parece, escuchando estas músicas, que el corazón se aligera y el espíritu se hace fraternal. Hay una vibración de gozo manso, que flota, como la luz en el aire, en toda la vida, y todos los rostros parecen amigos, y con todos los ojos vienen deseos de cambiar una sonrisa, á un tiempo alegre, franca y cariciosa, como de dos hermanos que fuesen poetas.

○
**L** A princesa Alicia de Borbón se ha fugado del domicilio conyugal, dícese que en compañía de su cochero. Su hermano, el general D. Jaime de Borbón, no desmiente la fuga, pero *niega* el cochero. Su padre, el *rey* D. Carlos de Borbón, no reconoce ni cochero ni fuga y comunica gravemente á sus fieles: «Mi hija Alicia ha muerto». ¡¡Todo sea por Dios!! HELIOS, que sigue en plena edad romántica, aplaude la peregrina decisión de la



princesa, y se permite creer, en contra de la opinión de su insigne padre, que no es precisamente la muerte quien sale ganando en esta andanza.

**H**A muerto Teodoro Mommsen, el célebre autor del *Corpus inscriptionum latina rum* y de la historia de Roma.

Era galóforo y cascarrabias. Estuvo á punto de llegar á *superhombre*; por lo menos haciendo historia llegó al más alto grado de inactualidad. Las civilizaciones sepultas, los siglos muertos, animábanse para él con espíritu vigoroso, como contemporáneo, casi familiar. Yo, leyéndole, llegé á pensar que sus desvergüenzas é insultos contra Cicerón, obedecían á un resentimiento personal. Fué la comadre de la historia; sabía chismes y cuentos de todas las edades, como una portera, de todos los pisos. Había metido sus narices en el pasado para husmear. Calificaba á los personajes históricos como si los hubiera tratado toda la vida: Pompeyo era un caporal, Sylla un Cronwell y Colón un Don Quijote; las sirias tocadoras de flauta le recordaban á las cocotas parisienses.

Yo le debo muy buenos ratos de murmuración arqueológica.

En sus retratos tiene cara de orangután.

**P**OR qué habré hallado tan triste este espectáculo vulgar, una de esas escenas que en la marcha monótona de la vida vemos repetirse con frecuencia? Me pareció triste, y acaso fuera triste.

En aquel café, tan solo de ordinario, tan silencioso, con sus mesas blancas, con sus camareros lentos, melancólicos, afeitados de una manera *litúrgica*, en aquel café, en que me agrada refugiarme, en la amable compañía de algún libro, se desarrollaba la escena.

En torno á una mesa se habían congregado varias personas: unos cuantos hombres, vestidos de negro; unas cuantas mujeres, también vestidas de negro, con mantillas negras, con corpiños negros, sobre los que se desta-



caba la forma de unas pobres flores pálidas y marchitas. Una de estas mujeres llevaba sobre el pecho un pequeño ramo de azahar.

Los hombres bebían licores fuertes, vinos secos; las mujeres vinos dulces, jarabes, pociones inofensivas, á primera vista: pero que hacían brillar luego los ojos, con reflejos vívidos. Pero, como ellas decían:

—Esto es lo que deben de beber las señoras.

Se oía el campanilleo de las copas al entrechocarse, las palabras confusas, mezcladas, insinceras, de gentes que en tan solemne ocasión, querían pulir y adornar, más que de costumbre, su lenguaje. El círculo negro que se destacaba en torno de la blanca mesa, tenía yo no sé qué de doloroso y melancólico. Ni una carcajada, ni una sonrisa, ni una frase de ironía en aquel cuadro de ironía.

Todos estaban cumpliendo un deber; los novios, se miraban de vez en cuando, con miradas frías, apagadas. El padrino representaba su papel gravemente; se había puesto un *chaquet* orlado de trencilla, y en el ojal de la solapa había colocado una flor. Y como el padrino es en una boda de los personajes principales, este padrino de esta boda no quería perder por un momento la seriedad que su cargo le imponía, y estaba serio y grave, en una actitud hierática y reflexiva.

Una voz débil, una voz femenina, trémula, dijo:

—«¡Vivan los novios!»

Respondieron los demás vagamente.

Levantáronse todos, y fueron saliendo una á una las figuras negras que habían representado un papel en aquel acto, acaso el más importante papel que habían representado en el mundo.

AHORA está sobre el tapete la cuestión del descanso dominical. Los prohombres todos han dado ya su opinión. Algunos, para no incurrir en clericalismo, han optado por el descanso semanal. Es decir, que siempre suene el yunque, que siempre haya humo de fábricas. Nosotros, amantes no más de la belleza, sin otras inten-



ciones, en nombre de la solemne poesía del domingo, que ha inspirado tantas páginas tiernas, optamos por el descanso dominical, dominical y absoluto.

**D**ESPEDIDA Á LO NIETZSCHE.

No prediques la inmoralidad. Habla sencillamente de las cosas que ellos llaman monstruosas con la tranquilidad que te dicta tu conciencia. Y verás cuánto más atrevido resultas y cómo tiemblan sus viejos castillos de palabras y falsedades.

Sé ingenuo y serás terriblemente inversivo.

Si quieres ser verdaderamente perverso, sé un niño.

Porque ellos han dado en llamar perversidades á todos los movimientos naturales, á todos los deseos del alma y del cuerpo.

Escribe siempre desde tu punto de vista, sin preocupaciones. Tus obras llegarán á las mujeres y á los ingenuos que no están adulterados por la educación antihumana.

Que tu moral sea la de tus buenos sentimientos pero no la de los demás.

Una moral para todos es un disparate inocente que se convierte en un modus vivendi hipócrita.

Pero guárdate sobre todo de predicar libertad á los salvajes.

Y sé libre tú mismo.

HELIOS.



## APUNTES INTERNACIONALES

### ECOS DE INGLATERRA

•• LA BIOGRAFÍA DE MR. GLADSTONE, POR MR. MORLEY •• ••

**A**CABA de aparecer en Inglaterra la biografía de Mr. Gladstone, escrita por su amigo y correligionario Mr. John Morley. Basta la simple mención de la obra y del autor, para comprender que se trata de algo excepcional. Acaso no se registre en los anales del siglo XIX actividad más fecunda, de más amplio radio, no tan sólo en la vida de su propio pueblo, sino de la humanidad entera, que la de Mr. Gladstone. Su carrera pública cubrió un período de sesenta años, y sus labores no se limitaron á cuestiones de orden político, financieras, sociales, administrativas é industriales, ni á las de carácter internacional, ú otras que caen dentro de los dominios del estadista y del hombre público. Si todas ellas se suprimieran, lo que sería suprimir, conquistas de alcance trascendental para el progreso de la libertad humana, el remanente de lo llevado á cabo por este hombre de talla colosal, bastaría para asegurarle un puesto de la más alta eminencia en la historia.

Su biógrafo Mr. Morley es uno de los escritores más ilustres y de los más profundos pensadores que produjo la era victoriana; erudito, sereno, independiente de las corrientes que predominan y de las tendencias personalistas triunfadoras, con abundante aliaición en su temperamento de aquél espíritu de rebeldía que desde Prometeo para acá ha de animar á los buscadores de la luz y de la verdad si han de ser dignos de la empresa, y, además de eso, amigo íntimo y compañero de armas del ilustre estadista en más de una gloriosa campaña, ninguno mejor que él para recoger la historia de una vida en que como en el mar todo el cielo se reflejó la historia inglesa y en gran parte la historia universal mientras ella duró.

Los vínculos de compañerismo, la comunidad de responsabilidades en muchos casos, y la identidad de aspi-



raciones entre el biógrafo y el biografiado, tratándose de hombres como éstos, no es de temerse que enturbien en grado apreciable ó nocivo la rectitud del criterio analítico, en tanto que seguramente tienden á dar á la exposición y al examen, un calor de vida, una atmósfera de simpatía, sin los cuales la biografía vendría á ser árida como un inventario, reseca como un índice.

No han transcurrido todavía siete años desde la muerte de aquél gran tribuno en cuyo corazón repercutieron siempre los hondos dolores humanos, cuya voz pidió libertad ó por lo menos piedad, para todos los miserables y oprimidos. La historia de su vida en forma definitiva, sino en cuanto al juicio; árdua sentencia que según Manzoni sólo puede dictar la posteridad, si en cuanto á la presentación de los elementos esenciales, ya está ejecutada. Aparece en época tormentosa, en que el espíritu de la nación se estremece agitado por problemas que afectan la vida y el porvenir del Imperio mismo. La nueva política económica preconizada por Mr. Chamberlain ha disgregado los partidos tradicionales, y si llega á cristalizarse en leyes positivas, implicará un cambio absoluto en el sistema fiscal de la Metrópoli y de las Colonias. Ante la magnitud de lo que se discute, exclamaba hace poco el obispo de Worcester: «quién nos diera tener entre nosotros á Mr. Gladstone, siquiera por una hora»; frase que representa con fidelidad el sentimiento público, porque las cuestiones actuales no son ni menos intrincadas ni menos vitales para la Nación, que muchas de las que durante su larga carrera política le tocó afrontar, y en muchos casos resolver, al eminente estadista cuya ausencia se deplora. Además, no han aparecido todavía en la escena política, en ninguno de los bandos, hombres de talla gladstoniana.

Se ha dicho que en toda vida humana, por humilde que sea, existen elementos suficientes para una novela, sea para algo que despierte el interés de los demás hombres. La dificultad está, como en el caso de la flauta de que hablaba Hamlet, en que yacían latentes melodías incomparables, en hallar el artista capaz de aprovechar esos elementos, dándoles vida. Si esto es cierto, tratándose de humildes existencias, lo es mucho más, cuando alrededor de una vida, como las aguas en torno de un vórtice, han girado acontecimientos, hombres y pueblos, atraídos por una fuerza centrífuga que logró definir su curso á veces de manera permanente.

Cuando Mr. Morley solicitó permiso para servirse de



ciertos documentos que él juzgaba indispensables y que no podían usarse sin el beneplácito del monarca, la reina Victoria, al acoger favorablemente la solicitud, indicó su esperanza de que el biógrafo descartara todo espíritu de bandería política al ejecutar su labor. La soberana pedía, pues, que el escritor se situara, hasta donde le fuera posible, en las serenas cimas de la justicia y de la imparcialidad, adonde no ha de llegar el eco tumultuoso de la lucha ni las voces de la pasión.

No cabe la pretensión de dar siquiera la más somera cuenta de la vida de Mr. Gladstone en el estrecho campo de que disponemos, ni tenemos para ello las facultades y conocimientos requeridos. Nuestra labor de humildes cronistas se reduce á señalar la aparición del libro.

Tanto los ingleses como los norteamericanos angloparlantes, se complacen en la apoteosis sistemática y sostenida de sus grandes hombres. De generación en generación se ensalzan más sus méritos y se olvidan más sus flaquezas, hasta llegar en muchos casos á la idealización del héroe respectivo. Y es bien que así sea; al mal y al error no se les ha de conceder más vida y alcance que el que en su día tuvieron. La figura de Washington en los Estados Unidos, resume en la mente popular todas las virtudes públicas y privadas, como sucede también, á pesar de haber sido tan reciente su presencia entre los vivos, con la reina Victoria.

Acaso la obra de Mr. Morley esté destinada como biografía de un hombre político á suerte tan gloriosa como la del Dr. Johnson, escrita por Boswell. En Johnson se concentró la vida literaria de la segunda mitad del siglo XVIII en Inglaterra, y Gladstone fué á su vez encarnación, si no única, sí preeminente de la vida nacional de su país durante sesenta años del siglo XIX. Ambos biógrafos fueron amigos íntimos y confidentes de sus biografiados; pero es preciso advertir lo que ahí cesa la analogía, porque Mr. Morley, si en el presente caso es narrador esclarecido de la vida de un grande hombre, que fué su amigo, aun sin haber ejecutado esa labor, tendría su puesto entre los primeros en las letras y en la política de su patria, en tanto que Boswell, sin su obra biográfica, considerada por muchos como la labor más excelente que en ese género exista en la literatura universal, acaso no habría tenido más título á la consideración humana que lo que Macaulay llama «esas decencias domésticas que rezan las losas de los cementerios, de buen padre, buen hijo ó buen esposo.»



El mero trabajo material realizado por Mr. Morley para escribir su obra, ha sido extraordinario. «Tuve que examinar—dice—de dos á tres mil documentos manuscritos... En una habitación llamada el Octágono, construída especialmente para guardar papeles con absoluta seguridad por Mr. Gladstone, había 60.000 cartas archivadas sistemáticamente y varias decenas de miles sin legajar». Además de esto, el diario que llevaba Mr. Gladstone, del cual había 40 pequeños volúmenes escritos en dos columnas por página; las cartas oficiales á la reina por sí solas constituían varios volúmenes.»

La actividad de Mr. Gladstone era pasmosa; ni en medio de las más agitadas luchas políticas descuidó jamás sus dos aficiones predilectas: la literatura y la teología. Hallaba tiempo para escribir sobre asuntos tan heterogéneos como los siguientes: *Crítica de la versión de la Iliada por Lachman*; el *Presbiterio*, *Supremacía real*, *Leopardi*, *Farini*, *Degeneración de la eficacia parlamentaria*, *Crítica de la novela Nelda*, *De Ecce Homo*, de la *Vida del Obispo Patteson*; estudios sobre *El Amanecer de la Creación*, *El Génesis*, *Robert Elsmere*, *María Baskirtseff*; esto sin contar libros extensos y de sólida erudición sobre asuntos eclesiásticos, sobre Homero, la Literatura clásica, traducciones, etc.

Era de talla hercúlea, amante de ejercicios atléticos. Es bien conocida su afición á hacer de leñador esgrimiendo el hacha con tal habilidad y empeño, como si de ello dependiera su vida.

En cierta ocasión, en alguno de sus discursos dió una lección práctica que, aprendida por la nación entera, ha resultado en fuente de riqueza nacional. En Inglaterra se producen admirablemente las fresas, las moras, grosellas, frambuesas, etc., y el azúcar es más barata en la Gran Bretaña, adonde entra libremente, que en ningún país de Europa. Mr. Gladstone indicó minuciosamente el modo de preparar todas esas frutas en conserva, aconsejando su cultivo y el establecimiento de esa industria al alcance de los más humildes hogares; de ahí data la creación de un vastísimo comercio.

Nunca quiso consentir en que se le ennobleciera y murió... míster á secas, lo que es más raro en Inglaterra, en donde de vez en cuando los títulos de reciente emisión sí suelen ser indicativos de verdadero mérito. Su gran rival en la política no pudo resistir á la tentación, y cambió su nombre de Disraeli, que heredó con cierto prestigio literario alcanzado por su padre, autor de una obra de eru-



dición clásica y que él mismo había hecho famoso dentro de su país en las letras, y en el mundo entero en la política, por el de Lord Beaconsfield. Esto de los títulos nobiliarios en Inglaterra suele sorprender á los no iniciados, porque tras de ellos desaparece con frecuencia un nombre distinguido ó glorioso. Sir William Thompson, que desde su gabinete de Glasgow había logrado conquistar fama universal, no inferior á la de ningún sabio moderno, en el estudio de la física y de la química, desapareció un día tras el nombre de Lord Kelvin. Tenuyson, felizmente, al recibir el título de lord, retuvo el nombre querido y admirado con que firmó á... Enoch. Arden, á *In memoriam* y á la Reina del mayo.

Por otra parte, Mr. Gladstone creó muchos duques, pares y nobles de distintas categorías. Tal vez él sí respetaba en los demás esas inclinaciones que él mismo no sentía. El gran Clemenceau abogaba alguna vez porque la República Francesa vendiera títulos nobiliarios á quien los comprara; juzgaba él que así se obtendrían dos grandes beneficios: crear una pingüe renta basada exclusivamente en la imbecilidad humana, y desacreditar hasta hacerlos ridículos, los títulos nobiliarios.

A pesar de sus numerosos escritos en diversos campos del saber humano y de sus no menos numerosos discursos, Mr. Gladstone no es considerado como grande artista literario; á estos últimos no se les asigna el puesto que tienen las oraciones de Bourke ó de John Bright. Pero en cambio, aun siendo justa esa discriminación, sus discursos llenaron su objeto con excepcional frecuencia en la hora en que fueron pronunciados; llevaron el entusiasmo á las multitudes, subyugaron los Parlamentos, ilustraron el criterio público y se cristalizaron en reformas benéficas y fecundas que todavía perduran como parte esencial de la grandeza y del poderío de la nación.

Respecto de muchas de sus oraciones, que á diferencia de las de los oradores citados, y otros como O'Connell, Lord Brougham, en el Parlamento inglés, ó Daniel Webster ó John Calhoun, en el Congreso de los Estados Unidos, que vibran con vida á través del tiempo, juzgadas y resueltas ya las causas que defendieron, puede decirse aquello de que la palabra que es fuego se convierte en ceniza al estamparla en la página. Pero lo esencial con el fuego, como con todo, no es tanto que perdure como que llene su objeto y cumpla su labor.

En materia de finanzas nadie le ha sobrepasado en esa clara visión que permite la acertada contraposición



de los complejos elementos económicos de un imperio y la definición de la vía más beneficiosa en el intrincado laberinto de intereses y de ambiciones rivales. Su perspicacia en asuntos fiscales ha tenido pocos rivales en los tiempos modernos, después del reconocimiento de las leyes que rigen el desarrollo y mantenimiento de la riqueza de las naciones, que data de aquel maravilloso libro de Adam Smith que, según Vuckle, realizó una revolución de mayor alcance en la vida de los pueblos que ninguna otra pacífica ó cruenta de los tiempos contemporáneos.

Tenia poca afición á las ciencias naturales. Acaso esto se explique, dado su temperamento de creyente fervoroso y de teólogo convencido, por el hecho de que los hombres de ciencia no han solido ser, en los últimos tiempos, los mejores guardianes de la fe en el dogma y en la verdad revelada (1). Alguna vez visitó Gladstone á Darwin sin darse cuenta, dice el mismo Mr. Morley, «de que el viejo naturalista, desde su tranquila aldea en el condado de Kent, estaba estremeciendo al mundo». En esa entrevista Mr. Gladstone habló con elocuencia de las atrocidades que los turcos perpetraban en Bulgaria y de otros acontecimientos de análoga naturaleza; Darwin escuchó tranquilamente á su interlocutor, diciendo, por toda respuesta, que era señalado honor el que un hombre tan grande le visitara á él. Probablemente, empeñado en el estudio de las leyes de la naturaleza, ante las cuales los más vastos problemas que preocupan á la humanidad, pesan tan poco como una pluma desprendida en el huracán, Darwin daba escasa importancia á lo que para el grande estadista la tenía suprema y absorbente. Esos grandes genios, profetas y apóstoles de la ciencia, suelen mostrarse indiferentes para el afán y las ansias de sus contemporáneos, aunque alcancen proporciones extraordinarias. Lo propio le pasaba al olímpico Goethe, á quien por tal razón, Heine motejaba de egoísta.

El veredicto final sobre Mr. Gladstone, parece ser que el hombre mismo fué mucho más grande que su obra; que si ésta está destinada á modificarse ó á perecer, su figura moral, de indiscutible grandeza, conservará su puesto á traves de los siglos. Eso dicen muchos de sus compatriotas; lo que sí sabemos todos es que Gladstone

---

(1) El Dr. Johnson, ya mencionado, llevaba á extremo increíble su intolerancia con los que se atrevían á dudar del dogma ó á impugnarlo. Sus observaciones sobre Bolingbroke, precursor de Voltaire, rayan en la imprecación histérica y en la diatriba estéril.



fué un adalid de la libertad y un valiente soldado en defensa de los oprimidos y de los náufragos del derecho; «se me educó en la desconfianza y en el desamor á la libertad. Aprendí á creer en ella. Esa es la clave de la evolución de mi personalidad», son sus propias palabras.

Y ellas resumen admirablemente la historia de su vida. A esa libertad que aprendió á amar dedicó el grande estadista, cuyos restos mortales reposan en el glorioso panteón de Westminster, todo el esfuerzo de su genio poderoso, toda la fe inquebrantable de un espíritu dotado como ninguno para la lucha. Todo apartamiento de los principios que él defendió, marca en su país un retroceso hacia el absolutismo ó cualquiera otra forma de tiranía, llámese ésta la política fiscal proteccionista ó el imperia- lismo de los modernos *jingos*.

#### VERSOS DE WILLIAM WATZO.

En un precioso libro intitulado *Los idilios del mar*, de Frank T. Bullen, del cual espero ocuparme alguna vez en estas páginas, leí algo que se grabó en mi memoria sobre las aves marinas. Bullen pasó treinta años de su vida á bordo de los barcos mercantes ingleses, y retirado del servicio se ha dedicado á recordar sus impresiones de aquella larga intimidad con el Océano. He asistido á algunas de sus conferencias y leído sus libros; unas y otros, saturados de aire salino, tienen reflejos de soles que se hunden majestuosos en el movible espejo y el vigor de brisas que vuelan sin que nada obstruya el ímpetu de sus alas.

Explica Bullen, que en los lejanos mares del Sur, los marinos advierten que siguen á los barcos día tras día diversas clases de aves, tan incansables como el viento mismo que hincha las velas; rara vez llegan á posarse en el tope de los mástiles, y para descansar de otra manera, tendrían que recorrer miles de kilómetros hasta el islote ó punta de continente más cercanos.

Entre esas aves, cuando la tormenta estalla y el huracán lo barre todo delante de sí, las más se humillan á sus furorés, y con los barcos, las ondas y las nubes siguen el curso que les imprime; otras, las más raras, parecen poseídas de rebeldes energías, y ya vuelan con el huracán, ya lo cruzan, ya vuelan en contra de él con serenidad



de algo superior á los elementos enfurecidos. Esas aves perdidas en la inmensidad de los cielos, antójanseme á mí como los poetas, y creo ver en estos últimos establecida también la diferencia entre los que son arrastrados por los huracanes que soplan y los que saben dominarlos.

Entiéndase que hablo de cierta clase de poetas que para algunas gentes no lo son; no me refiero á esos temperamentos más ó menos neuróticos, que llenan su mundo con su propio sér y tan sólo se preocupan de sus personales sensaciones, sin que de las luchas de la vida universal llegue á su ánimo el más leve rumor. Hablo de los que toman su puesto en las filas de la humanidad, dan y reciben los golpes en el combate, se estremecen de ira, de placer ó de esperanza con los toques de clarín en las grandes batallas humanas, y juzgan que en lo social, en lo político, en lo internacional, hoy campo fecundo para la más alta poesía y que limitan arbitraria y erradamente sus legítimos dominios, los que la circunscriben á los suspiros, las plegarias, las imprecaciones puramente individuales, á las vaguedades nebulosas de aspiraciones indefinidas, á las filigranas y cinceladuras de la forma y demás cosas de la laya, que son, á la verdadera poesía, eco vibrante y sonoro, el más excelso de la mente humana, que atraviesa los amplios corredores de los siglos, según la frase de Longfellow, lo que á la arquitectura de algún templo soberano, son las molduras y los arabescos: algo que puede ser muy hermoso, pero que solamente un ensimismamiento deplorable y que, como toda otra locura, debe mirarse con lástima, puede calificar de poesía única, de poesía suprema.

El siglo pasado cerró sus últimos días para la Gran Bretaña, y las numerosas naciones que se agrupan á la sombra de su bandera, en los sacudimientos de una guerra que interesó el ánimo público como ninguna otra de las muchas que tiñeron de sangre las páginas de la historia nacional en el siglo XIX.

Merced á la sostenida explotación de la concepción de Patria, dentro de determinadas demarcaciones convencionales, según la cual, lo importante no es obrar con justicia, sino encerrar la injusticia y la arbitrariedad dentro de la convencionalidad establecida, para que todos tengan que acatarlas, respetarlas y defenderlas, bajo pena de ser motejados de traidores, se logró en Inglaterra, respecto de la guerra sud-africana, desviar el criterio del examen de las causas y objetivo de la lucha, y reducir el esfuerzo lícito al logro de la victoria por medio de la vio-



lencia. El método no tiene nada de nuevo. Lo enseñaron y lo practican constantemente las religiones positivas que encierran el cielo, es decir, la salvación y la vida futura, dentro del cerco de sus dogmas y hasta de sus ritos, lo que les permite modelar la vida de los creyentes como cera ó yeso plásticos.

La palabra oficial inglesa partió de las alturas proclamando la guerra santa; saturó, pasando de una en otra, todas las capas sociales; atravesó los mares, y en cada nuevo hogar de la Nación Británica, en los cuatro puntos cardinales, cumpliéndose idéntico fenómeno. Casi como un hombre sintieron los millones de súbditos del Imperio, presa de una misma furia, de idéntico ardor bélico, y fué lo que Dios, en sus designios inescrutables, quiso tolerar.

No he de ocuparme aquí de la contienda misma; tampoco abrigo el criterio predominante fuera de la Gran Bretaña, que hace ángeles de los boers y demonios de los ingleses.

Muy lejos estoy de pensar así. El heroísmo vale por mucho, pero no reemplaza lo que falta, y á los valientes luchadores sudafricanos les faltaba mucho para ser el pueblo ideal é impecable que, más por odio y envidia á Inglaterra que por cariño á ellos, pretenden hacer de ellos los demás pueblos. Durante la guerra, luchando con el sentimiento universal, se dejaron oír voces numerosas de pensadores y hombres públicos que le decían á la nación rudas verdades y llamaban la guerra un acto de piratería internacional. Entre los poetas hubo dos que encarnaron las dos tendencias opuestas: Kipling y Watson. El primero se dejó arrastrar por el huracán; el segundo voló con rumbo directo hacia el verdadero ideal de justicia, anterior y superior á la concepción de patria, y lanzó el sonoro anatema de sus cantos en medio de las muchedumbres enfurecidas, sin cuidarse de la hostilidad y del vituperio.

Acaba de salir un pequeño volumen de versos suyos llamado *Por Inglaterra: poemas escritos en el alejamiento*. No puedo hacer mejor elogio que traducir algunas estrofas.

Describe á los pueblos boers en el soneto «El enemigo» de esta suerte: «Inexpertos en las Letras, sin versación en las Artes, ignorantes de toda concepción de Imperio; limitado su horizonte por las ondulantes llanuras solitarias, en que crecieron en medio de silencios impenetrables; eran un pueblo, criado aparte; la semilla á lo lejos esparcida, de aquellos que no pudo domeñar el acero de Alba; ahora se estrellan ciegamente contra la marcha majestuo-



sa del mundo. Luchan y mueren, ellos, que llevan como una maldición, corazones de intrepidez inquebrantable. Llamadlos locos si queréis; poseídos de la demencia que no cede sino cuando todo está perdido. Y empero, parece que supieron luchar como los más nobles hijos de nuestra Inglaterra solían luchar cuando lo hacían por la libertad; y no será digno hijo de Bretaña aquel que, ante tal valor en el campo, ya desesperado, rehuse el tributo de hidalgo reconocimiento».

Contrastando el esfuerzo nacional que se dilata en empresas colosales de engrandecimiento del imperio, pródigo de sangre y de dinero, en remotísimas regiones, con la negra miseria y la abyección escuálida del proletariado que convive y crece y se extiende bajo la falsa púrpura del arrogante industrialismo, en la madre patria misma, Watson halla acentos de verdad de suprema elocuencia. Comprueban con creces la justicia, pertinencia y oportunidad de sus amonestaciones, estudios como los de el titulado General Booth, del Ejército de la Salvación, reveladores de la llaga pavorosa incrustada en el propio organismo nacional, ó los hechos por Mr. Browntree sobre la condición de la vida del obrero en las grandes ciudades manufactureras; esos libros inspiran profunda lástima por los dolores humanos que patentizan, encarnados en una numerosísima clase social, que se transmite de generación en generación, como estigma hereditario, la miseria, el hambre y la ignorancia irredimibles. Watson dice: «En tanto que el flujo de la onda conquistadora se desata contra remota y dorada playa, aquí aumentan cada día las almas humanas hambreadas y detenidas en su crecimiento. Vana es vuestra ciencia, vuestro arte vano, vuestros triunfos, vuestras glorias, vanos también; ellos no han de alimentar el hambre de esos corazones, ni de calmar las ansias de esos cerebros. Con desiertos clamorosos y salvajes tan cerca de vosotros, con eriales de vicio, de ignorancia y de vergüenza, ¿no hay campo aquí para grandes victorias, ni ocasión para hechos de alta fama? Acudid á la conquista, cuando aún es tiempo, del enemigo que está entre vosotros mismos; erigid, en la mente de los hombrés, el solo imperio que perdura.

A los muertos en el campo de batalla, apostrofa Watson de esta manera: «compañeros en el silencio, camaradas en la muda suerte, consumidos por igual en la comunidad del olvido; hacia idénticos hechos por impulsos distintos fuísteis urgidos y reducidos á la igualdad por la tumba, que no hace distinciones; que fuérais pérfidos ó



leales, tiernos ó crueles, ya el destino os ha purgado de vuestras flaquezas; los vientos, con imparcial responso, han cantado vuestro lamento, ya en el dorado otoño ó en el glorioso florecimiento de los estíos; vuestra fama se ha reducido á la nada; son ya como palabras vanas el vuelo de las balas, el corte de las bayonetas, el clamoreo insensato y sordo de los cañones; ociosa es ya vuestra contienda; lo que fué objeto de vuestra lucha está ya sometido á este arbitramento de la greda y á la sentencia fría que el polvo dicta.»

No pueden menos de recordarse, á propósito de ésto, aquéllos versos de Díaz Mirón:

«Milicias que en las épicas fatigas  
Caísteis indistintas é ignoradas,  
Cual por la hoz del rústico segadas,  
En tiempos de cosechas las espigas;  
Que morísteis á manos enemigas,  
Fulgentes de entusiasmo las miradas,  
Tintas hasta los puños las espadas,  
Y rotas por delante las lorigas;  
Oscuros Alejandro y Espartacos,  
La ingratitud de vuestro sino aterra,  
La Musa de los cantos elegiacos;  
En las cruentas labores de la guerra,  
Sembradora de lauros fuísteis sacos  
De estiércol ¡ay! para abonar la tierra.»

Debe advertirse que la versificación de Mr. Watson es considerada por los críticos ingleses como modelo artístico, del cual serían ejemplos, en sus varios estilos, las composiciones características de Tennyson y de Wordsworths.

S. PÉREZ TRIANA.



## VERANEO DE ALMAS

UN ferviente idealista decíame no há mucho á su paso por la corte:—«Se ve que esta gente tiene un natural propicio al ensueño; pero no sueña... Es un pueblo de soñadores sin ensueños; de soñadores, que no aciertan á elevarse del ras del suelo. Por eso yo celebro que todos los años aumente la cifra de veraneantes. Y aún opino que sería buena obra de gobierno la promulgación de leyes favorecedoras del veraneo. Lo que necesita este pueblo es eso: salir á menudo de estas calles, desde donde, para mirar á lo alto, hay que echarse hacia atrás y tomar una postura ridícula; irse adonde el cielo no sea techo limitador de tejados, sino inmensidad limitada á lo largo por la inmensidad de los campos libres, y, á lo alto, por la barrera azul del infinito. Ya verá usted, si la afición sigue cundiendo, cómo el pueblo se idealiza, cómo en un santiamén se realiza el milagro de que esta gente levante un poco la cabeza... Precisamente las épocas en que se abandona la corte son las más favorables para este objeto: la primavera y el verano, cuando más amable y vibrante resuena la voz de la naturaleza.»

El optimismo, que es rara virtud entre los idealistas urbanos, ofrece caracteres de vicio entre los idealistas de pueblo á plena luz. Y mi insigne amigo es un idealista rural...

Así, mientras que para él constituiría materia de fácil regocijo la cantidad de rostros que lucen hoy en Madrid su pátina de frutos maduros, yo me inclino á temer que, de entre tantos veraneantes, no sería posible sacar más que una no muy numerosa minoría de almas también curtidas por el sol.

Porque una cosa es que suene la voz de la naturaleza, y otra es oirla, y no es lo mismo ir con el alma á cuestas que llevarla de paseo...

Yo propondría un concurso para almas de veranean-



tes. Con las preguntas siguientes:—Entre los miles de seres que, según las estadísticas, huyeron este verano al campo y han vuelto á la ciudad, ¿cuántos amadores se ha conquistado la naturaleza? ¿Qué ha salido, en suma, ganando la belleza este año?

De oportunidad, por lo que tiene de ajuste de cuentas, sería ahora, frente al invierno y en el otoño, en el momento mismo de la liquidación total del verano y de los cómputos estadísticos. En cuanto al resultado, tema daría para muchas consideraciones, interesantes quizás, pero ¡ay!, yo me lo temo, menos interesantes que tristes...

La dificultad está en la forma de verificar el concurso. ¿Cómo hacer un concurso de almas? ¡Es tan difícil saber llegar hasta ellas!... Además, se correría el peligro de que siendo público el concurso, contestase la cabeza, la eterna suplidora en apuros de sentimiento, la eterna suplida en aprietos intelectuales. Pues, ¿y la vanidad? ¿Quién nos asegura que iba á contenerse? Yo sé de un autor dramático, que por más señas ha veraneado en Gijón, ó, mejor dicho, en los rojos divanes de un casino de Gijón, y que desde su regreso á la Corte, ó, más propiamente, á los rojos sillones de un círculo de la Corte, no ha cesado de entonar himnos á las *pomaradas* de Asturias.

... Pero, ya que es punto menos que imposible un concurso, yo invito á todos los que han vivido en el campo á que se interroguen ellos particularmente, en el secreto de cada uno consigo mismo.

Es probable que á muchos la falta de sensaciones propias, la mudez del alma, les obligará á contestarse con cuatro tropos... leídos en algún poeta cursi. Y es casi seguro que una inmensa mayoría de los «iniciados» recordará con mayor deleite que ninguno los paisajes pintados en la vidriera al correr del tren, y esto no por otra cosa que por defecto de óptica y de orientación artística: de ojos no acostumbrados á darse al espacio libre, de gusto, que echa de menos, en medio de un panorama, el marco que la ventanilla del vagón le simula, el marco de los



cuadros, algo que siempre ha visto unido á la naturaleza, formando con ella un solo cuerpo.

Y si es muy importante, señor idealista y caro amigo, salir á ponerse en contacto con los bellos paisajes, más lo es saber amarlos, ciencia divina, que aun no ocupa en la pedagogía española el lugar que la corresponde, y que en ninguno de nuestros libros de imaginación puede aprenderse. Porque quitad á la literatura clásica el romántico rayo de luna y alguno que otro golpecito teatral de tempestad...No quedará ni una página en que flote el aliento de la naturaleza.

Y mientras no se nos eduque desde niños en esa dirección, mientras al pueblo no se le descubra el manantial benéfico, seguirá sin enterarse más que á medias, y su espíritu sufriendo, sin gran alivio, el mal de la vida. De poco valdrá que la gente huya unos días de las ciudades. Ni el cielo podrá vendarla de azul los ojos, ni el beso de las brisas aligerar de prosa sus pensamientos, ni su alma empaparse de infinito en los espacios.

Y entre tanto irán surgiendo primaveras y veranos—que morirán sin que se aproveche debidamente su belleza. Y, perdidos esos tesoros de belleza bienhechora, de belleza que es bien, la sociedad tardará aún mucho tiempo en abrir lugar al ensueño consolador, y acaso, acaso —yo me siento pesimista—habrá siempre muchas almas que parezcan creaciones de Boucher—¡salud, oh genio de la artificialidad!—almas que eternamente busquen el azul celeste y el verde mar en los trapos, las flores en los talleres de sombrerera y los aromas del campo en los pulidos tarros de las perfumerías...

J. RUIZ-CASTILLO.



## LA VIDA LITERARIA

### HABLANDO CON MARTÍN HUME

Martín Hume acaba de publicar un libro de historia. Hume es gran historiador, y su nombre, que tiene fama universal, es doblemente respetable para nosotros: por admiración y por gratitud. Le admiramos como todo el mundo intelectual, por sus trabajos de historiador veraz y culto, de historiador á la moderna que, dejándose de vanas imaginaciones, busca en los viejos manuscritos de los archivos el alma de los tiempos. Le tenemos gratitud, porque la mayor y mejor parte de sus esfuerzos y de su saber los ha empleado al servicio de nuestra propia historia. Su último libro *Espanoles é ingleses en el siglo XVI*, ya ha sido juzgado por la crítica del orbe entero. Por eso á nosotros nos ha parecido mejor homenaje el que hoy rendimos á su autor, publicando unas declaraciones que de él recogió recientemente, á su paso por Londres, nuestro compañero Carlos Navarro Lamarca.

**Y** cómo usted, que ha sido militar, y después, durante muchos años, político activo en Inglaterra, ha abandonado todo esto para dedicarse exclusivamente á la literatura histórica?

—Como siempre sucede en tales casos, la aptitud natural existía de antiguo. A pesar de los muchos y diversos intereses que han ocupado mi accidentada vida, jamás he dejado de ser amante apasionado de los libros y del estudio, y lector omnívoro; pero la circunstancia que me trocó de lector y pensador en escritor, llegó tras las amarguras y los desengaños inseparables de la política. No hay reformador, por entusiasta que sea, que, después de muchos años de ruda lucha, deje de convencerse del tremendo esfuerzo que se ha menester para remediar en lo más mínimo los males sociales por medio de la política y de la legislación, sobre todo en un Parlamento constituido como el de Inglaterra; de la debilidad é insuficiencia del individuo para lograr por tales medios un resultado comparable al sacrificio personal que se exige, y de la imposibilidad de que el político logre el consuelo de ver brotar y florecer durante su vida las semillas que sembró con tanto afán. En tal estado de ánimo, topé por casualidad en Madrid con la llamada «Crónica de Henrico Otavo de Inglaterra». El tal libro me interesó sobremanera, y puramente por pasatiempo



y sin la menor idea de publicarlo, lo traduje al inglés con muchas notas, comentarios y correcciones. Cuando años después se publicó el libro en Londres, llamó mucho la atención de los historiadores, y el Gobierno inglés me encargó la traducción y publicación de la serie de papeles de Estado españoles referentes á la historia de Inglaterra en el reinado de Isabel, como lo hiciera D. Pascual de Gayangos con los papeles de Enrique VIII. Se había servido el historiador Fronde de muchos extractos de dichos documentos para escribir su gran historia. Pero Fronde no era ni fiel copista, ni escritor imparcial, y su historia había dado lugar á rudas polémicas y agrias discusiones. Por consiguiente, la publicación íntegra de los papeles españoles, sobre los cuales había basado su libro, fué saludada por sus muchos contrarios como acontecimiento importante. A medida que aparecían cuatro grandes tomos que forman la colección, se convencía el público de que mucha parte de la historia de Inglaterra durante aquel importante reinado, tendría que escribirse de nuevo. Pero ya pasó, á lo menos en Inglaterra, la época de escribir grandes historias en muchos tomos, como las de Fronde y Lafuente, y en 1896 empecé la publicación de mis libros históricos en la forma de historias episódicas, valiéndome de los informes y detalles nuevos, que había podido reunir hojeando los miles de documentos que en los seis años anteriores tuve que descifrar y traducir en diversos archivos. Era mi intención escribir libros tratando separadamente los varios aspectos ó personajes importantes de aquellos tiempos, para dar al lector idea más viva y más íntima que las ofrecidas en las historias generales, del progreso social y político en aquella época de transición que siguió al cisma de Lutero. Quería escribir libros que, sirviendo á los estudiantes serios por estar fundados sobre datos y documentos fidedignos, tuviesen al mismo tiempo atractivo para los lectores profanos, por su estilo ligero y pintoresco. La primera obra: «The Courtships of Queen Elizabeth», fué acogida con extraordinario favor. Desde entonces (1896) no he cesado de escribir, habiendo publicado doce tomos originales (de los cuales, cinco tratan especialmente de la historia de España), con más los cuatro de papeles de Estado de Isabel, y dos de los de Enrique VIII, continuación de la obra de D. Pascual de Gayangos.

— ¿Por qué le ha interesado la historia de España hasta el punto de haberse constituido en su país el representante más caracterizado de los hispanófilos?



—Los lazos que me unen á España son muchos. Los recuerdos más gratos de mi juventud, pasada en Madrid, mis muchos amigos españoles de toda la vida, mi amor entrañable y mis vivísimas simpatías por España y su pueblo, los cuentos y leyendas de antaño, que me contaron en mi niñez ciertos ancianos españoles parientes míos, han dejado huellas indelebles en mi corazón, y no pudo menos de interesarme la historia de España, ya que la historia me interesara.

—¿Su familia estuvo muchos años en España?

—Sí. Mi bisabuelo Andrés Hume, hijo de una antigua familia de Escocia, católico, se estableció en Madrid en 1787, por amistad con el célebre ministro conde de Florida Blanca. Se naturalizó español, se casó en Madrid, y fué nombrado Director de la Real Fábrica de Botones que en dicho año estableció el Rey D. Carlos III en un convento situado en lo que ahora es Paseo de Recoletos. Todos sus descendientes conservaron la nacionalidad española, excepto mi abuelo, su hijo mayor, que heredó las posesiones de la familia en Inglaterra, y se hizo inglés. Ya todos han muerto y yo soy el único que lleva el nombre; así es que, aunque inglés de nacionalidad, me considero en cierto modo español también.

—¿Por cuál de sus libros tiene usted preferencia?

—El libro que más me gusta es siempre el *que voy á escribir*; para mí el placer consiste en escribir, no en haber escrito; pero los libros que más me han interesado (mientras en ellos trabajaba), son: «The Year After the Armada», «Philip II», «The Spanish People, and Modern Spain.»

—¿Y cuál es el libro que piensa usted escribir y que ahora tanto le preocupa?

—Si Dios me da fuerza, me propongo hacer dentro de un año un estudio en dos tomos sobre la vida y los tiempos del Rey poeta Felipe IV.

**Obras de Martín Hume:** *Seis tomos de papeles de Estado españoles, publicados por el Gobierno; Courtships of Queen Elizabeth; Chronicle of Henry VIII; The Year after the Armada, etc.; Philip II of Spain; History of Spain, 1479-1788; History of Modern Spain, 1789-1898; History of the Spanish People; Sir Walter Raleigh; The Great Lord Burghley; Treason and Plot, Historia de la lucha religiosa en Inglaterra, 1588-1603; Love Affairs of Mary, Queen of Scots; Españoles é ingleses.*



## MORALEJAS

**G**randmontagne tiene la palabra.—¿Saben ustedes lo que hay en España? «El fraude en el sufragio, la mentira política y social, el caciquismo agresivo, la corrupción de la justicia, su lentitud mientras duran los bienes del pleito, la concusión, el parasitismo burocrático, el nepotismo, el crónico y flúido palabreo parlamentario, saturado de ese ingenio inferior que es el talento *manqué*, frustrado, el desorden administrativo, la incapacidad gubernativa, la pereza, la blandura de rapa, raíz idiosincrásica de los pechos fidalgos: la fe en el azar, el culto de la buena suerte, la esperanza en una lotería general que ha de dar el premio de la riqueza, el premio del cielo, el premio de la salud y hasta el premio de la inspiración en arte».

Todas estas cosas hay en España y unas cuantas más y peores. El Sr. Grandmontagne arriba de allende los mares para decirnos esto á nosotros que lo tenemos sabido, á nosotros, á quienes nos duele la lengua de repetirlo y los oídos de escucharlo.

Viene el Sr. Grandmontagne á conquistarnos para que cultivemos solícitamente el mercado argentino, y para movernos á convicción, empieza por entonar esa vulgarísima letanía de nuestros errores y de nuestros defectos.

Yo comprendo la razón que para tal exabrupto ha tenido el «embajador á la moderna». Este embajador, que es antes que un economista, un literato, aún más, un ensayista, ha leído á Emerson con el mayor cuidado, y Emerson dice: «Nos unimos á aquellos que lloran, y sentándonos á su lado, lloramos estúpidamente de consuno con ellos, en vez de comunicarles la verdad y la salud por medio de choques rudos y eléctricos, poniéndoles en contacto con su propia razón». Tal ha querido hacer con nosotros el Sr. Grandmontagne.

No ha advertido, cegado por su antiguo amor á las ideas generales, que podrá ser sano practicarle con un hombre, con algunos lo es seguramente; pero con un pueblo acaso no, y con una raza mística y moruna como la nuestra, tórnase daño el procedimiento.

Si no es por esta sngestión, no acierto á explicarme esa manera de retórica que trae de Sud-América el autor de *La Maldonada*. Hombre hecho al sondeo psicológico, que ha compuesto un precioso libro de zahori de almas sociales en sus *Vivos, tilingos y locos lindos*, parece que ha olvidado nuestro tinglado espiritual. Hasta disueltos en nuestra médula están todos esos greujes que contra nosotros mismos hemos descubierto. No se borrarán, no, fácil ni prontamente las impresiones del desastre en los que hemos abierto los ojos de la curiosidad al tiempo de los fracasos. En esa edad que reclama la confianza en todo, que de cualquier pedazo



de cosa forja un ideal, nosotros no hemos visto sino agonías y rompimientos. Desde luego fuimos desconfiados y esa musa triste de la desconfianza nos prestó la intuición de que aquellas cosas estaban bien derrotadas y bien muertas. Note usted, maestro, que nada explica el artificio de un juguete, como verlo roto.

Y ese efecto de *deslegendarización*, de *desretoricación* (¡ah!, las palabras), como nosotros, lo han sentido los hombres maduros y los viejos. Ellos envían á sus hijos á Madrid, donde hagan desde luego oposiciones y vuelvan á las provincias, sin emplear otros procedimientos tortuosos para asegurar la pitanza y sin encomendarla á esa «gran lotería» de que usted habla. Otros retiéndolos en el pueblo y les hablan de los campos y de las industrias: las actividades comienzan á especializarse.

Y en cuanto á los hombres maduros y viejos de Madrid, esta bonita paradoja, ya ve usted Sr. Grandmontagne, cómo los partidos se disgregan al menor tropezón y es imposible recomponerlos. ¿Por qué? ¿Cree usted que Moret no valga un Sagasta? ¿No se explica más sencillamente esa imposibilidad por falta de unto con que pegar las bandadas políticas?

Y se punto único, ¡Madrid!, que atraía hasta hace poco con poderosa sugestión la mirada de las provincias y las hacía bizquear, va perdiendo su fuerza exclusiva. España miraba á Madrid con una persistencia de imbécil ó de estático y vivía como un faquir contemplándose el ombligo. Ha viajado usted por el Norte lo suficiente para observar la exigua atención que aquellos países anhelantes, curiosos y trabajadores prestan á la corte.

Aunque yo no he leído tanto como usted, creo lícito afirmar que nunca los efectos de un gran desengaño político han producido tan rápidos efectos saludables en una raza como el tratado de París en el pueblo español.

Créalo usted, no es necesario, no es humano, es contraproducente remachar más el clavo. Cada nuevo martillazo dado sobre nuestra desconfianza, puede quebrar ese modesto y tácito ideal de regeneración que comienza á cristalizar. Ya nuestro querido Sr. Silvela disparó sobre el asendereado borrico de Sancho Panza la flecha del Parto: en él es plausible desde el punto de vista estético: vino á ser su último discurso la bella manera de morir que busca todo decadente. Pero usted, Sr. Grandmontagne, que viene á predicar ideas constructoras, debe huir toda coincidencia con los espíritus disolventes. Yo, que soy mucho más joven que usted y debiera tener fe en la utilidad absoluta de la verdad, creo, sin embargo, ¡qué es tan necesaria la *mentira vital* de que habla Ibsen!...

No olvide usted, decía antes, nuestro tinglado espiritual. Repare que hemos sido y seremos siempre propensos al renunciamento como buenos místicos. ¡Nos contentamos con tan poco! Y querer trocar lo que hay en el fondo de los toneles de una vez, volcándolos, no es pragmática de buen



bodeguero. Recuerde usted, maestro, que Tito Livio el curioso, y Strabon el viejo, nos describían ya como unos hombres «vestidos de negro, obstinados, silenciosos, estóicos y amigos de la muerte.»

Por lo demás, Sr. Grandmontagne, cuanto usted nos diga caerá como lluvia refrescante y fecunda sobre nosotros. Hora es ya de que levantemos al diablo ese apodo de «vil». Hora es ya de que reconozcamos la economía política y el arte del comercio como ciencias nutrices y que vengán á ocupar en nuestra actividad el lugar que dejaron vacío al alejarse las marchitas soñaciones teológicas é históricas. Y si hasta ahora habíamos pensado con la imaginación y tan malos iba, acaso comencemos á idear con el vientre. «En verdad—dice Heine—que el cuerpo, á veces, es más clarividente que el espíritu. A menudo piensa mejor el hombre con sus lomos y con su estómago que con la cabeza.» Así sea.

El mercado de Sud América debe preocupar, no solamente á los comerciantes y á los industriales españoles, sino también á los escritores. Pérez Galdós, escritor español de larga vista, apunta de cuando en cuando á aquellos hombres que hablan nuestra lengua. Ganivet señala esos países como la tierra de promisión para los intelectuales de esta vieja España. Ahora, como discretos comerciantes, debemos estudiar aquellas sociedades y aquellos espíritus.

Vea, el Sr. Grandmontagne, que no es preciso ni útil ese procedimiento de estigmatización. Sus acusaciones nos eran conocidas: poco á poco, de entre esos defectos, se suscita una nueva España. Tenga paciencia de sociólogo, y, puesto que es grande amigo de nuestro Gracian, desempolva aquello de que «lo que luego se hizo, luego se deshará, y se acaba presto, porque presto se acabó. Cuanto más tiernos sus hijos, se los traga Saturno con más facilidad, y lo que ha de durar una eternidad tarda otra en hacerse.»

La primera conferencia del Sr. Grandmontagne ha indignado á algunos españoles que, por otra parte, reconocían su veracidad. ¿Por qué?

¿Han olvidado ustedes aquella soberbia página de Daudet, *La diligencia de Beaucaire*? Hacen camino en ella, con otros varios, un panadero charlador y burlón y un amolador que no decía nada y miraba tristemente la blanca carretera caliza, casi oculto bajo un inmenso gorro de piel de conejo. A este pobre hombre le engañaba cada seis meses su mujer con un nuevo amante. Harto lo sabía él, y por eso era siempre silencioso y mustio. Con este pobre hombre la tomó el panadero maldiciente:

—¿Y tu mujer, amolador?... ¿Por qué parroquia está?

Y el amolador, inmóvil, limitóse á decir, sin alzar la cabeza, con voz desgarradora:

—¡Calla, panadero, calla, te lo suplico!



«Incipit» el reinado de la grosería. — El gobernador de Madrid prohibiendo á las señoras el uso del sombrero en los teatros, ha realizado algo que es de la mayor importancia. Hasta ahora se había respetado la indumentaria de la mujer y se la había considerado como materia ilegislable. La política perduraba galante. Hoy rompe la verja del jardín de Citerea y destoca á las damas. ¡Qué irreverencia! ¡Qué grosería! Ellas habían sabido permanecer inexpugnables bajo ciertos puntos de vista, y esta primera grosería legal amenaza consecuencias y progresos en el faltar á las tablas galantes.

Es curioso observar que estas sabias de la vida, que tienen atiborradas sus delicadas cabezas de todo el sentido común que nos falta á los hombres, se las han compuesto para defender y sustentar las instituciones creadas por ellas: esa conseja anciana de la debilidad femenina, por ejemplo, como si la fortaleza radicara sólo en la fuerza y no en la astucia. Ellas y los jesuitas son los seres que han adquirido mayor fuerza estratégica, porque han logrado mayores confianzas.

La mujer ha erigido sus defectos en cualidades, como en pintura hizo Puvion de Chavannes y fundó escuela: tenía éste un pincel simplicísimo y divinizó su simplicidad. En Eva el intelecto, que según el *viejo sátiro* de la Filosofía, se estanca á los diez y ocho años, es holgazán y poco elástico. Eva supo llamar á su imposibilidad de saber, inocencia, y el hombre le ocultó muchas cosas desagradables de conocer. Era frágil su naturaleza é inventó el pudor—se ha dicho,— y el hombre la respetó.

Sentía un terror fisiológico hacia los espinas y callosidades que la vida social ofrece en los pueblos nuevos, francos y fuertes, é ideó esa vasta y complicada escuela de la galantería que las rodea, las libera y las guarda mejor que «cien negros con sus cien alabardas.» Los hombres de temperamento rudo, los primitivos de alma, no osaron acercarse: los otros limaban sus asperezas para llegar hasta ellas. Y e las premiaban á los más aventajados en ese enrevesado arte.

¿Habrá nada tan maravilloso como esta táctica femenina que los hombres sufrimos encantados y hasta placenteros? La mujer tiene el secreto de la paradoja. Su grande enemiga es la verdad. Nietzsche pone en boca de una de ellas: «¿La verdad? ¡Oh!, no la conocéis. Es un atentado contra nuestro pudor». Tan cierto es esto, que creo muy difícil que ante mujeres españolas se pueda decir sencillamente una verdad de orden general. En toda ocultación de la verdad parece como que ha intervenido una mano de mujer, una de esas manos blancas, suaves...

El Sr. Lacierva ha abierto un portillo á la grosería. El señor Lacierva es murciano, es decir, casi un moro que tiene fama de el menos galante de los hombres; tan poco galante, que encierra á varias hembras en un mismo aposento y las ama sin súplicas.



Acaso este reinado de la grosería que hoy comienza a abundante en sanos frutos.

De todos modos, la grosería, especie de *foot ball* moral en la lucha por la vida, es uno de los siete caminos para la sinceridad.....

*Nota.*—Si nuestro idioma fuera menos cortesano y más preciso, diría *el sinceridad*.

RUBÍN DE CENDOYA.





## LETRAS DE AMÉRICA

---

### FUEGO GRANEADO

Por entre las líneas del prólogo que á continuación se inserta, puede muy bien el lector avisado darse cuenta bastante cabal de la personalidad de su autor, D. Antonio José Restrepo. Para mayor abundamiento, agregaremos que es hombre público de alta y distinguida posición en su país, escritor profundo, castizo y sincero, poeta de robusta entonación y hondo pensamiento, como lo atestigua un volumen de versos suyos que recientemente publicó en Lausana. En todos los escritos del Sr. Restrepo campea una independencia de criterio que no tiene contemplaciones ni contemporiza con lo que á él no le parece lo justo, lo correcto ó lo bello en la vida, en la política ó en el arte.

«Fuego graneado» es el nombre de la obra que lleva el prólogo de que venimos tratando; es una colección de artículos de política, literatura, crítica, etcétera, publicados por el Sr. Restrepo en los últimos veinte años.

CONVALECIENDO en Madrid del fracaso lúgubre en que vino á parar, materialmente—para los liberales, para mí y para toda la Nación Colombiana—la guerra civil de los últimos tres años, se me ocurrió, como pasatiempo á mis forzados ocios, al par que recapitulación de mis ideas en política y otras hierbas, coleccionar los artículos que forman este libro. Me facilitaban la tarea el buen acomodo de la imprenta en que ven la luz y algunos periódicos y papeles que tenía conmigo, en los cuales yacían esparcidos los materiales para el cajista. La misma facilidad de imprimir, el tiempo de que disponía y el encadenamiento en los originales que se iban presentando, me llevaron más lejos de lo que me propuse al comenzar. Sin duda que la ociosidad es madre de todos los vicios, inclusive el de publicar nonadas. Visto el libraco en conjunto, es aterrador. Si en lenguaje solemne y sentencioso me hubiera propuesto desarrollar en él un tema cualquiera único—así enseñara el modo de dirigir los globos ó diera cima al hallazgo de la piedra filosofal,—á fe que no encontrara fuerzas en mi osadía para invitar como invito aquí muy atentamente (con súplica de no mandar flores ni coronas), á que me lean y estudien con algún cuidado los que no tengan cosa mejor en qué entretenerse. Por fortuna—como el título lo indica y su contenido lo demuestra—la obra es de lectura fácil y no exige atención persistente á quien recorra sus páginas.



En corta dosis, en estilo llano, sin pretensiones de ninguna clase y á la medida de los sucesos cronológicos, se ven aquí algunos apuntes y toques literarios, no pocas incursiones en la política de Colombia durante quince años, y muchos sucesos y personajes dignos de ser conocidos y apreciados en estos tiempos de sociología y psiquiatría.

«Colombia es una tierra de leones», nos dijo D. Rubén Darío por ahí en alguno de sus sonetos encomiásticos, que nosotros le hubiéramos agradecido mucho más si no lo deslustrara con ciertas alabanzas al traidor Rafael Núñez, la rata envenenada que aparece en este libro con algunas de sus hazañas mínimas. Bien entendido que el ilustre bardo nicaragüense habla por lo figurado, dando á comprender que los colombianos tienen del valor, de la nobleza y de otros atributos que le pertenecen al monarca de los bosques; pues no hay para qué memorar que nuestro puma calentano apenas si se presta á comparaciones de ninguna poesía; este puma inofensivo no es ni aun como *El tigre de Mátima* que campea en estas hojas, Leones y todo en la pelea,—como lo demostraron en Boyacá, Pichincha y Ayacucho, para ganar su independencia, y en su guerrear constante por un Gobierno asegurador del derecho, después que se independizaron,—ello es que su fama principal les viene á los que ya se llamaron neo-granadinos, más de su amor por las Letras, las Ciencias y las Artes, en la paz del bufete y del taller, que de su vocación por las batallas. Muchos pretenden que aun nuestro afortunado conquistador, D. Gonzálo Jiménez de Quesada, único letrado entre los jayanes que se aventuraron á descubrir y domar la virgen América, nos infiltró ese apego que tenemos á la letra de molde, al cultivo de los estudios clásicos del Derecho, de la Lengua, de la Filosofía y de otros ramos del saber, que florecen por Bogotá, Medellín, Tunja, Popayán, Cartagena y varias más de nuestras ciudades importantes.

Mucho se maman el dedo los que por estos trigos del Sena, del Manzanares y del Guadalquivir (como se llamó y ha debido seguir llamándose nuestro turbio Magdalena), creen que á las viejas colonias no ha penetrado la antorcha vivificante de las nuevas ideas. Que el correo y el telégrafo, el periódico y el libro no nos llevan hora por hora las pulsaciones de esta vida moderna, los adelantos de sus ciencias, los productos de sus artes, los frutos de sus ingenios, en cuatró por lo menos de las lenguas vivas que se disputan los dominios de la información y la difusión de los conocimientos humanos; así como el último fusil perfeccionado y el postrero figurín de la moda elegante. Las plumas de nuestros avestruces, paujiles y guacamayos, con que los viejos caciques se adornaban y tapaban sus vergüenzas, según testimonio de Bernal Díaz (aunque dice también que algunos lleva-



ban esas cosas al aire), hoy las usamos, tajadas, en el diario debate de la prensa, en la polémica religiosa («estos indios americanos son propensos á la herejía,» decía en informe al Rey el Arzobispo de Bogotá Martínez Compañón), en el alegato forense, en los discursos académicos y en las más intrincadas disquisiciones filosóficas, filológicas, históricas y de práctica utilidad científica. No estamos dormidos, no, los que demoramos al pie de aquellos Andes, ni muertos tampoco, ni mucho menos enterrados. Hasta el más tosco de nuestros ganaderos, ó plantador de café, cacao, caña de azúcar y tabaco; hasta los mineros que dejan sus socavones y pasan al Viejo Mundo á gastarse algunos reales y á buscar maquinaria, (que ya en Antioquía fabricamos casi como en San Luis de Missouri), saben su poco de Geografía y chapurrean el francés y el inglés. No vienen por aquí con la sandez nativa de estos europeos, que en saliendo de su casa se les acaba el mundo y ya dudan (si jamás lo supieron) que Madrid es capital de España, Lisboa de Portugal y Andorra la Vieja de Andorra la República. La división del trabajo y el hambre en dosis esquelética, hacen de los europeos en general unos ignorantes que humillan. Sacados de su pegujal y de la casilla estrecha de su tracamundana para procurarse el garbanzo, da grima oírlos desbarrar en cualquier materia que toquen. Lectores asiduos (los que saben leer por Francia y Suiza) de los periódicos más ridículos y tontos, los escándalos de sus príncipes, la chismografía de los conserjes, el último robo y la última payasada de algún sujeto á la moda, son sus delicias (1).

.....

.....

.....

Precisamente los compatriotas de Gasparone y de Candiani, que van ahora por allá, buscando olletas *per componere*, han sido los mejores suplefaltas de los españoles en la función darwiniana que nos viene amalgamando y socializando á ojos vistas, sin que el colectivismo ni el mormonismo tengan nada que hacer con esta integración del individuo en la individua; pues la poligamia, ó colección de mujeres al servicio de un solo gamo, sí es cosa prohibida en el falansterio andino. Por supuesto que muchos españoles no leían la Biblia, ó llevaron de su parroquia natal la costilla prolífica indispensable para tomar con provecho el decúbito propicio después de la cena. De que se sigue que allá también hay raza pura de los nietos de Tubal y D. Pelayo; con la gran ventaja de que en aquellas planicies abastecidas y sobrellanos deleitosos la ralea ha mejorado, tiene más sustancia gris en el cere-

(1) Por falta de espacio suprimimos aquí un fragmento de este prólogo.



belo, y unos ojos, y un mirar, y unas crenchas, y un meneo, que... del Alcázar á la Eritaña y del puente de Toledo á Chamberí apenas se ven como esa. Solo que no siempre los especímenes que mandamos á figurar por acá han dado completa la vuelta de Gumilla, ni sus taitas dejaban la Biblia de la mano; pero podéis creer á ojo dormido que no toda la maleta es de hojas ni todo el monte es orégano. En fin, sábese ya que la cuestión de razas es un viejo lugar común de la ignorancia y la vanidad, apachurrado hoy por la ciencia positiva; y que propiamente no hay una raza española, si no es apenas flujo de variadas gentes que aquí nacen y aquí viven, pero que al transplantarlas al Trópico ó al Polo toman las modificaciones consiguientes al medio ambiente que las nutre y en que se expanden.

¿Qué hay del Pirineo á Calpe? ¿Celtas, fenicios, cartagineses, romanos, godos, vándalos, moros, gitanos, judíos, ó qué? ¿Sois los descendientes de Gerión el africano, ó de Hércules el griego, ó de Tubal el palestino? ¿Plantó Hércules la rama bendecida del Jardín de las Hespérides en esta Bética hermosa? Si pues la desaparecida Atlántida os dejó aquí lo mejor de sus entrañas, y por eso fué de aquí de donde partió Colón á recuperarla para el cetro de Castilla y de León, ¿por qué luego la desconocísteis y repudiásteis? Si cataclismos físicos nos apartaron en la noche grandiosamente bella que sueña la poesía, los cataclismos morales de estos tiempos turbios que vivimos, ¿no son hechos para estrecharnos en el abrazo fraternal de dos gemelos de la madre Tierra que luchan angustiados contra otros titanes que quieren desposeerlos y uncirlos á su yugo?

Desde esta altura á que nos eleva el prodigioso poema de Verdaguer, aparecen mezquinas é insensatas nuestras viejas querellas hispanoamericanas. Títulos de la conquista, agravios de la colonia, quejas de la independencia, desaparecen ante mayores necesidades y más premiosas razones, que la actualidad prosáica nos pone por los ojos. Todos los espíritus videntes de nuestra procerca estirpe, de nuestra lengua sutil, fosforescente de armonías, nos llaman á la unión, á la concordia y al esfuerzo común, prolongado y sostenido, que para conservar las preeminencias ya obtenidas y para impetrar otras nuevas debemos ejecutar con paciente valentía. Somos ochenta millones de hombres los que sabemos conjugar el *ama tú* y *amad vosotros*, ese verbo sonoro de la más atrayente simpatía. Por sobre todos los vínculos rotos—que debían romperse al andar de los tiempos, porque no eran naturales—nos queda éste de la lengua, que jamás ha de soltarse, precisamente porque todos los intereses legítimos, todas las tradiciones respetables y todos los esfuerzos comunes y persistentes tienden á su conservación y mejoramiento, antes que á su ruina y desapari-



ción. Doctos profetas en las cosas del pasado, pacientes anticuarios en las minucias del lenguaje presente, quisieran advertirnos del naufragio próximo á que esta Atlántida moral—la lengua castellana—está próxima á sucumbir. No lo aciertan esos augures del desencanto. Los provincialismos é idiotismos americanos no matarán el habla de Castilla, como no la han matado en la propia España los provincialismos é idiotismos—y mucho más—de que se vió rodeada y combatida aquí mismo desde los limpios pañales de su cuna. Como no han matado á la lengua de Rabelais los varios y extendidos dialectos entre los cuales ha crecido y se ha desarrollado hasta la perfección que alcanza. Y lo mismo pudiera decirse, con más razón quizá, del italiano, del alemán y del inglés, etc. La lengua castellana—tal como la habla y escribe la *gente educada*, y no los *deshollinadores* de Galicia, los *golfos* del Rastro, los *gauchos* de la Pampa, los *guajiros* de Cuba, los *rotos* de Chile, los *cholos* del Ecuador, Perú y Bolivia, los *guaches* de Bogotá, los *jarochos* de México y los *quéqueres* de las costas Caribes—es la que usan y cultivan, leen y escriben los mejores millones de hombres de las varias nacionalidades hispanoamericanas, la que sus gobiernos sancionan con su autoridad, sus sociedades sabias generalizan y propagan, sus autores eminentes embellecen, y cantan y subliman sus poetas. La hojarasca muerta del arcaísmo apenas si se acrecienta por la desuetud en tan vastos dominios; que antes muchas veces resucita con donaire, y el neologismo técnico es savia que á todo el árbol aprovecha; en tanto que la diversidad vulgar, que al otro ofusca en la cáscara del tronco, le ha sido compañera desde que fué arbusto y no empece á su estructura espinal y sus raíces, vivificantes y perennes. La tendencia no es á la confusión de Babel, aunque agrupaciones rebeldes y retrógradas pugnen por suplantar el lazo y vínculo de la universalidad, con la mezquina y estrecha lazada de su campanario. Si el flujo y el influjo de las gentes civilizadas y educadas es lo que está llamado á preponderar, y esas gentes reconocen á una la conveniencia, la importancia vital de estrechar y mantener el nexo primario de su unidad, correspondencia y armonía, en lo moral é intelectual; no serán, sin duda no, las extravagancias y peculiaridades de cada regionalismo—aquí de la ley del medio en otra de sus fases—y los errores y resabios del vulgo y uno que otro literato decaído y decadente, los que destrocen y esparzan á los cuatro vientos la creación en que pusieron mano, comunicándole alma y vida de inmortalidad, genios que siguen siendo estudiados, traducidos, anotados y comentados en todas las latitudes donde brilla una lámpara encendida, y que continúa recibiendo culto fervoroso de sabios y poetas y escritores, que compiten—al recobrar la libertad de criterio é investigación que funestos erro-



res les habían robado, cortando el vuelo á nuestra inventiva prodigiosa—con los que en otras naciones y otras lenguas prosiguen el noble empeño de dominar los elementos y señorear los campos de la imaginación y la belleza...

Noto con gusto que me voy andando por los cerros de Úbeda, metiéndome en berenginales de arte mayor y levantando mucho ruido, como la gallina de la fábula, para el huevo movido que anuncio haber puesto á la disposición del lector en estas páginas. Las materias esbozadas atrás me han servido de peldaño apenas para subirme á declarar que yo soy, á estas horas, un *Ibero-Americano* convencido; que no se me ocultan del todo los motivos y pretextos que hasta hace poco nos han mantenido como perros y gatos á los españoles de acá y á los españoles de allá, con daño manifiesto de nuestros intereses recíprocos; y, en fin, que reputo perfectamente fósiles, y en tal concepto improcedentes y ñoños, los vínculos de raza, religión y otros, que han desaparecido ó pueden y deben desaparecer—en el libre examen y libre pensamiento á que aspiramos, como condición indispensable de vida y de progreso—para dar la preferencia que se merece al más fuerte de todos y más grato, este gluten de la lengua y habla, que nos compacta y confunde en un solo parche cervantino entre el mapa de todas las naciones.

Sentados á una misma mesa, á bordo de un mismo buque, en el compartimiento de un mismo vagón, si por acaso los sonidos que podamos articular con nuestro gáznate no hallan eco simpático en la oreja del vecino, y su gáznate nos sale con alguna diablura gutural, antípoda de nuestra labidental pronuncia, ¡adiós banquete! ¡adiós viaje!, ¡adiós demonios! Si nuestro corresponsal en el comercio no entiende ni aun los números arábigos, ya estamos frescos. ¡Acordaos del que pidió á Tetuan dos ó tres monas y recibió á poco un cargamento de 203! Y cuidado, que el comercio es todo el mundo moderno, desde el de cacharros y baratijas hasta el de máquinas infernales, libros, periódicos y entregas, novenas, oraciones y amistades. En el brujuleo del daca y toma, quien más mira menos ve, poco medra quien adula. El que más gana es el que sabe insinuarse mejor y presenta la mercancía de un modo más halagüeño, de suerte que *se entiendan bien* las razones del peso, número y medida que han de producir el cambalache; intercambio, que dicen los del oficio. Desde este punto de vista—y desde todos los otros hasta los treinta y dos de la rosa de los vientos,—la ventaja de nuestra lengua uniforme y clara y expedita y dócil, ¿quien nos la puede quitar? Nadie, si no fuere nuestra propia culpa suicida. Hay, pues, conveniencia suma en que todas las nacionalidades hispanoamericanas cultiven y cuiden como heredad valiosísima este vehículo de



relaciones fáciles, de intercambio corriente, de fruiciones y placeres intelectuales que son más de la mitad de la vida; sin perjuicio de enriquecerlo, con tiento y tinos idiomáticos, del mayor número de vocablos bien formados, verdaderamente nuevos y necesarios, por ser nuevas las cosas, hechos ó acciones que con ellos se designen (pues casi siempre la ignorancia osada de lo propio pide al extranjero lo impropio), y sin perjuicio de estudiar y aprovechar las otras lenguas cuanto lo requieren el acercamiento y trato de gentes extrañas que tocan la trompeta de otro modo.

No creo que los ímpetus de independencia y soberanía mal entendidas, ni los anhelos de novedad y rareza, ni siquiera la presunta y ya propuesta simplificación de la Ortografía, ó el desprecio interesado que algunos filsofantes manifiestan por la Gramática, justifiquen ni cohonesten—ante las ventajas que la unidad y la uniformidad nos proporcionan—ciertos pujos disolventes que, en España mismo y en América, suelen exhibirse aun por gentes de muy refinada cultura y muy progresistas pretensiones; sin caer en la cuenta de que el progreso en esta materia, y el patriotismo también, no están en la división anárquica, cuyo emblema es la Babel legendaria, mas en la posible unidad y gobierno de la lengua por los que en ella son autoridad, forman uso y conspiran á ser árbitros y jueces acatados y obedecidos. De aquí el gran mérito de las Academias creadas en casi todas nuestras capitales, como dependencias de la matritense, y de los sabios filólogos que, como un Bello inmortal y un Cuervo insigne y algunos otros, han legislado con provecho para toda la colectividad, y dado el ejemplo, en sus propias obras, de cómo puede servirse y engrandecerse la patria nativa, esplendiendo al mismo tiempo los puros rayos de su saber á cuantos son los ángulos del planeta en que se oye el español.

Dejando, ahora sí, estas divagaciones, vuelvo á mi libro, para decir con la mayor modestia que no vale gran cosa; pero que creo haberlo escrito en castellano del que se usa corrientemente por Bogotá y Medellín, donde fueron publicados los artículos que lo componen. Buena base, entre otras, tiene para su gran porvenir aquella mi querida Colombia, con haber conservado en relativa pureza la lengua de Jiménez de Quesada. Nuestros mismos indios reducidos y el pueblo en general, desde Casanare á Panamá y de Riohacha á Pasto, hablan el propio idioma, que si ellos enriquecen con voces y modismos á las veces útiles y donosos, tiene como rectores y maestros á todas las clases sociales medianamente cultas, que van á las escuelas y liceos, y á las más atildadas y no nada circunscritas que frecuentan los colegios y universidades, discuten en la prensa y en los clubs y publican libros, periódicos y revistas, si no de lo primero por



la substancia, recomendables al menos por el culto que en ellos se rinde á la lengua de nuestros mayores.

La vida en aquellos países es más abierta, nómada y variada que la de por acá. El amplio espacio territorial en que podemos movernos, las industrias nuevas y llamativas en que podemos ocuparnos, desde la del *huaquero*, que en los *patios* de indios (sus viejos cementerios) revuelve y cava, con cierto método y arte, la tierra de las *huacas* ó supulturas, en busca del codiciado metal, hasta la del minero á la moderna, que descubre, denuncia y titula un filón ó un yacimiento, monta hornos y molinos, y se arma ó se quiebra en un santiamén; lo desparramadas que están las poblaciones, y la carencia de vías férreas que las compenetren; el mismo espíritu de aventura, heredado quizá, de que por allá estamos poseídos, por el cual desdeñamos la inactividad cansona del rentado preferimos los azares de las empresas arriesgadas antes que inmovilizarnos en la rutina especialista; todo eso, imagino, contribuye á que nuestra producción literaria no sea todavía de lo más profunda y aliñada, como que tampoco la tenemos por profesión ni la estimamos como objeto preferente de la vida y título bastante al aplauso y gratitud de nuestros conciudadanos. Al contrario, el tipo del literato, del poeta de oficio, casi no existe apenas en aquellas regiones. Se cultivan las letras, se hacen versos, se publican verdaderas poesías, de fondo y forma sustanciosos, en los ratos perdidos que dejan las profesiones, ó las industrias, ó las empresas en que se va hilando la madeja de la vida. Nadie lucra con Apolo, ni hay gobiernos que concedan canonjías y sinecuras desde donde se puedan acechar por años el enredo de una novela, la intriga y argumento de un drama ó un poema. Y, en suma, el público no es hoy por hoy tan numeroso y entusiasta que pueda sostener á sus autores nacionales; teniendo, como tiene, por fortuna, al alcance de la mano las obras que nos envía la antigua metrópoli, si no siempre bien pensadas, á las veces escritas con arte encantador.

El autor responsable de estos artículos—que ya ha perpetrado otros libros, hasta de *Poesías* nada menos—es abogado de profesión, ha sido político por deber en el país democrático y representativo á que pertenece, y la agricultura, la minería y la pesca con barbasco no tienen para él secretos. Revolucionario últimamente, por necesidad patriótica, el que lea estos brochazos se habrá de persuadir que abogó siempre en su patria por la paz, por el respeto á la ley, por la disciplina de los partidos como medio eficaz de inteligencia incruenta entre las aspiraciones y tendencias encontradas, por la creación de rentas para el Fisco y su honrada percepción é inversión, y por la defensa de la soberanía é integridad de la Nación en sus relaciones con las otras. Es, pues, el autor de este



libro, con todo y su adhesión al libre examen, con todo y no creer en que el clero deba gozar de gobierno temporal sobre nadie ni sobre nada, y sosteniendo que el centralismo es malo y la federación sabia y justa, y... muchas cosas más; es, digo, el autor de este libro un espíritu gubernamental, disciplinado y autoritario, aunque las gentes que en Colombia representan esos elementos políticos y fuerzas protectoras, lleven ahora el nombre de *liberales*, y demagogos fanáticos hayan usurpado el de *conservadores*; y aunque hayan sido aquellos elementos los que se vieron constreñidos á lanzarse en la última terrible revolución y guerra civil, que acaba de pasar... para no volver nunca.

Los papeles se trocaron en aquel país, de 1835 en adelante. La falta de un sufragio popular, libre y garantido, que permitiera el juego y alternabilidad de los partidos en el poder, ó por lo menos la representación en él, de un modo equitativo y proporcional, de los matices políticos acentuados; esa falta grave, hija de la soberbia y mala fe de los partidos en el mundo, obligó alternativamente á liberales y conservadores (antiguos santanderistas y bolivianos) á recurrir á las armas, en guerras fratricidas, ora como protesta á vejaciones continuadas, ora como único recurso para obtener alguna participación en la gerencia de los asuntos públicos.—De estas guerras, y de peores y más frecuentes zafarranchos, han sido teatro y víctimas todos éstos viejos países europeos, que ahora se asombran con tal gentileza de que por allá nos rompamos la crisma de vez en cuando, por sagrados derechos tutelares, en vez de adormecernos suavemente en la tiranía de bandidos de aventura y de partidos insolentes, con tal de mantenerles á los exanseáticos del Elba (que hoy gimen bajo el tacón de Guillermo y su *zollverein* imperial), á los zaraceros de Manchester, á los ferreteros yaquis y á los perfumistas y judíos franceses el mercado seguro de nuestro consumo nacional...

Pero ambos partidos eran en Colombia legalistas, amigos de la realización del derecho por medio de la ley escrita, votada por el Congreso soberano, mandada ejecutar por otro poder electivo, alternativo y responsable, y aplicada por un poder judicial, electivo también para períodos determinados, é independiente en su acción, casi siempre sabia y justa y expedita y barata y accesible á todo el mundo, sin grados, diplomas ni cortapisas. Constituído el país en una Federación de nueve Estados, cuyos gobiernos seccionales eran manejados por los dos partidos, había una ponderación benéfica en el gobierno federal; resultante de la emulación de métodos y sistemas y personas. Las guerras civiles no faltaron desgraciadamente, y fué el partido conservador el más responsable de ellas; pero esas guerras fueron en lo general locales, y su estrago pasajero. Para 85 todo el país que-



ría ya la reforma parcial de la Constitución, de modo de asegurar mejor el derecho de todos y el orden público de un modo inenmovible.

¡Ay! por desgracia para la nación, y así como en el *Orto* de Longfellow

•Surgió del hondo mar embravecido  
Un viento vagabundo,  
Diciendo á las tinieblas: Recogéos!  
Que ya despierta el mundo•,

así surgió para Colombia uno de los arbitristas y fantasmones políticos más luctuosamente depravado que las sombras del caos hayan podido botar jamás sobre un pueblo para esparcir en él tinieblas y desolación. Todo cayó bajo el hacha demoledora vandálica: Federación, Poder legislativo, Poder judicial, Corte de cuentas, Código fiscal, Tesoro y Hacienda públicos, Moneda del país, oro y plata, sustituida por papel moneda de curso forzoso, sin libertad de estipular en las transacciones otra especie que el maléfico papel; abolida la libertad de la prensa y perseguidos con encarnizamiento feroz los escritores públicos; prohibida la discusión de asuntos económicos, con el pretexto de hacer á la moneda oficial inatacable; declarado irresponsable, constitucionalmente, el gran responsable ó el teniente que ejerciera sus veces, y ungidos todos ellos como «providenciales», llenos de cordones y placas de órdenes religiosas; así, y del modo como en parte mínima se verá en este libro, ejercieron por quince años «rapiña y proscripción», cual se muestra en el artículo *Flores del mal*, que resume algunas de las fases de aquella situación. Para lograr estos fines, cuya sola enunciación aterra, el Demagogo cambió los nombres de los partidos. En ningún molde antiguo de la República podía tener cabida su engendro diabólico, ni partido alguno de honorables antecedentes podía engancharse, con bandera desplegada, en aquel bando de *condottieri*, organizados para saquear y empuñar y humillar á la nación. Surgió, pues, el partido «nacional», ó el «nacionalismo», de que fueron conductores intelectuales el Demagogo (de procedencia liberal) y un retórico monarquista (de procedencia conservadora), perdido de su rumbo en aquella democracia, secundados por gentes de armas tomar, militares de oficio (tales los compañeros del tirano Aguirre), cohibidos por la ola que los empujaba y nacidos al suelo y los honores del plumaje, y por la caterva novelera y rapaz de las bajas capas del conservatismo rijoso en crápula de desgobierno, cual sucede dondequiera que el poder oclocrático logra imponerse con astutos y desalmados corifeos. Ya para 1892 el partido *conservador histórico* se proclamó autónomo y se salió de la carlanca al grito de su jefe



el General Marceliano Vélez, á quien los liberales ofrecieron su apoyo. «¡Que se acaben la farsa y los farsantes!» fué el santo y seña de la coalición de los viejos partidos contra el híbrido nacionalista, quien respondió por boca de Carlos Holguín, que á la sazón ejercía el poder por cuenta propia y á voluntad de Núñez: «No nos declaramos vencidos sino cuando lo seamos real y materialmente»; es decir, toda apelación al sufragio (pues de eso se trataba) es absolutamente ineficaz é irrisoria. No quedaba otro camino que la guerra; sin embargo, se creyó en el *Hombre nuevo* (homo novus) que había sido escrutado por las bayonetas. Peor que peor. Seis años más de tiranía, opaca y macilenta, como que se ejercía por la vanidad en nombre de la ineptitud, remacharon los cerrojos á la esperanza. Vino la guerra al fin, como una protesta contra la ya inacabable humillación, contra el libertinaje de la dictadura perpetua, y si es verdad que los liberales no triunfaron materialmente, subiendo ellos al poder, al menos fueron ocasión á que el partido conservador histórico lograra un golpe de Estado y suplantara en el poder á los restos en descomposición del llamado «nacionalismo». Se entrevé ya como probable la reforma de las instituciones, mesurada y firme y eficaz, y el retorno de la nación y sus partidos al viejo derrote republicano, salvados como por milagro á un sistema y á unos hombres que entran todos en los cuadros de la psiquiatría y que no muy tarde serán historiados por mí en el libro que se merecen.

A esta guerra que acaba de pasar, contra la cual vomitan todas sus injurias espíritus miopes, panfilistas de gaceta y dómínes de corrillo; á esta guerra se deberá la extirpación de ese cáncer que devoraba lentamente á la República, la cimentación de una paz fecunda y duradera, basada en el reconocimiento de los derechos, en el cumplimiento de los deberes, y en la colaboración de los diversos partidos en el gobierno.

La experiencia ha sido decisiva para todos; que para todos sea la prosperidad á que espera Colombia en los tiempos mejores que ya el patriotismo vislumbra en lontananza.

Con ocasión de esa guerra vine á España y publico este libro colombiano. Rindo aquí pleito homenaje á la tierra de nuestros mayores, tan amable para nosotros, tan digna de estudiar y comprenderse. Saludo sombrero en mano sus Bibliotecas y Museos, siempre abiertos, francos, ordenados y pulcros sin rival é unrivalizables ni por Roma y Florencia, ni por Nápoles y París. Tiro el sombrero al viento para expresar mi asombro y veneración á los monumentos inmortales que el Arte Romano, Morisco, Gótico y Cristiano han acumulado á porfía en esta península gloriosa; y descojo mi pañuelo humedecido para decir adiós—ó hasta no lejano día—á



tantos y tan buenos amigos que aquí dejo, en quienes volví á encontrar los corazones abiertos, el acento vibrante de emoción y el gesto desdeñoso y querendón á la vez de los hombres de mi tierra, de las mujeres andinas, del solar sin fronteras en que nacen y se crían los hijos de la Atlántida encontrada y los hijos de la Hesperia genitora.

A. J. RESTREPO

Sevilla, Abril de 1903.





## LOS LIBROS

«LA NOVELA DE LA SANGRE» ... ..

... .. POR CARLOS OCTAVIO BUNGE

A la enorme labor que el meritísimo escritor argentino Sr. Bunge lleva realizada en sociología y arte, súmase hoy su reciente libro *La novela de la sangre*.

Vida intensa, desbordada, estallante, corre por sus páginas.

La nación argentina, dominada por el tirano Rosas, surge ante los asombrados ojos del lector, que ve desfilar, en pesadilla de sangre, tormentos, suplicios, martirios refinados y neuróticos.

El trágico histrión, á quien sus fieles llamaban «Héroe del desierto», aparece pintado con definitivas líneas. Y con él la sombría corte de Estanislao López, cruel inquisidor de indios; el fraile Aldao, que evoca la memoria de los curas facciosos, cuyas goyescas hecatombes llenan de horrores nuestras guerras dinásticas; de los bufones D. Eusebio y el P. Biguá. Estos diríanse dibujados por Velázquez. Son hombres de placer á la antigua usanza que, imbéciles y bestiales, servían para las bromas lúgubres «del ilustre restaurador de las leyes».

El libro de Bunge es, ante todo, una obra histórica de extraordinaria fuerza.

No hay en ella esa frialdad académica con que á veces ilustres escritores refieren terribles sucesos.

Anécdotas recogidas quizás de testigos presenciales, calor de pasión, hechos y detalles, dan a esta obra valor de realidad.

Sobre esa trama de la tiranía de Rosas, va bordada la acción novelesca, narración de una familia deshecha en las agitaciones políticas del período.

Hay en *La novela de la sangre* aciertos de artista.

En una ocasión escribe:

«El cielo mismo se empurpuró en aquella hora triste del crepúsculo, como si la sangre del sacrificio olímpico de alguna deidad adolescente generosamente se desbordase de lo alto con sus pétalos de nubes enrojecidas, diríase una imensa rosa sangrienta que se abría.»

El ojo del tuerto Taragut, aquel ojillo sanguinolento que relampagueaba de ferocidad, llega á ser una obsesión.

El lector siente la morbosa sensación del ojo que persigue á Riegis.

¡Lástima que el Sr. Bunge no cuide más su estilo! Escribe al correr de la pluma, sin corregir ni limar.



Su prosa va plagada de giros y palabras impropias usadas en América, pero que no son castellanas.

*La novela de la sangre* deja en el ánimo una impresión terrible.

La exuberancia de sangre que gotea, corre y se desborda por sus capítulos; el salvajismo oriental de las torturas que exceden á las referidas por Mirbeau en su *Jardín de los suplicios*, la violencia de los sentimientos, descubren una vida pujante y encrispada que subyuga.

El Sr. Bunge ha escrito un libro ~~cínico~~ de novelista honrado.

Es libro que luego de leerlo se guarda.

MELCHOR ALMAGRO.

..... HECHOS Y EXPLICACIONES .....

..... POR SPENCER .....

LA literatura científica modernísima tiene un carácter de vulgarización, de que ciertamente carecía la del siglo XVIII, reducida á los grandes filósofos de aquella época. Es bastante más fácil leer á Spencer ó á Nietzsche que á Wolf y á Kant. Por esta razón, junto con otras, la literatura científica actual llega á mayor número de lectores. La obra de Spencer es casi popular. Pero con todo, yo pienso que la representación que hoy tiene en el mundo el ingeniero y filósofo inglés, no es la suficiente, con ser mucha.

La gran personalidad de Spencer, la enorme pujanza de su doctrina, su grande sistematización, lo acabado y completo de su obra, unido á la valentía y originalidad, son datos que inducen á pensar que la literatura que en derredor de Spencer ha de crearse sea siquiera comparable con la de Kant.

Es siempre sensible que se nos anuncie la retirada de los verdaderos hombres de ciencia; pero yo no creo en ella. Cuando en el cerebro bullen las ideas con fuerza creadora, es punto menos que imposible no parirlas. Como necesidad espiritual, es un acto en lo psíquico tan natural y necesario como en lo fisiológico. Habría, pues, que pensar que Spencer no ideaba.

La elaboración sistemática de elevar á conceptos y categorías necesarias y justificadas los elementos componentes de la realidad contemporánea de autor en su sentido doble, subjetivo y objetivo, es el trabajo que en estos tiempos ha sabido realizar de un modo que deja atrás todo elogio Herbert Spencer. Esta tarea y no otra es la que en todo tiempo fué obra de los grandes filósofos, de los grandes artistas.



No hay nada más griego que la República de Platón, aunque sea una utopía. La obra que mejor refleja los ideales, sentimientos, etc., de la Edad Media, es el libro del Dante.

Y bien puede afirmarse hoy que todo lo que tiene de utópico é irreal en cuanto objetividad, la labor de estos grandes hombres es únicamente las consecuencias lógicas que de ellas el autor ó los comentaristas derivan. Por eso, el anarquismo de Spencer es la deducción alargada del factor social vivo que ha recogido: el individualismo. Por eso Spencer, en anarquista (para los que tal le suponen, yo no pienso así, antes pudiera en él tener cabida la mejor justificación de la idea conservadora), puede ser el pensamiento sintéticamente fiel de las ideas predominantes hoy en la ciencia.

Su último libro no es una novedad en el sentido de una fase nueva de su pensamiento. Representa en su plan arquitectónico los últimos toques, la simple rectificación, un ajuste más de que toda construcción ha menester. Por eso todos los capítulos, como en seguida veremos, son ampliaciones y aclaraciones de sus diversos libros.

El capítulo que titula «Lamentaciones» es un trozo bellísimo, una aldea perdida. Al pronto parece roto el proceso de la ideación característica de Spencer, pero no hay tal; el actual estado que culmina en el industrialismo y militarismo es una fase del desenvolvimiento humano en que las generaciones actuales son sacrificadas en el proceso que tiende á mejorar la vida de las futuras. Por fin da Spencer también la nota común á todos los grandes hombres. Canta la excelencia de la vida elevada, de la vida moral, de la vida artísticamente religiosa, y considera este progreso de estadísticas, difusión de riquezas en que tantos hombres se pierden, como algo pasajero, como el sarampión de la vida.

«Reforma espontánea». Hoy, por fortuna, se va pensando que los cambios no se producen con las revoluciones. La revolución estrepitosa es la menor cantidad posible de revolución. Estos momentos son los menos importantes, por lo mismo que son los más llamativos. La revolución verdadera es cosa sorda, es la trama interior del complejo tejido social. Ya lo decía Taine. Spencer en este capítulo se ocupa de ello, y habla con un sentido histórico admirable. Es hoy una ridiculez pensar que el hombre de Estado puede adelantarse á su época, y que, á manera de práctico, desbroce el camino que á través de la selva de lo desconocido recorre el pobre rebaño humano. «La obra del gobernante que modifica las acciones de sus contemporáneos, se comprende con la evolución del gran cuerpo político mismo, del que aquellas no son sino accidentes».

«Sentimiento versus intelecto.»

No cabe duda; en la actualidad la instrucción está en:



crisis, si se la considera en este sentido de que voy á hablar. Desde los tiempos de la Revolución francesa hasta hace poco, existía la creencia de que el mejoramiento del hombre se realizaba mediante el imperativo que á la voluntad dictaba la inteligencia; aquélla era esclava de ésta; bastaba, pues, según esta concepción, instruir la inteligencia en un cierto número de verdades, para que el hombre obrara conforme á ellas. Este proceso, que venía al terreno filosófico político, lleva, como es natural, sus consecuencias á la política, y en ella tiene su raiz el concepto voluntarista del Estado, al que hoy se opone el orgánico. Esta teoría culmina en Rousseau. Los hechos han venido á desautorizarla, y Spencer, en este capítulo, lo hace de un modo magistral. «Se cree que la instrucción recibida en la escuela modificará á los niños, y, por tanto, á los adultos, en el sentido deseado. Se juzga que si los hombres saben lo que es justo, obrarán con justicia; que la proposición aceptada por la inteligencia es moralmente eficiente. En vano; esta presunción, contradicha por la experiencia diaria, está en desacuerdo con un axioma que también puede comprobarse diariamente». Luego explica Spencer cómo es preciso desarrollar el sentido moral, cuyo funcionamiento tiene una casi radical distinción de la inteligencia. Sólo mediante el cultivo de estos factores, cultivo unas veces paralelo; otras no, según los casos individuales, es posible la reforma en la conducta.

Como prueba de que la fe ilimitada en la enseñanza debe ceder ante la evidencia de los hechos, menciona Spencer el aumento de toda clase de delincuentes, el aumento de la criminalidad. Me parece que la consecuencia que se deduce de los datos de aumento de delitos para probar la crisis de la enseñanza, no es rigurosamente exacta. La enseñanza extensiva que hoy más se propaga, es totalmente instrumental; por tanto, lo mismo puede emplearse para bien que para mal; pero no es en esto en lo que más me apoyo para disentir de la opinión de Spencer; me apoyo en el gran número de delitos incorporados á los códigos, y que tradicionalmente se admitían como tales. Aunque no se heredó el hábito, empleando el lenguaje de Spencer, de reprobarnos, sirvan de ejemplo los delitos políticos, con los cuales la conciencia social suele transigir, muchos de contrabando y algunos más.

El libro de Spencer, en general, es un evangelio para la conducta.

FELICIANO ALVAREZ Y GONZÁLEZ



•• «MOISÉS», •• NOVELA DE RAMÓN

A. URBANO •• MADRID, 1903. •• ••

EL emperador de los hablitas españoles, nuestro gran Valera, en aquél ático y sustancioso escrito con que ofrendó á sus paisanos los cordobeses—también lo son míos—cuando en Mayo último celebraron una de esas cándidas fiestas provincianas en que las artes sirven de pretexto para que luzcan su habilidad y sus méritos... las modistas de ciertas muchachas aristócratas, en aquel trabajo—¡lástima de prosa tan galana para objeto de tan poca monta!—el maestro condena como pernicioso «*el prurito que sienten hoy muchos de los que valen ó creen valer algo, de abandonar el lugar que les vió nacer y de irse á Madrid en busca de reputación, de mando ó de influjo*». Condenadores de tales malandanzas, los poetas y prosistas andaluces viven casi todos apegados al terruño. La falange mayor de los que así obran, radica en Málaga.

Arturo Reyes, Díaz Escovar, Anaya, Sánchez Rodríguez, Urbano, trabajan en su ciudad con el mismo inquebrantable tesón de los héroes del último bizarro drama galdosiano, gastando sus energías de hombres y de artistas en el empeño nobilísimo de hacerla progresar, de metamorfosearla, de reivindicarla... Y ella, mimosa cuanto primero huraña, endulza con las mieles del olvido el amargor de aquél duro reproche que un hijo agraviado le escupió:

«Adiós, Málaga la bella,  
tierra donde yo nací;  
para todos fuistes madre  
y madrastra para mí.»

Uno de los malagueños más laboriosos, Ramón A. Urbano, acaba de enviar á este hervidero de la Corte un tomito elegantemente impreso, atildado, de lectura compacta...

«*El hombre camina ciego por el mundo, y hasta que no logra obtener por guía el amor que sueña, piérdese en un dedalo de amargura, y hállase á punto de caer en insondables abismos de locura y desesperación*». Estos renglones, los postreros del libro, sintetizan toda la historia lacrerante de los amoríos de Moisés, el protagonista de la novela. Su lectura deja en el ánimo una impresión triste, pero de una tristeza dulce, acariciadora, que lleva en sí misma los rosicleres de la esperanza y del consuelo...

El proceso, complejo é intrincadísimo, de la pasión que á Moisés le conduce al trance fiero de oponer á su frente el anillo negro del cañón de un revólver, está hecho de modo muy discreto, con más aciertos que errores, así



como la pintura de los personajes. Unos y otros, todos, se mueven y viven en un ambiente apropiado.

Aparte algunas máculas disculpables y cierta puerilidad en el manejo de los resortes del interés, hay en la novela de Urbano páginas muy felices, descripciones bien apuntadas, trozos de una realidad grande y muchos otros de una poesía sana, sencillamente hermosa.

Observador perspicaz, Urbano sabe reproducir sus impresiones en un estilo correcto, sencillo, sin alambicamientos ni quintaesencias, sin pompa de adjetivos ni las brilladoras sartas de lentejuelas—entiéndase imágenes—con que solemos los andaluces acicalar las prosas y los versos.

En suma, la nueva novela del meritísimo malagueño, robustece la reputación que *Fortaleza* le conquistó.

JULIO PELLICER.

## LIBROS RECIBIDOS

SPENCER: *Hechos y explicaciones*. Librería de Victoriano Suárez. Madrid, 1903.

MARTÍN HUME: *Espanoles é ingleses en el siglo XVI*. Librería de Victoriano Suárez. Madrid, 1903.

EDUARDO DE LUSTONÓ: *Cancionero de amores*. Librería de Victoriano Suárez. Madrid, 1903.

MAURICIO LÓPEZ-ROBERTS: *El Porvenir de Paco Tudela*. Imprenta de A. Pérez y Compañía. Madrid, 1903.

ARMANDO DE L'INIERS: *Sully*. Librería del «Heraldo de Madrid», 1903.



## ❖ NOTAS DE ALGUNAS

### REVISTAS ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

ANDRE le Breton publica, en uno de los últimos números de **La Revue de Paris**, un extenso artículo, en el que trata de investigar los orígenes de la novela que él llama balzaciana.

No hay nada más interesante en historia literaria—dice Andre le Breton,—que las cuestiones de orígenes. A propósito de Balzac, se acostumbra á plantear el problema en tal forma, que parece casi insoluble. Se considera á Balzac en la época de su apogeo, hacia 1833 ó 1834, en el momento de publicar sus obras maestras de arte realista, *Eugénie Grandet*, *Le médecin de campagne* y *Le Père Goriot*, parece creerse que comenzó su vida literaria con estas obras; y poniendo entonces frente á ellas las novelas románticas del primer Imperio ó las históricas de la Restauración, se exclama: «¡Esto no se parece á nada! ¡Esto es la creación de un arte nuevo! ¡Esto es prodigioso!...»

Prodigioso, ciertamente; el genio siempre lo es; pero también el genio tiene siempre sus raíces en el pasado, tan lejano, tan original, que es muy posible que se llame el tal origen Shakespeare ó Molière, Rousseau ó Lamartine; el genio debe siempre algo á alguien.

Extiéndese después el articulista en consideraciones acerca del origen de la novela popular en Francia—que data, según él, de la Revolución,—para demostrar que ésta y no otra es la fuente de toda la obra del gran realista; y para convencer al lector de que así es, en efecto, examina una por una las primeras novelas del autor, y las compara con otras novelas populares. De este minucioso y documentado examen resulta que *L'Heritière de Bizague*—primera novela de Balzac,—es una imitación feliz de otra titulada *Cœina*, salvo que la acción sucede en tiempo de la regencia de Catalina de Médicis; *Jean-Luis ou la Fille trouvée* es copia de una obra original de Rigault-Lebrun; *Le centenaire ou les deux Beringheld* no es más que fiel reflejo del *Melmoth*, de Maturin, y así sucesivamente.

El curioso análisis de Andre le Breton debiera ser el comienzo de una serie de artículos, por medio de los cuales llegaríamos á conocer las raíces de toda la novela francesa desde Balzac hasta Bourget.



**E**N *La Revue* publica Jorge Pellisier un interesante artículo acerca de la cuestión Dreyfus y la literatura francesa.

Mauricio Murat escribe acerca de los novelistas jóvenes de Italia, Corradini, Albertazzi y Ojetti.

Estos tres escritores caracterizan, según el Sr. Murat, las modernas tendencias de la novela italiana, que ya no se limita á narrar solamente, sino que tiende á revelar, bajo sus diferentes aspectos, el «alma tumultuosa de nuestra época».

**S**ALVADOR Canals, estudia en *Nuestro Tiempo* la vida de la iglesia católica durante la soberanía de León XIII, la personalidad del difunto Pontífice, bajo los diversos aspectos de sacerdote, poeta-humanista, sociólogo, etc., y hace su biografía acertadamente. Y termina su trabajo con estos párrafos, en que se condensan todas las principales ideas del artículo:

«El catolicismo hállase, en todas las naciones católicas, en visible decadencia. No es solamente que no ensancha el campo de acción, sino que éste, día por día, se contrae y merma. Mire cada cual á su alrededor, busque el catolicismo en la conducta constante, no en actos momentáneos y rutinarios, y comprenderá la terrible verdad que contiene la brutal paradoja de Anatolio France: «El catolicismo sigue siendo la forma más elegante de la indiferencia religiosa».

Pero no es esto—á juicio del Sr. Canals—imputable á la política de León XIII, sino á que León XIII no ha sido secundado. No se aprovechó el momento oportuno, y el egoísmo de «los llamados á dirigir las conciencias» de los católicos hizo verdaderos estragos. Eso en lo que á Francia respecta. En España ocurrió lo mismo, y en vez de aprovecharse el gran espacio de tiempo en que la propaganda anticlerical era escasa, se dedicaron los religiosos á aumentar con visible imprudencia el número de sus establecimientos, «con gravísimo daño para la causa de la Iglesia, y sobre todo para el interés supremo de la religión».

El Sr. Canals, dando pruebas de un gran instinto de artista, ha elegido, para presentar la figura venerable del pontífice, ese admirable retrato escrito por la maravillosa Severine:

«León XIII se parece á los modelos del Perugino y á todos esos retratos que se ven en los cuadros religiosos, en la vidriera de las antiguas catedrales, arrodillados, de perfil, con hábitos de lana, largos los dedos, que se enlazan humildemente, en las apoteosis, en las natividades, en el triunfo de los santos y en la glorificación de Dios. Paréceme encarnar las armas de su casa, el blasón de los Pecci, con el talle tan esbelto y tan altivo como el



pino que en forma de I se destaca sobre el cielo azul, y con aquella claridad de sus ojos, claridad de estrella matutina, precursora del alba, que tiembla en la copa del árbol heráldico. Pero tanto casi como el rostro, atraen y retienen la atención aquellas manos largas, finas, diáfanas, de incomparable pureza de dibujo, manos que parecen, con sus uñas de ágata, *ex votos* de precioso marfil, sacados de su estuche para alguna fiesta solemne. La voz es como lejana, desterrada por la costumbre de la plegaria, más habituada á subir hacia el cielo que á bajar hacia nosotros; y sin embargo, en la conversación, á nosotros vuelve con remembranzas de entonación mayor, que interrumpe en ella la melopea gregoriana.»

NOTA. Por falta de espacio ha sido preciso retirar en este número, entre otros originales, la continuación de *El Porvenir de Paco Tudela*.





❖ ❖ HELIOS ❖ ❖

❖ AÑO I ❖ TOMO II ❖

❖ ❖ 1903 ❖ ❖ ❖

ÍNDICE DE AUTORES

	<u>Páginas.</u>
FRANCISCO ACEBAL	
La guerra.....	182
ALVARO DE ALBORNOZ	
El contrato colectivo de trabajo.....	51
Armonías económicas y lucha de clases.....	218
MELCHOR ALMAGRO	
Los libros.....	624
FELICIANO ALVAREZ GONZALEZ	
Los libros.....	625
S. Y J. ALVAREZ QUINTERO	
La zahori.— <i>Entremés</i> .....	140
JACINTO BENAVENTE	
Por qué se ama.— <i>Comedia en un acto</i> .....	394
Los favoritos.— <i>Comedia en un acto</i> .....	526
R. BLANCO FOMBONA	
Las modernas danzas viejas.....	230
CARLOS CAMBRONERO	
Las tonadillas interrumpidas.....	472
JOSE CARNER	
Cuento de lobos.— <i>Un acto</i> .....	276
RUBEN DARIO	
Un Soneto á Cervantes.....	166
VIRIATO DIAZ PEREZ	
Por la España ignorada. Atienza.....	483
EDUARDO FERREIRA	
Los libros.....	505



	<u>Páginas.</u>
GIL FORTOUL	
Mas allá.....	486
BERNARDO G. DE CANDAMO	
Los libros.....	503
ANGEL GANIVET	
Epistolario.....	35, 257 y 544
ERNESTO GAUBERT	
La misión del teatro al aire libre.....	361
RAMÓN DE GODOY	
El tapiz.— <i>Poesía</i> .....	566
EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO	
Filosofía del juego.....	156
PEDRO GONZALEZ-BLANCO	
Alberto Samain.....	64
Los libros.....	45 y 244
URBANO GONZALEZ SERRANO	
Silencio.....	3
ANGEL GUERRA	
Fuera de España... ..	291
HELIOS	
Glosario del mes.....	89, 210, 336, 458 y 585
MARTÍN HUME	
Declaraciones .....	604
JUAN R. JIMENEZ	
Los rincones plácidos.....	162
Pablo Verlaine y su novia la luna.....	301
Un libro de Amado Nervo....	364
Nocturnos.— <i>Poesías</i> .....	431
Los libros.....	118 y 501
MAURICIO LOPEZ-ROBERTS	
El porvenir de Paco Tudela.....	80, 197, 322 y 449
ANTONIO MACHADO	
Poesías.....	390
MANUEL MACHADO	
Caprichos.— <i>Poesías</i> .....	305
Un paseo y un libro.....	465



	<u>Páginas.</u>
<b>JUAN MARAGALL</b>	
Una carta.....	470
<b>G. MARTINEZ SIERRA</b>	
Algunas consideraciones sobre los versos de Nuñez de Arce.....	29
De como el arte en esta tierra no acierta á reir..	308
«El poble gris».....	385
Los libros.....	370
<b>ENRIQUE DE MESA</b>	
Egloga.....	78
<b>MARGARITA M. DE MONTERREY</b>	
La mujer en el siglo xx.....	96
Los antiguos moralistas y la mujer.....	235
Los libros.....	121
<b>CARLOS NAVARRO LAMARCA</b>	
Shakespeare. «Ricardo II».....	129 y 553
<b>MIGUEL DE PALACIOS OLMEDO</b>	
Los libros.....	249
<b>JULIO PELLICER</b>	
Los libros.....	372 y 628
<b>RAIMUNDO DE PEÑAFORT</b>	
Literaturas del Norte.....	100
Opiniones sobre la literatura escandinava.....	106
Los libros.....	121
<b>RAMÓN PEREZ DE AYALA</b>	
La Dama negra. — <i>Tragedia de ensueño</i> .....	14
Coloquios. — <i>Poesías</i> .....	270
Liras ó lanzas.....	513
<b>SANTIAGO PEREZ TRIANA</b>	
De como la lotería es una bendición.....	110
I a mancha negra.....	342
Ecos de Inglaterra.....	590
<b>ECA DE QUEIROZ</b>	
De la «Correspondencia de Fabrique Mendes»..	167
<b>MAURICIO ROLLINAT</b>	
Les plaintes. — <i>Poesía</i> .....	497



	<u>Páginas.</u>
<b>ANTONIO J. RESTREPO</b>	
Fuego graneado.....	612
<b>SALVADOR RUEDA</b>	
Campeñas— <i>Poesías</i> .....	522
<b>SANTIAGO RUSIÑOL</b>	
El mal de pueblo.....	149
Las viejas.....	425
<b>J. RUIZ CASTILLO</b>	
La pintura en la Exposición Universal de París, 1900.....	240
El poeta albanés Jerónimo de Rada..... 355 y	477
Veraneo de almas.....	601
Los libros.....	372
<b>EMILIO SALA</b>	
Modos de ver.....	70
La visión en el artista.....	186
Perspectiva aérea. Ambiente.....	313
La ejecución.....	577
<b>ALEJANDRO SAWA</b>	
Dietario de un alma..... 284, 436 y	570
<b>LUIS DE TERAN</b>	
Taisí se engalana.....	192
<b>CARLOS ARTURO TORRES</b>	
Los libros.....	119
<b>MANUEL UGARTE</b>	
Reflejos de París.— <i>Poesías</i> .....	10
<b>MIGUEL DE UNAMUNO</b>	
Vida y Arte.....	46
<b>MOSEN JACINTO VERDAGUER</b>	
Fragmentos de la ópera inédita «Canigó».....	137
<b>LUIS VALERA</b>	
De «Las andanzas del caballero Ramiro de Leyva».....	21



## INDICE POR MATERIAS

	<u>Páginas.</u>
<b><u>Crítica.</u></b>	
Algunas consideraciones sobre los versos de Nuñez de Arce, por <i>G. Martínez Sierra</i> .....	29
Vida y arte, por <i>Miguel de Unamuno</i> .....	46
Alberto Samain, por <i>Pedro Gonzalez Blanco</i> .....	64
Shakespeare. «Ricardo II», por <i>Carlos Navarro Lamarca</i> .....	129 y 553
Fuera de España, por <i>Angel Guerra</i> .....	291
De como el arte en esta tierra no acierta á reir, por <i>G. Martínez Sierra</i> .....	308
«El poble gris», por <i>G. Martínez Sierra</i> .....	385
Un paseo y un libro, por <i>Manuel Machado</i> .....	465
Liras ó lanzas, por <i>Ramón Pérez de Ayala</i> .....	513
<b><u>Poesía.</u></b>	
Reflejos de París, por <i>Manuel Ugarte</i> .....	10
Egloga, por <i>Enrique de Mesa</i> .....	78
Fragmento de la ópera inédita «Canigó», por <i>Mosen Jacinto Verdaguer</i> .....	137
Un soneto á Cervantes, por <i>Ruben Dario</i> .....	176 - 166
Coloquios, por <i>Ramón Pérez de Ayala</i> .....	270
Caprichos, por <i>Manuel Machado</i> .....	305
Paesías, por <i>Antonio Machado</i> .....	390
Nocturnos, por <i>Juan R. Jimenez</i> .....	431
Les plaintes, por <i>Mauricio Rollinat</i> .....	497
Campesinas, por <i>Salvador Rueda</i> .....	522
El Tapiz, por <i>Ramón de Godoy</i> .....	566
<b><u>Teatro.</u></b>	
La Dama negra.— <i>Tragedia de ensueño</i> , por <i>Ramón Pérez de Ayala</i> .....	14
La zahori.— <i>Entremés</i> , por <i>S. y J. Alvarez Quintero</i> ..	140
Cuento de lobos.— <i>Un acto</i> , por <i>Jose Carner</i> .....	276
Por qué se ama.— <i>Comedia en un acto</i> , por <i>Jacinto Benavente</i> .....	394
Los favoritos.— <i>Comedia en un acto basada en un episodio de «Much ado about nothing» de Shakespeare</i> , por <i>Jacinto Benavente</i> .....	526
<b><u>Novela.</u></b>	
De «Las andanzas del caballero Ramiro de Leyva», por <i>Luis Valera</i> .....	21



	<u>Páginas.</u>
El mal de pueblo, por <i>Santiago Rusiñol</i> .....	149
Taisí se engalana, por <i>Luis de Terán</i> .....	192
Las viejas, por <i>Santiago Rusiñol</i> .....	425
El porvenir de Paco Tudela, por <i>Mauricio López-Roberts</i> .....80. 197, 322 y	449
<b><u>Epistolario.</u></b>	
De <i>Angel Ganivet</i> .....35, 257 y	544
De la Correspondencia de <i>Fabrique Mendez</i> , por <i>Eça de Queiroz</i> .....	167
Una carta de <i>Juan Maragall</i> .....	470
<b><u>Varia.</u></b>	
Silencio, por <i>Urbano González Serrano</i> .....	3
Los rincones plácidos, por <i>Juan R. Jiménez</i> .....	162
Dietario de un alma, por <i>Alejandro Sawa</i> 284, 436 y	570
Pablo Verlaine y su novia la luna, por <i>Juan R. Jiménez</i> .....	301
Veraneo de almas, por <i>J. Ruiz-Castillo</i> .....	601
Moralejas, por <i>Rubin de Cendoya</i> .....	607
Declaraciones, por <i>Martín Hume</i> .....	604
<b><u>Estudios sociales.</u></b>	
El contrato colectivo de trabajo, por <i>Alvaro de Albornoz</i> .....	51
De como la lotería es una bendición, por <i>Santiago Pérez Triana</i> .....	110
Filosofía del juego, por <i>Edmundo González-Blanco</i> ..	156
La guerra, por <i>Francisco Acebal</i> .....	182
Armonías económicas y lucha de clases, por <i>Alvaro de Albornoz</i> .....	218
<b><u>Apuntes internacionales.</u></b>	
Por <i>Santiago Pérez Triana</i> .	
La mancha negra.....	342
Ecos de Inglaterra.....	590
<b><u>Pintura.</u></b>	
Por <i>Emilio Sala</i> .	
Modos de ver.....	70
La visión en el artista.....	186
Perspectiva aérea. Ambiente.....	313
La ejecución.....	577



	<u>Páginas.</u>
<b><u>Glosario del mes</u></b> .....	89, 210, 336, 458 y 585
<b><u>Información literaria.</u></b>	
Literaturas del Norte, por <i>Raimundo de Peñafort</i> ....	100
Opiniones sobre la literatura escandinava, por <i>Alfred Capus, Remy de Gourmont, Paul Adam, Henry Becque, Georges Brandés, Rachilde, Octave Mirbeau, Georges Ohnet y Marcel Prevost</i> .....	106
El poeta albanés Jerónimo de Rada, por <i>J. Ruiz-Castillo</i> .....	355 y 477
Las tonadillas interrumpidas, por <i>Carlos Cambronero</i>	472
<b><u>Fémina.</u></b>	
La mujer en el siglo XX, por <i>Margarita M. de Monterrey</i> .....	96
Los antiguos moralistas y la mujer, por <i>Margarita M. de Monterrey</i> .....	235
Por la España ignorada. Atienza, por <i>Viriato Díaz Pérez</i> .....	483
<b><u>Letras de América.</u></b>	
Un libro de Amado Nervo, por <i>Juan R. Jiménez</i> ....	364
Más allá, por <i>Gil Fortoul</i> .....	486
Fuego graneado, por <i>A. J. Restrepo</i> .....	612
<b><u>París.</u></b>	
Las modernas danzas viejas, por <i>R. Blanco Fombona</i>	230
La misión del teatro al aire libre, por <i>Ernest Gaubert</i>	361
<b><u>Los libros.</u></b>	
Esquisse psychologique des peuples européens, por <i>Alfredo Fouillée</i> .....	115
Le songe d'une nuit de doute, por <i>Eduardo Ducoté</i> ..	116
Justice et liberté, por <i>E. Goblot</i> .....	117
Jardín umbrío, por <i>D. Ramón del Valle Inclán</i> .....	118
Reminiscencias tudescas, por <i>Santiago Pérez Triana</i>	119
Odio, por <i>Alfonso Danvila</i> .....	121
Memorias de un idealista, por <i>Malwida de Meysenbung</i> .....	121
La pintura en la Exposición Universal de París, 1900, por <i>M. Rodríguez Codolá</i> .....	240



	<u>Páginas.</u>
Idee fondamentali di F. Nietzsche nel loro progresivo svolgimento: Esposizione e critica, por el <i>Doctor</i> <i>F. Orestano</i> .....	244
Einleitum in die philosophie, por <i>Wundt</i> .....	245
Logique, por <i>A. Castelein S. J.</i> .....	246
Le fonctionisme universel, Essai de synthese philo- sophique, por <i>H. Lagresille</i> .....	247
Claudina en la escuela, por <i>Willy</i> .....	248
De mi pais, por <i>Miguel de Unamuno</i> .....	249
Al cel, por <i>Mosén Jacinto Verdaguer</i> .....	370
Hilván de escenas, por <i>Gabriel Miró</i> .....	372
La sombra, por <i>J. Durbán Orozco</i> .....	372
Valle de lágrimas, por <i>Rafael Leyda</i> .....	501
Literatos extranjeros, por <i>Angel Guerra</i> .....	503
La rendición, por <i>Arturo J. Pastor</i> ...	505
La novela de la sangre, por <i>Carlos Octavio Bunge</i> ...	624
Hechos y explicaciones, por <i>Spencer</i> ,.....	625
Moisés, por <i>Ramón A. Urbano</i> .....	628
<b><u>Notas de algunas revistas.</u></b>	
La Revue....123, 251, 252, 255, 256, 377, 380, 512 y	631
L'Ermitage.....	124
La Plume.....125 y	384
Revue Bleue.....	125
La France á l'Etranger.....	126
Vida Moderna... .	126
L'Europeen.....	127
Revue d'art dramatique.....127 y	378
Catalunya.....	127
La Rassegna Internazionale.....	252
La Reasegna Nazionale.....253, 381, 382, y	383
La Renaissance Latine.....	254
Revista de Aragón.....	256
La Lectura.....	383
Revista Moderna.....	384
Nouvelle Revue .....	508
El Nuevo Tiempo Literario.....	509
Nuestro Tiempo.. .	512 y 631
Revue de París.....	630
<b><u>Libros recibidos.</u></b> .....122, 250, 376, 507 y	629